LINARES RIVAS:

El Abolengo
La Cizaña

MILLER

PQ
6621
.I4A7
1921

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PQ6621

Book I4A7

Copyright No. 1921

COPYRIGHT DEPOSIT.

MANUEL LINARES RIVAS

EL ABOLENGO
Y
LA CIZAÑA

EDITADAS CON UN GLOSARIO PARA LAS ESCUELAS PÚBLICAS POR EL

DR. PAUL G. MILLER
COMISIONADO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
DE PUERTO RICO

INTRODUCCIÓN CRÍTICA POR EL

DR. FEDERICO DE ONÍS
CATEDRÁTICO DE LITERATURA ESPAÑOLA EN LA
UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, NUEVA YORK

D. C. HEATH Y COMPAÑÍA, EDITORES
BOSTON NUEVA YORK CHICAGO LONDRES

PQ6621
.I4A7
1921

COPYRIGHT, 1921,
BY D. C. HEATH & CO.

2 H I

©CI.A624235

SEP -9 1921

ÍNDICE

	PÁGINA
Prefacio	v
Manuel Linares Rivas	vii–xvi
El abolengo	1–66
La cizaña	67–141
Notas	143–146
Glosario	147–152

PREFACIO
A LA EDICIÓN PUERTORRIQUEÑA

Esta edición está destinada a satisfacer una necesidad apremiante en las escuelas secundarias donde se hace difícil la enseñanza de la literatura española por falta de textos preparados expresamente para uso escolar. Va precedida de una introducción en la que el notable crítico español, don Federico de Onís, hace un estudio del teatro contemporáneo de España y sus grandes figuras, fijando a la vez el valor relativo y significación especial de Linares Rivas como dramaturgo. Completan la edición unas notas bibliográficas sobre el autor estudiado, breves noticias acerca de los escritores citados en la introducción y un glosario en el que se explican las palabras y alusiones más difíciles de la obra, supliendo así la escasez de libros de consulta contra la cual tienen que luchar los profesores.

El editor aprovecha esta oportunidad para expresar públicamente su agradecimiento al autor, que tan generosamente concedió permiso para hacer esta edición.

MANUEL LINARES RIVAS

El teatro contemporáneo de España está representado por varias grandes figuras cuyo valor absoluto es aún difícil determinar, pero cuya significación individual es demasiado evidente para que nadie pueda creer que el conocimiento de algunas justifica el desconocimiento de las demás. A fines del siglo XIX y a principios del corriente toda la literatura española se renovó profundamente, tanto que podemos señalar esa fecha como el principio de una nueva época que desde su aparición se mostró en franca y decidida contradicción con la época anterior.

Habían dominado hasta entonces en el teatro el drama de Echegaray y sus secuaces y la comedia de Ramos Carrión y Vital Aza, que se caracterizaban por un efectismo fuerte y hábil que lograba producir a maravilla la emoción de la angustia o el regocijo en el pecho de nuestros padres. El nuevo arte dramático reaccionó francamente contra estas tendencias tachándolas de falsas y artificiales y proclamó como aspiraciones de la nueva tendencia la *verdad* y la *naturalidad*. Así nació hacia 1894 la comedia de Benavente, verdadero padre y creador del teatro contemporáneo. Pero no hay nada que una menos que esta aspiración a la verdad y a la naturalidad; porque debajo de estas palabras lo único que hay es la aspiración a traducir en el arte la visión sincera y original que el autor tenga del mundo. Por esta aspiración de los autores dramáticos a ser individuales y originales se enlaza el teatro de hoy con el resto de la literatura de esta época, cuya fuerza está en el espíritu de innovación y de libertad individual. De

aquí que en el teatro, como en la poesía, la novela y el ensayo, ofrezca esta época tantas tendencias como autores hay, y que éstas sean, como los temperamentos de los hombres, diversas y muy a menudo contradictorias. De donde nace la gran riqueza y variedad de la literatura contemporánea.

Los hermanos Quintero son insuperables en el teatro realista y cómico de costumbres, que tan gloriosamente se ha cultivado en España desde los tiempos de Lope de Rueda, Cervantes y Quiñones de Benavente, pasando por D. Ramón de la Cruz y Bretón de los Herreros; Martínez Sierra representa por sí solo un teatro empapado de sensibilidad moderna, de dulce poesía y de agradable y optimista artificiosidad; Arniches culmina sobre la multitud de cultivadores del teatro cómico popular; Marquina ha resucitado con mayor éxito que nadie y con un espíritu más moderno el teatro poético de fondo histórico que tan brillantes antecedentes tiene en el romanticismo y en el siglo de oro; y Benavente, más versátil y quizá más profundo, nos ofrece una obra compleja y diversa en la que su visión de la sociedad contemporánea se eleva a veces a un plano universal.

Manuel Linares Rivas tiene un lugar propio entre los autores dramáticos contemporáneos. Sus comedias, modernas por el asunto, puesto que ocurren siempre en la actualidad, por la técnica, puesto que domina en ellas la más estricta naturalidad, y por el fondo, puesto que plantea siempre un problema social vivo y actual, corresponden, sin embargo, al tipo clásico y tradicional de la comedia, que trata de corregir, por medio de la risa, las costumbres. Tienen, pues, sus comedias un marcado carácter satírico y moral.

Nació Linares Rivas en Santiago de Galicia en 1867. Su vida ofrecería escaso interés aparte de la actividad literaria. Hijo de buena familia — su padre era un político influyente — todo en su camino ha sido llano y fácil, de donde nace quizá la ausencia de acritud y de amargura que notamos en sus obras aun en los momentos en que tocan a aspectos miserables o dolo-

rosos de la vida. Diputado a cortes desde su juventud, senador más tarde y hoy senador vitalicio, pertenece a la clase conservadora y burguesa, la misma que, por conocerla tan bien, constituye el fondo de sus obras con sus realidades y problemas.

Quizá el hecho de pertenecer a la región gallega de España sea el rasgo de su biografía que más nos ayude a definir y explicar su temperamento. Tiene Linares Rivas el buen sentido propio de los naturales de su región, tierra montañosa, blanda y húmeda, fecunda en hombres y mujeres de un tipo bastante diferente del español normal de las secas mesetas castellanas y de los campos andaluces. El gallego abre sus ojos ante un horizonte limitado, que incluye y aísla no más que su casa, sus tierras, su aldea y su valle, a los cuales se limita también el mundo de sus aspiraciones. De ahí su estrecha compenetración con la tierra, y su nostalgia o *morriña* cuando de ella está ausente; de ahí su sentido práctico y su fuerte codicia de los bienes que están al alcance de la mano.

La abundancia de población distribuída en áreas muy delimitadas y el clima lluvioso y húmedo encierran a los hombres en sus casas y en sus centros de reunión, fomentando la sociabilidad y el trato humanos, y, con ellos, el gusto por la conversación, la ironía, la astucia, la suspicacia, el afán de pleitear y de hacer política, cosas todas que suelen considerarse características de los gallegos. Sin embargo, no todo es sentido práctico y sociabilidad en ellos: un fondo lírico, una sentimentalidad vaga y ensoñadora, presta idealidad y encanto a las almas de estos hombres que tan bien asentados tienen sus pies en la tierra. La belleza melancólica de sus valles y montañas siempre verdes, la venerable antigüedad de su historia, la riqueza de leyendas, supersticiones y creencias sobrenaturales conservadas en la tradición popular, una tendencia innata debida quizá a oscuros orígenes célticos — de donde vendrá la notable semejanza que aun hoy existe entre Galicia y Bretaña o Irlanda — son todas cosas que pueden haber contribuído

a prestar al alma gallega ese sentido lírico y poético que apreciamos enseguida en su música popular, en la dulzura fonética de su lengua, en la literatura de sus escritores desde los trovadores de la edad media hasta Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Doña Emilia Pardo Bazán o Don Ramón del Valle-Inclán, y en las almas y las vidas de sus hombres.

No traigo aquí esta descripción del alma gallega porque Linares Rivas la haya expresado en sus obras. Linares Rivas no es en manera alguna un escritor regional; aunque en algunas de sus ocmedias, como por ejemplo en *La garra* y en el arreglo de la novela de Pérez Lugín, *La casa de la Troya*, se describe la vida ciudadana de Santiago de Compostela; y aunque algunas de sus obras menores estén inspiradas en el ambiente regional, por lo común es la sociedad general española, la *buena sociedad* uniforme de Madrid y de las ciudades de España, la que constituye el fondo de sus comedias. No participa tampoco Linares Rivas del lirismo melancólico de su raza; es por el contrario un escitor satírico y regocijado que mira a su alrededor con mirada inquisitiva para abstraer de la realidad social circundante tipos y problemas que contengan a la vez un valor cómico y un valor moral. El carácter de su sátira y de su fuerza cómica es el que creo esencialmente gallego, aunque esto parezca estar reñido con la idea vulgar que reputa a los gallegos de sosos y toscos adjudicando toda la gracia española a la población andaluza del Sur.

La gracia andaluza, que en el teatro contemporáneo ha alcanzado su expresión más alta en los sainetes de los Quinteros, radica principalmente en la exterioridad de los gestos y de las palabras, por lo cual es ordinariamente intraducible; mientras que la gracia gallega, más aguda y penetrante, radica en el fondo de las situaciones y de los conceptos. Muchos de los mejores humoristas españoles han sido gallegos, como lo era Luis Taboada y hoy el periodista Julio Camba, cuya obra cómica empieza a tomarse en serio y a considerarse como una

de las más excelentes producciones de la literatura contemporánea.

Linares Rivas derrocha ingenio en sus comedias, los diálogos son chispeantes y maliciosos, y muchos de los tipos son altamente cómicos; pero la risa que brota de todo ello no es franca y sin trascendencia, no es puramente placentera, como la que brota de las comedias de los Quinteros, cuyos personajes son cómicos por fuerza irresistible de su naturaleza. En las comedias de Linares la risa nace del defecto y la miseria moral, de la limitación, malicia o cinismo de los personajes a los cuales compadecemos o despreciamos al mismo tiempo que nos reímos de ellos. Pero hay lágrimas, además, en estas comedias; hay almas nobles y buenas, víctimas del ambiente cínico y superficial de aquella sociedad corrompida e indiferente. Hay, pues, en ellas, una evidente intención satírica y moral, un afán de mostrar al desnudo las llagas sociales, los males y miserias de nuestras costumbres, de nuestras leyes, de nuestros convencionalismos y prejuicios mantenidos por nosotros mismos a pesar de ser víctimas de ellos. Hay, por lo tanto, en el autor la creencia optimista de que este mundo, si no es excelente, lo sería a poco que nosotros nos empeñásemos en corregir sus defectos. Y esta visión moral, con fines prácticos reformadores de las costumbres y aun de la política la considero yo muy propia del espíritu gallego también.

En ella está la diferencia esencial que existe entre Linares Rivas y Benavente, con quien suele comparársele y de quien se le considera discípulo y hasta imitador. Sin embargo, la semejanza entre ambos dramaturgos es sólo aparente y resulta del hecho de que tienen delante el mismo modelo, pues sabido es que la mayor parte de las obras de Benavente, sobre todo las de su primera época, pintan, como las de Linares, la sociedad madrileña en sus clases alta y media. Pero precisamente esta identidad del modelo muestra más claramente la diferencia de interpretación y por lo tanto la originalidad de Linares Rivas. Benavente es un crítico implacable, escéptico y pesimista, que

ahonda mucho más en los defectos y males del momento hasta encontrar su raíz humana y por lo tanto su necesidad fatal e inexorable. Linares Rivas, en cambio, se fija en aquellos males sociales debidos a circunstancias transitorias, al estado de la cultura y de las costumbres, los cuales pueden cambiar más o menos fácilmente mediante la difusión de ciertas ideas y el uso de ciertos remedios bien conocidos del autor y de algunos personajes de sus comedias que a veces, a pesar de todos los inconvenientes, logran hacerlos triunfar en la comedia misma. Y cuando no lo logran, queda en pie por lo menos la virtud del principio y la enseñanza del ejemplo.

Esta actitud afirmativa y constructiva de Linares Rivas dió a sus comedias desde el principio un carácter formal completamente distinto del que tenían las comedias anteriores de Benavente; pues mientras éstas suelen reducirse a una serie de cuadros y personajes interesantes por la verdad e intensidad con que están pintados, pero casi sin acción, las de Linares son obras bien construídas y terminadas en las que todo concurre a plantear por medio de una acción bien definida un conflicto de orden moral que encuentra al fin una u otra solución.

Así en *Aire de fuera*, la primera comedia de Linares Rivas, estrenada en 1903, se plantea el problema del matrimonio desgraciado y del divorcio en las peculiares circunstancias de la España de hoy. La pobre mujer casada con un mal hombre y obligada por la ley a vivir con él, encuentra su liberación solamente en el suicidio. Pero hay en la comedia un hombre fuerte que se rebela a aceptar la necesidad de tragedias como ésta que no tendrían sentido en cualquiera otro de los países civilizados. Es la ley, es decir, la ley española, que no admite el divorcio, la que, según el autor, ha matado a la pobre mujer suicida; haría falta *aire de fuera*, transformación de las costumbres y leyes de España mediante la influencia de las naciones extranjeras, para que se resuelva en España ese problema ya resuelto en otras partes. Entretanto que esa reforma

jurídica y social es un hecho, el hombre fuerte de la comedia, al ver planteado en su propio hogar el conflicto de la disolución moral, no busca la solución en el suicidio, sino en la expatriación, soluciones únicas estas dos que, según dicho personaje, les quedan a los españoles para libertarse de un estado jurídico imperfecto e insuficiente.

Sin embargo, en otra de las mejores comedias de Linares Rivas, *María Victoria* (1904), una excelente encarnación de virtud femenina a la española, la protagonista del mismo nombre encuentra otra solución en la resignación y el renunciamiento de sí misma, sacrificando el amor en aras del deber. El mismo conflicto ha sido planteado en formas más agudas en otras comedias de Linares, como *La garra* (1914), cuya representación suscitó las protestas airadas de la opinión española enemiga de tales reformas de las leyes y las costumbres. Es curioso notar el hecho de que el autor de comedias que parecen llevar tal fermento revolucionario no sea un radical sino un conservador y un católico.

En otras comedias, más universalmente alabadas, ataca Linares Rivas otros vicios y prejuicios sociales, tales como la preocupación aristocrática en *El abolengo* (1904) y la maledicencia en *La cizaña* (1905). En ellas puede apreciarse, mejor que en ninguna otra, todo lo que hay de sano, confortante y moralizador en el ideal, sustentado por Linares Rivas, de una vida llana y sincera, libre de las preocupaciones y sentimientos ficticios que envenenan y destruyen nuestra felicidad. El orgullo de familia o la preocupación por el "qué dirán" aparecen en *El abolengo* y en *La cizaña* como fantasmas maléficos. *Fantasmas* se titula otra de las mejores comedias de Linares Rivas donde se critican los falsos convencionalismos sociales que ensombrecen y amenazan destruír una felicidad real. Pero el buen sentido triunfa y los fantasmas se desvanecen apenas tienen que confrontarse con realidades positivas tales como los bienes poseídos y la tranquilidad de la propia conciencia. No hay, sin duda, en todo esto, nada de heroico y

extraordinario; no hay pasiones ni caracteres que nos conmuevan con su grandeza; hay solamente los conflictos diarios y vulgares que agitan a la mediocridad social.

Nos encontramos, pues, ante la comedia burguesa, la que suele llamarse también alta comedia, que tanto se ha cultivado y se cultiva en Francia. Pero la sociedad española es tan distinta de la francesa y Linares Rivas la describe con tanta verdad y penetra tan bien en el alma de sus individuos y en la naturaleza de sus problemas, que sería impertinente poner en duda la originalidad de esa comedia española y considerarla como un reflejo de la francesa.

Muchas otras obras, pertenecientes a los diversos géneros dramáticos, ha producido hasta ahora Linares Rivas. Pero las citadas son las que le han dado más renombre y fama. Habría que añadir solamente una obra de muy diferente carácter, *El Caballero Lobo* (1910), especie de fábula dramática en la que se ejercita la sátira social, como en los antiguos apólogos, mostrando los caracteres humanos bajo la cobertura de fisonomías del mundo animal. La coincidencia de la representación de esta obra con la del *Chantecler* de Rostand produjo también discusiones respecto a su originalidad respectiva de las que resultó bien clara la independencia completa de ambas obras.

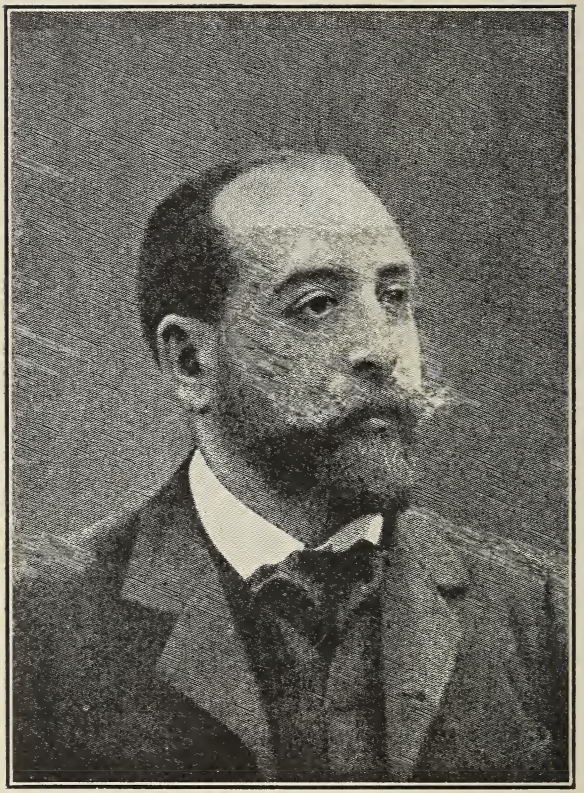
Linares Rivas tiene un estilo perfectamente adecuado a la naturaleza de sus obras. Se caracteriza por la naturalidad. Su lenguaje está tan lejos del lenguaje poético como del popular y regional, que tanto abundan en el teatro contemporáneo español. Es la lengua corriente, buena o mala, que usan las gentes educadas de las ciudades de España en su vida familiar. Cierto es que los españoles no hablan siempre tan ingeniosamente como los personajes de estas comedias; pero cuando lo hacen, lo hacen así. Por esta razón — aparte del mérito literario, de la significación moral y del valor documental — constituyen las comedias de este autor excelentes textos para el estudio de la lengua española. F. DE O.

Noto Bibliográfica

Obras: — *Aire de fuera.* Alta comedia en tres actos, (1903). — *El abolengo.* Comedia en dos actos, (1904). — *María Victoria.* Alta comedia en tres actos, (1904). — *Por que sí.* Juguete cómico en un acto, (1904). — *La estripe de Júpiter.* Alta comedia en cuatro actos, (1904). — *La divina palabra.* Comedia dramática en tres actos, (1905). — *La cizaña.* Comedia en dos actos, (1905). — *Lo posible.* Juguete cómico en un acto, (1905). — *En cuarto creciente.* Juguete cómico en un acto, (1905). *El ídolo.* Alta comedia en tres actos, (1905). — *Bodas de plata.* Comedia en dos actos, (1906). — *Añoranzas.* Comedia en tres actos, (1906). — *La fragua de Vulcano.* Zarzuela en un acto, música de Chapí, (1906). — *El mismo amor.* Comedia en dos actos, (1907). — *El ídolo.* Comedia en dos actos, (1907). — *Nido de águilas.* Comedia en dos actos, (1907). — *Santos e meigas* (*Id lio compesino*). Zarzuela en un acto, música de Lleó y Baldomir, (1908). — *Cuando ellas quieren.* Comedia en un acto, (1908). — *Cuando ellas quieren.* Comedia lírica en un acto, música de Calleja, (1908). — *Lo que engaña la verdad.* Paso de comedia, (1909). — *El Caballero Lobo.* Fábula en tres jornadas, (1910). — *La magia de la vida.* Comedia lírica en un acto, música de Chapí, (1910). — *La fuente amarga.* Comedia en tres actos, (1910) — *Clavito.* Paso de comedia, (1910). — *La raza.* Comedia en tres actos, (1911). — *Lady Godiva.* Leyenda histórica en cuatro jornadas en verso, (1912). — *La razón de la sinrazón.* Quisicosa en un acto, (1913). — *Como buitres.* Comedia en dos actos, (1913). — *La fuerza del mal.* Comedia en tres actos, (1914). — *La garra.* Comedia en tres actos, (1914). — *La espuma del Champagne.* Comedia en tres actos, (1915). — *Fantasmas.* Comedia en tres actos, (1916). — *Las zarzas del camino.* Comedia en tres actos, (1917). — *El conde de Valmoreda.* Drama en prosa, (1917). — *En cuerpo y alma.* Comedia en dos actos, (1918). — *Cuentos de amor y de amores*, (1918). — *Cobardías.* Comedia en dos actos, (1919).

Obras completas. Madrid, Biblioteca Hispania, 1913 (en publicación).

ESTUDIOS: — Manuel Bueno, *Teatro español contemporáneo.* Madrid, 1909. — Andrés González Blanco, *Los dramaturgos españoles contemporáneos.* Primera serie. Valencia, 1917. — Cansinos-Assens, *Poetas y prosistas del novecientos.* Madrid, 1918. — C. A. Turrell, *Introduction to Contemporary Spanish Dramatists.* Boston, 1919. Ésta última contiene una traducción al inglés de *La garra.*



Manuel Linares Rivas.

EL ABOLENGO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

REPARTO

Personajes	Actores
GERTRUDIS, 50 años	Sra. Valverde
ANTONIA, 40 íd	» Rodríguez
PILAR, 30 íd	» Ruiz
LAURA, 25 íd	Srta. Domus
CRIADA 1.ª	Sra. Blanco
ÍDEM 2.ª	Srta. Guerra
JORGE, 50 años	Sr. Rubio
ANDRÉS, 35 íd	» Calle
FRANCISCO, 50 íd	» Sepúlveda
FÉLIX, 25 íd	» Barraycoa
CRIADO 1.º	» Alemán
ÍDEM 2.º	» González
ÍDEM 3.º	» Gallar

La acción en Madrid. — Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

EL ABOLENGO

ACTO PRIMERO

Un gabinete bien puesto, moderno. Anochecido. Trajes de calle. Aparato de luz eléctrica encendido

Escena Primera

Sale Andrés por la derecha y Francisco por el foro; se encuentran.

Francisco. ¿ Vuelves ahora ?

Andrés. Salgo.

Francisco. ¿ Tan tarde ? (*Pasea y aparta las sillas.*)

Andrés. Aproveché el día para acabar el capítulo XIV, y voy a respirar un poco. 5

Francisco. (*Va dejando el gabán en un lado, la bufanda en otro y en otro el bastón y el sombrero.*) A respirar miasmas y humedad. ¿ Por qué no sales a la hora de sol ?

Andrés. El trabajo me absorbió más de lo que pensaba.

Francisco. ¿ Cómo va esa historia ? 10

Andrés. Despacio. La arquitectura moderna es sobradamente conocida en las ciudades, pero las maravillas perdidas en los pueblos son casi descubrimientos: no hay datos.

Francisco. ¿ Y Pilar ? 15

Andrés. Se queda. No quiso salir.

Francisco. Yo me recojo temprano siempre, pero hoy vengo con entusiasmo. A las nueve y tres segundos

la hermosa conjunción de Marte y la Luna: durará un minuto y siete décimas. ¡ Qué espectáculo tan soberano! Lástima no poseer buenos aparatos, pero, en fin, con los que tengo . . .

5 ANDRÉS. Un observatorio.

FRANCISCO. No te burles. Un cuarto de aficionado y un telescopio de los más medianos. ¿ Subiréis?

ANDRÉS. Si Pilar quiere . . .

FRANCISCO. ¿ No ha de querer? ¡ Cuando os digo 10 que será un fenómeno portentoso! . . .

ANDRÉS. A mi mujer no le gustan los fenómenos. En todo caso subiré yo.

FRANCISCO. Los dos, los dos. Y especialmente ella. Me agradaría que tomase afición a los estudios astro- 15 nómicos.

ANDRÉS. ¿ Un ayudante?

FRANCISCO. Es un gran entretenimiento para una mujer.

ANDRÉS. ¿ Quién lo duda? . . . ¿ Pero quién la con- 20 vence?

FRANCISCO. No es labor de un día.

ANDRÉS. Inténtalo. Es muy dócil . . .

FRANCISCO. ¿ Estás contento del matrimonio?

ANDRÉS. Sí . . .

25 FRANCISCO. Que dure . . .

ANDRÉS. Gracias.

FRANCISCO. Vaya, vaya, lárgate. Y yo a preparar mis aparatos.

ANDRÉS. Adiós, papá.

30 FRANCISCO. Adiós, hijo. (*Mutis, Francisco por la izquierda y Andrés por el foro.*)

Escena II

Pilar por la derecha. Luego Criado por el foro

Pilar. (*Sale tranquila y se excita en seguida. Toca el timbre rabiosa.*) Ya estuvo aquí mi suegro. ¿No podrá dejar las cosas en su sitio? Es una condenación con la gente descuidada... (*Entra el Criado 1.º por el foro.*) ¿No le he encargado a usted que cuando vuelva el señor de la calle vaya usted detrás de él recogiéndolo todo? Lléveselo usted a su cuarto ahora mismo. (*Vase el Criado con las prendas por la primera izquierda, saliendo al poco rato, yéndose por el foro. Pilar arregla las sillas.*)

Escena III

Pilar y Antonia que sale por el foro

Antonia. ¡Hola, cuñada!

Pilar. ¡Hola, Antonia!

Antonia. Vengo a buscarte. Daremos una vuelta hasta la hora de comer.

Pilar. Hice propósito de no salir y además no estoy vestida.

Antonia. Te echas un abrigo por encima y andando.

Pilar. No puede ser. A la calle no voy a ir de cualquier modo.

Antonia. ¿Qué más da?

Pilar. Otro día.

Antonia. Otro día. Yo voy de tiendas. Me han dicho que en la plaza del Ángel venden un aceite riquísimo y muy barato.

Pilar. Es posible.

Antonia. ¿Tú, dónde lo compras?

PILAR. No lo sé. Eso es cosa de los criados.

ANTONIA. Así será más caro.

PILAR. Y más cómodo.

ANTONIA. A mí me entretiene.

5 PILAR. Comprar aceite debe ser muy entretenido.

ANTONIA. Es un paseo, y además voy mirando los escaparates.

PILAR. ¿ Por la tarde ?

ANTONIA. Sí.

10 PILAR. No hagas eso, Antonia. Las señoras miran los escaparates por la mañana.

ANTONIA. ¿ Y por la tarde, no ?

PILAR. Las que se paran a esa hora esperan que algún hombre les diga algo.

15 ANTONIA. No sabía esa distinción de horas . . . y los hombres tampoco deben saberla, porque a mí me dicen una porción de atrocidades por la mañana también.

PILAR. No serán muy distinguidos.

ANTONIA. Mezclados.

20 PILAR. No hagas eso, Antonia, créeme. Tú no estás en ciertos detalles.

ANTONIA. No te preocupes por detalles de los demás . . . y para esta epidemia de los piropos, ya estoy vacunada.

PILAR. Es una impertinencia; no se puede andar.

25 ANTONIA. Hay algunos que tienen su aquél para decirlos . . . Después se los cuento a Pepe.

PILAR. ¿ Todos ?

ANTONIA. Casi todos . . . y nos reímos. Hace pocas tardes estaba yo mirando unas telas en la calle de la 30 Montera y se me acercó uno . . . no era mal tipo: « Muy buenas tardes, señora. » Creí que era un conocido. « Usted dispense; pero no he podido pasar sin saludarla

a usted . . . y decirle que es usted muy guapa . . . y que daría algo que valiese la pena por ser su marido de usted si es usted casada, o su novio si es usted soltera, o el novio que haya usted tenido antes de casarse si es usted viuda . . . » Ya ves que daba algo por los tres estados . . . No podía ser más galante.

PILAR. ¿ Y le escuchaste ?

ANTONIA. Y le contesté: « Soy casada y vivo muy bien con mi marido. — Pues bajo ese aspecto, hágame usted el favor de saludar a su marido y déle usted la enhorabuena. — ¿ De parte de quién ? — De un conocedor . . . de lo bueno. »

PILAR. Te vas a comprometer con esas ligerezas . . .

ANTONIA. Reírme a veces, y siempre pasar de largo. (*Pausa.*) ¿ Y Andrés ?

PILAR. Bueno se pondría si le contase algo parecido . . .

ANTONIA. Ni que fuera un ogro. Y mi hermano es muy cariñoso. ¿ Estará ocupadísimo cuando no salió contigo ?

PILAR. No quise salir.

ANTONIA. Mal hecho. ¿ Con quién mejor ?

PILAR. Reconozco que es afectuoso, pero no congeniamos.

ANTONIA. Perdona que te lo diga, cuñada . . .

PILAR. Llámame Pilar.

ANTONIA. Borraremos el parentesco. No llevas camino de vivir en paz. Te avergüenzas de nosotros, empezando por Andrés.

PILAR. ¡ No es verdad !

ANTONIA. Disimulas poco.

PILAR. ¡ Cuando digo que te engañas !

ANTONIA. Es que pretendes engañarme. Si nos vemos, señal de que vengo, pues tú no pones los pies en

mi casa; si nos encuentran juntas, es que yo te acompaño, y el resto de la familia como si no existiera. En cambio, te vuelve loca leer los ecos de sociedad y hallar tu nombre entre eses y esas.

5 PILAR. ¿Cómo?

ANTONIA. Marqueses y baronesas.

PILAR. Supongo que seré libre de escoger mis amistades.

ANTONIA. Con las de tu marido. Y es una lástima, porque serías muy feliz con nosotras, que te queremos,
10 y con Andrés, que sólo piensa en ti.

PILAR. ¿Vienes a darme una lección?

ANTONIA. Ni soñarlo. Pero a veces, y sin saber cómo, dices unas cosas que tienen sentido común.

PILAR. ¿Estás segura?

15 ANTONIA. Pon que no he dicho nada... sin perjuicio de volvértelo a decir en otra ocasión.

PILAR. Cada cual arregla su casa.

ANTONIA. Menos tu marido.

PILAR. ¡Antonia!

20 ANTONIA. ¡Pilar! (*Pausa.*) ¿Y papá?

PILAR. ¿Tu padre? Está arriba en su observatorio estudiando esas chifladuras...

ANTONIA. Es muy trabajador. No lo ha necesitado nunca; pero dice que no podría vivir ocioso. Según
25 papá, todos tenemos obligación de trabajar algo.

PILAR. ¿Para qué?

ANTONIA. Unos para vivir y otros para no aburrirse. La manía de papá es que la gente estéril debe desterrarse de las repúblicas.

30 PILAR. Aquí estamos en una monarquía...

ANTONIA. Él llama repúblicas a todas las naciones.

PILAR. Como que está chiflado.

ANTONIA. Puede que sea por eso.

PILAR. Y tu padre, ¿qué ha hecho de útil en este mundo?

ANTONIA. ¿De esos trabajos astronómicos? No lo sé. El pobre tuvo poca suerte en sus descubrimientos. No lo confiesa, pero yo creo que no acierta.

PILAR. El que no acierta es tan estéril como el que no trabaja. Y además demuestra que es dos veces tonto.

ANTONIA. ¿No te basta con una?

PILAR. Dos. Trabajar sin necesidad, una; no acertar en lo que trabaja, dos.

ANTONIA. Tengo la absoluta seguridad de que tú no se lo dices así al pobre papá.

PILAR. ¿Y por qué no se lo he de decir?

ANTONIA. (*Molestada.*) No acierto a responderte bien . . . pero . . . vamos . . . me parece que quitarle las ilusiones a un viejo que no puede tener más que esa clase de ilusiones . . .

PILAR. ¿Es una crueldad horrible?

ANTONIA. Horrible precisamente, no; es una crueldad . . . innecesaria. Y esas son las odiosas.

PILAR. ¡Antonia!

ANTONIA. (*Sonriente.*) ¡Pilar!

PILAR. Me ofendes.

ANTONIA. ¿Diciendo que no te creo capaz de ello?

PILAR. Había entendido lo contrario.

ANTONIA. Eso es no entenderme.

PILAR. Entonces, dispensa. Te lo agradezco.

ANTONIA. Tampoco. Es justicia.

PILAR. Alta justicia. Algo así como la horca.

ANTONIA. Para ti, imposible. A los nobles os decapitaban, lo que era mucho más honroso.

PILAR. No creía que fueras tan instruída . . .

ANTONIA. Mi marido me ha enseñado muchas cosas . . . entre ellas, ésta.

ESCENA IV

DICHAS: un CRIADO y FÉLIX por el foro derecha

CRIADO. El señor Gutiérrez Mora.

5 PILAR. Que pase. (*A Antonia.*) El novio de Laura. (*Mutis el Criado por el foro.*)

ANTONIA. ¿ Es otro ya ?

PILAR. El mismo. Hace más de un mes . . .

ANTONIA. Lo que dura . . . (*Entra Félix.*)

10 PILAR. (*Levantándose.*) Amigo Félix . . .

FÉLIX. Señora . . . (*Se inclina después ante Antonia.*)

PILAR. Mi hermana . . . política. El señor Gutiérrez Mora, sobrino de nuestro embajador en Rusia, primo carnal del Conde de Mirandilla del Pisuerga.

15 ANTONIA. Celebro mucho . . . Usted es hijo de Gutiérrez, el que vive en la calle de Leganitos.

PILAR. No, hija.

FÉLIX. No, señora; Gutiérrez, Príncipe . . . 58, principal.

20 PILAR. Es de la casa de los Mirandilla. De los castellanos leales que acompañaron a Jaime I. Dos barras, campo de gules, ¿ no es eso, Félix ?

FÉLIX. Tenemos también cascos, con cimera, y una espada rota.

25 ANTONIA. No les servirá a ustedes . . .

FÉLIX. Es un recuerdo de una hazaña. Cuando don Jaime I reunió las huestes aragonesas . . .

ANTONIA. (*Aparte a Pilar.*) ¿ Quieres venir mañana al teatro ?

PILAR. Mañana no puedo.

ANTONIA. Pepe pensaba convidarte.

PILAR. Muchas gracias. Otro día, ¿eh? (*A Félix.*) ¿Decía usted, Félix?...

FÉLIX. Que cuando don Jaime I reunió las huestes aragonesas y castellanas para combatir...

ANTONIA. Yo no puedo detenerme; para mí es muy tarde...

PILAR. ¿Te vas?

ANTONIA. Beso a usted la mano... Adiós...

PILAR. Adiós. Dispensa que no te acompañe. (*Desde la puerta se vuelve. Mutis Antonia por el foro derecho.*)

ESCENA V

PILAR y FÉLIX

FÉLIX. Su hermana de usted...

PILAR. Política.

FÉLIX. Su hermana política de usted no es muy aficionada a heráldica...

PILAR. Discúlpela usted... Tenía prisa.

FÉLIX. Por mí...

PILAR. Por ella. Hay gustos para los que se necesita antes haber nacido.

FÉLIX. Eso para todos.

PILAR. Me refiero a delicadezas de espíritu, incompatibles sin cierta educación previa.

FÉLIX. La cuestión de alianzas es tan grave por eso. La gente olvida el detalle más esencial, el de la afinidad de educación. Yo, enamorado, prescindiría de todo.

PILAR. Haría usted mal, porque es una situación en que no sobra nada.

FÉLIX. Lo único en que soy intransigente es en la elección de familia.

PILAR. Ésa es la base de la felicidad.

FÉLIX. Exactamente. Así, al verme correspondido por la encantadora Laura, mi gozo se divide en partes iguales entre ella y la satisfacción de honrarme con la familia de ustedes.

PILAR. Es usted muy amable, Félix.

FÉLIX. Contar como futuros parientes unos señores tan respetables y dignos como sus papás, una mujer tan distinguida y envidiada en sociedad como usted, Pilar . . . donde se la ve tan poco.

PILAR. Félix, no sea usted exagerado . . .

FÉLIX. Ser sobrino de la marquesa de Fuenteseca, una dama tan virtuosa y tan pródiga en sus caridades . . .

PILAR. Concedo algo de lo que usted dice; pero su abolengo de usted bien puede ir a la par del nuestro. No todos tienen un tío embajador, ni son primos carnales del Conde de Mirandilla del Pisuerga, ni descienden de un compañero de armas de don Jaime I.

FÉLIX. Precisamente iba hace poco a referirles a ustedes la curiosa aventura del fundador de la casa de los Gutiérrez. Al reunirse las huestes aragonesas y castellanas para combatir . . .

PILAR. Perdone usted, Félix. ¿Y su hermana de usted, no se casa? He oído que se había deshecho la boda.

FÉLIX. Completamente. Su futuro debía cruzarse Calatravo; pero le fué difícil probar la pureza de sangre, y en esas condiciones admitirá usted que no podíamos dignamente tolerar el entronque con la sangre de los Gutiérrez Mora. Parece ser que la abuela contrajo segundas nupcias dudosas . . .

PILAR. Hicieron ustedes perfectamente. Yo no lo hice, fuí menos escrupulosa y así me salió.

FÉLIX. Andrés es un caballero.

PILAR. Moderno.

FÉLIX. Ese matrimonio fué un acto de amor y de bondad por parte de usted . . . que merece un trono.

PILAR. Siempre exagerado.

FÉLIX. Pensando de esta manera, comprenderá usted mi alegría al ser correspondido por Laura. Debo hacerla muy feliz.

PILAR. Laura es merecedora de todas las atenciones de un hombre galante.

FÉLIX. Por tal me tengo, y además, la posición social de ustedes exige el lujo. He decidido que desde el primer día de casados no eche de menos — aparte el cariño — ninguna de las comodidades que disfruta actualmente.

PILAR. Eso es muy correcto y le honra a usted mucho.

FÉLIX. Mi fortuna no es excesiva — la rama primogénita, el mayorazgo, perteneció al Conde — ; pero lo mío, unido a lo de Laura, se completará.

PILAR. Eso debe ser . . .

FÉLIX. No pienso ni hablar de la dote.

PILAR. Procederá usted muy cuerdamente. Las cuestiones de dinero entre personas bien nacidas . . .

FÉLIX. Conformes en absoluto. Lo que entregue su padre al hacer las capitulaciones . . . ocho o diez mil duros de renta . . . lo que sea, estará a disposición de Laura.

PILAR. No creo que llegue . . .

FÉLIX. Pongamos seis mil duros . . . cinco . . .

PILAR. No sé . . . no estoy enterada. Papá se entendió con Andrés directamente y yo no quise intervenir.

FÉLIX. Una delicadeza más. Si su hermana de usted lo prefiere, yo también me entenderé con don Jorge . . .

PILAR. Allá ustedes.

FÉLIX. Pues contando con lo de ella . . .

PILAR. Y lo de usted . . .

FÉLIX. Naturalmente. Ella cuenta con lo mío y yo cuento con lo de ella: recíproco . . . podemos vivir decorosamente.

PILAR. Indudable.

FÉLIX. Y yo tengo esperanzas. El Conde, mi primo, es soltero, no piensa en casarse . . . ni se lo consentiríamos. A sus años sería matarse.

PILAR. Evidente.

FÉLIX. Y Laura también tiene las suyas. La Marquesa de Fuenteseca es millonaria, viuda, sin hijos. Lo que se llama una mujer discreta, desde el punto de vista del parentesco, y es natural que esa fortuna sea para ustedes.

PILAR. Parece natural.

FÉLIX. Pero en fin, no es ésta conversación que valga la pena, por más que los enamorados, cuando queremos ir rectamente, tratamos todas estas minucias para asegurar la felicidad del ser idolatrado.

PILAR. Así he entendido sus preguntas.

FÉLIX. Y yo sus contestaciones. Se va el tiempo charlando . . . debo estar temprano en el Real. Hoy toca el turno de sus papás de usted . . .

PILAR. Adiós, Félix . . . (*Se levanta y toca el timbre.*)

FÉLIX. A los pies de usted, Pilar. (*Aparte.*) No responde muy claro . . .

PILAR. Adiós . . . (*Aparte.*) Pregunta demasiado claro.

Escena VI

Dichos: Jorge por el foro

Jorge. Hola, pollo . . .

Félix. Mi respetable amigo . . .

Jorge. ¿ Ya se marcha usted ?

Félix. Estuve un ratito agradabilísimo, y ahora, si usted lo permite . . . 5

Jorge. Adiós.

Félix. Hasta luego, don Jorge.

Jorge. En el Real, ¿ eh ?

Félix. Tendré el honor de subir a saludar a las señoras . . . (*Hace un saludo a Pilar y vase por el foro.*) 10

Escena VII

Pilar y Jorge: Francisco por la izquierda

Francisco. ¿ Os habéis olvidado del paño ?

Pilar. No lo hay negro.

Francisco. Pues lo más obscuro posible. Un mantón.

Pilar. ¿ Y quién gasta mantón aquí ?

Francisco. Con tal de que lo tengas, aunque no lo 15 gastes.

Jorge. La criada tendrá. Mi querido consuegro . . .

Francisco. (*Abrazándole.*) Mi querido don Jorge . . . (*Vase Pilar por la izquierda.*)

Escena VIII

Jorge y Francisco

Jorge. ¿ Y esa salud ? 20

Francisco. ¿ Y la tuya ? (*Durante la escena pasea y va apartando las sillas que le estorban.*)

JORGE. Tan campantes, ¿eh? Vamos llevando nuestros años.

FRANCISCO. Gracias a Dios. ¿Y en tu casa?

JORGE. Muy bien desde las tres de la tarde.

5 FRANCISCO. ¿Hubo novedad antes?

JORGE. A las tres sale de paseo Gertrudis . . . y descansamos.

FRANCISCO. Siempre bromista.

JORGE. Lo digo en broma porque es de mejor efecto . . .
10 pero, créeme, es muy serio. ¿Y aquí?

FRANCISCO. Figúratelo. Nuestros hijos aún de novios . . . Un paraíso . . .

JORGE. ¿No hay disgustillos?

FRANCISCO. ¿A quién se le ocurre?

15 JORGE. En la intimidad, alguna nubecilla . . .

FRANCISCO. No me hables de nubes. Hoy es mi preocupación por el grandioso espectáculo celeste que aguardamos. ¿Vienes a verlo?

JORGE. Voy al Real.

ESCENA IX

DICHOS: PILAR por la izquierda

20 PILAR. Ya tiene usted arriba ese paño.

FRANCISCO. Muchas gracias. Con tu permiso. Si quieres venir, a las nueve y tres minutos . . .

JORGE. Allá veremos.

FRANCISCO. Dispénsame: estoy ocupadísimo con los
25 preparativos . . . (*Vase por la izquierda.*)

Escena X

Pilar y Jorge

Pilar. (*Arreglando.*) Esta manía de cambiarlo todo de sitio . . .

Jorge. Es bien inofensiva.

Pilar. Cómo se conoce, papá, que tú no tienes que arreglarlo. 5

Jorge. ¿ Ha venido tu madre ?

Pilar. No.

Jorge. Me alegro. Traía cinco minutos de retraso.

Pilar. ¿ Estáis citados aquí ?

Jorge. A su manera. « A las ocho en punto en casa 10 de Pilar. » Eso quiere decir que a las ocho en punto he de estar yo, y Gertrudis vendrá cuando le parezca.

Pilar. Tú siempre has sido muy bueno, papaíto.

Jorge. Así me tratan.

Pilar. ¿ Tienes quejas de mamá ? 15

Jorge. ¡ Ninguna ! . . . Y si la Naturaleza fuera más sabia y hubiese hecho de Gertrudis tu padre y de mí tu madre, seríamos un matrimonio ideal.

Pilar. No te achiques, que ya gastas tu geniecito . . .

Jorge. ¿ Fuera de casa ? ¡ Ya lo creo . . . no faltaba 20 más !

Pilar. Vivís muy tranquilos, muy dichosos . . .

Jorge. Eso es verdad; peloteras no tenemos. En veintisiete años que llevamos de casados, tu madre, por culpa mía, no ha podido quejarse más que dos veces. 25 Una, cuando naciste tú.

Pilar. ¿ Y otra ?

Jorge. Cuando nació tu hermana.

Pilar. ¡ Mira que incomodarla en esos días !

JORGE. Ésos son todos los disgustos . . . pero, antes y después, me he desvelado por complacerla.

PILAR. Y mamá también.

JORGE. Sí, hija mía. Tu madre también se desvela porque la complazcan.

PILAR. Os envidio.

JORGE. ¿No eres feliz? Un marido de tu gusto, joven, rico y enamorado. Los dos con salud, en plena luna de miel. Año y medio de cónyuges . . . ¿Sabías esa palabreja?

PILAR. Sí, papá.

JORGE. Suena bien; es distinguida.

PILAR. Entonces, está mal aplicada. Mi marido no es cónyuge mío.

JORGE. ¡No ha de ser!

PILAR. No. Es un ser vulgar, sin refinamientos.

JORGE. ¿Aún sigues con esa canción?

PILAR. A ti no se te puede hablar de Andrés: le disculpas.

JORGE. Eso es poco: le admiro.

PILAR. ¡Si le vieras tan de cerca como yo!

JORGE. No hace falta acortar tanto las distancias. Es un hombre de carácter.

PILAR. ¡Buena condición!

JORGE. Son dos condiciones. Una, la de tener carácter, y otra, la de ser hombre. Y en los tiempos que corremos, casarse con un hombre no es todavía un premio grande, pero está en la centena.

PILAR. No comprendo que sea un mérito.

JORGE. En ti también es mérito no comprenderlo. Te felicito.

PILAR. Habla de modo que te entienda.

JORGE. Pues mira, hija, si quieres seguir mi consejo, que no querrás, reza una novena, o varias novenas, en acción de gracias por haberte casado con Andrés.

PILAR. ¿Ha sido un favor del cielo?

JORGE. Evidente. Con mi cuñada, la Marquesa, que os hacía bailar cotillones; con mi mujer, que os llevaba al palco de la Marquesa, teniendo coche diario — el coche de la Marquesa — ; con vuestro padre, que tiene en este momento el honor de dirigirte la palabra, y que no os ha dirigido más que eso en toda su vida; sin una peseta de dote y con dos millones de pesetas en pretensiones, Andrés no es un marido, es un milagro.

PILAR. Si las cosas se hicieran dos veces . . .

JORGE. ¿No te casarías?

PILAR. ¿Con Andrés? No.

JORGE. Y estarías como tu hermana, que ya es soltera tres veces . . . Verás, verás tu hermanita, y eso que hace más ruido por Madrid que un automóvil de petróleo . . . Novios, los que quiere; pretendientes, lleva ya tres y medio.

PILAR. ¿Cuál es el medio?

JORGE. El de ahora. No debe estar enterado todavía de que la Marquesa tiene hecho testamento nombrando heredero a Ricardito, el húsar ese . . .

PILAR. Papá, nos estimas en muy poco.

JORGE. Vosotras tenéis la culpa. En Madrid no sois hijas nuestras, sino sobrinas de la Marquesa de Fuenteseca, y casarse con una sobrina es peligroso.

PILAR. ¿Deseas casar a Laura?

JORGE. Casi tanto como ella misma.

PILAR. No la apresures, que escoja bien.

JORGE. Que coja, que coja; nos contentamos con eso.

PILAR. Para casarse como yo . . .

JORGE. No blasfemes.

PILAR. ¿ Es pecado hablar de Andrés ?

JORGE. Hablar mal del marido, tal vez no sea pecado, pero de mal gusto sí es. Y tú no tienes pretexto; me consta que es bueno, cariñoso.

PILAR. Y terco.

JORGE. En lo suyo, en la línea que se ha marcado, en quitarte de la cabeza oropeles y fantasías . . . Perfectísimamente; se lo aplaudo.

PILAR. Tú nunca me quisiste. Mamá es la que me quiere.

JORGE. Claro. Es la que te da cuerda . . .

ESCENA XI

DICHOS: GERTRUDIS, LAURA por el foro

GERTRUDIS. Creí que no ibas a estar todavía.

JORGE. Pues estoy.

GERTRUDIS. Sólo faltaba que te retrasases sabiendo que nos toca el Real esta noche.

JORGE. ¿ Os toca el convite esta noche ?

GERTRUDIS. ¿ Tenías preparada esa gracia ?

JORGE. Lo que es tiempo, me ha sobrado. Llevamos veinte años convidados.

GERTRUDIS. Yo ya venía impaciente. Como sé lo que eres, me dije: Jorge se retrasa, y luego tendremos que vestirnos de prisa, comer escapados, todo sin orden . . .

JORGE. Tranquilízate, estoy aquí.

GERTRUDIS. ¿ Y si no estuvieras ?

JORGE. Tienes razón. Debes disgustarte pensando en las complicaciones que habrían podido ocurrir — y

que son rigurosamente lógicas — en el supuesto de que estoy en China, y no aquí, aguardándote.

GERTRUDIS. En China no sé qué papel harías . . .

JORGE. Yo tampoco . . . pero quizás me decida a probar.

GERTRUDIS. Dejémoslo: no se puede razonar contigo. (*Reuniéndose a Pilar y a Laura.*) Venimos de casa de mi hermana, la Marquesa . . .

LAURA. Y la tía nos ha dicho que contaba con que tú la acompañarías al baile de la Duquesa. ¿ Sabes? para no entrar sola.

PILAR. ¡ Imposible !

LAURA. ¿ No vas?

PILAR. No tengo traje.

GERTRUDIS. Hasta el veinte . . .

PILAR. Andrés me dió la orden de no ir.

GERTRUDIS. ¡ Ni que fueras un lacayo !

PILAR. Lo mismo.

LAURA. ¿ Y te aguantas?

JORGE. Naturalmente.

LAURA. ¡ Pues a mí podía venir un señor marido con esos tonos !

JORGE. A ti es difícil que te lo digan.

LAURA. Porque yo contesto.

JORGE. Cuando tengas a quién. Por ahora te limitas a preparar las contestaciones.

GERTRUDIS. Yo estoy en el caso de advertirlo muy seriamente. Mi cariño de madre y mi experiencia deben ser tus consejos, Pilar. No dejes que te domine.

LAURA. Aun siendo una cualquiera, no debía tratarte así. Te dije muchas veces que era una locura ese matrimonio demasiado desigual.

GERTRUDIS. Para algo eres la sobrina de la Marquesa de Fuenteseca, nieta de los Condes . . .

JORGE. Bisnieta.

GERTRUDIS. Es lo mismo. (*A Pilar.*) No te dejes dominar. Vale más ponerse un día amarillo que ciento colorado, y estas pequeñeces, en apariencia, son las decisivas. Si cedes hoy, estás obligada a ceder mañana. Imponte, y si es preciso, cuenta con nosotras.

LAURA. ¡ Ya lo creo ! Nos tienes a tu lado.

JORGE. Esos son consejos . . . Motín, revolución, palos, tiros, y si no llega, la suegra y la cuñada.

GERTRUDIS. No desatines. (*A Pilar.*) ¡ Qué desgraciada eres !

PILAR. No te lo figuras bastante . . .

LAURA. Chica, lo que es yo, iba al baile.

PILAR. ¿ Sin traje ?

JORGE. Sería demasiado vistoso.

LAURA. Encargándotelo, y después ya lo pagará.

GERTRUDIS. Es una tacañería. Palabras muy huecas, pero en el fondo, cuestión de dinero. Y teniéndolo de sobra, yo no puedo consentir que a una hija mía la atropellen tan brutalmente.

PILAR. Da el pretexto de que ha de ausentarse y no quiere que vaya sola.

GERTRUDIS. ¡ Ir con la Marquesa puede que aún le parezca poco ! Las diferencias de educación no se borran nunca . . . y si te ve mansa estás perdida.

JORGE. Levantadla bien de cascos . . . que lo necesita.

GERTRUDIS. ¿ Dices que se marcha ? Pues bien; te encargas el vestido.

PILAR. ¡ Mamá !

GERTRUDIS. Yo te lo mando. Y dos días antes de la

fiesta le escribes — le escribimos — avisándole que yo quiero que vayas al baile. Si no viene, es señal del aprecio que hace de ti, y a una grosería se contesta con un acto enérgico: vas al baile.

PILAR. ¿Y si viene? 5

GERTRUDIS. No hay cuestión. Estando él aquí, te acompaña. ¿No era esa la disculpa?

LAURA. Discurre muy bien mamá, y sobre todo, lo esencial es que no te acobardes, que luches.

JORGE. ¡Por los clavos de Cristo! no seáis impru- 10 dentes, que vais a destrozar una familia.

GERTRUDIS. ¿Qué entiendes tú de esto? (*A Pilar.*) No escuches a tu padre, que es un exagerado.

JORGE. Atiende a tu madre y ya veremos después.

GERTRUDIS. Verá después lo que tú has visto antes. 15 Que en las casas hace falta una voluntad.

JORGE. Y en los hombres también.

GERTRUDIS. Por ti la maltrataría. ¡Es el marido! ¡El amo! (*Abrazándola.*) ¡Pobre hija mía!

PILAR. ¡Ay, mamá de mi alma! 20

LAURA. (*Abrazándola.*) ¡Pobre hermana!

JORGE. ¿Estáis locas? Cualquiera diría que hay una desgracia . . . Pero, ¿qué pasa? ¿Que no la deja ir sola a un baile? Pues hace muy bien. ¿Que no le da la gana de que se salga de su centro de vida? Pues hace muy 25 requetebién.

GERTRUDIS. Delante de ti no se puede tratar ningún asunto grave. Yo siento haberte dicho que vinieras.

JORGE. Yo no, y conste que es insensato todo lo que habláis. 30

GERTRUDIS. Cállate, o tendremos una muy seria. Tolerar un padre que se martirice a su hija . . . Sólo tú,

que no tienes entrañas . . . Vámonos, porque me exalto . . .

JORGE. Sí, mujer, sí, vámonos.

GERTRUDIS. Ya vendré sola y hablaremos.

PILAR. Adiós, mamá.

5 JORGE. Adiós, hija.

PILAR. Buenas noches, papá. (*Gertrudis deja pasar a Laura y a don Jorge, y al desaparecer éstos por el foro se dirige nuevamente a Pilar.*)

ESCENA XII

PILAR y GERTRUDIS

GERTRUDIS. (*Rápidamente.*) Defiéndete, hija mía.
10 Defiéndete, Pilar, y pase lo que pase, cuenta con tu madre . . . con nuestra casa . . . donde te esperamos con los brazos abiertos.

PILAR. ¿ Separarme de Andrés ?

GERTRUDIS. Por tu propio bien y por el suyo. Una
15 lección le amansaría.

ESCENA XIII

PILAR y JORGE

JORGE. (*Sale rápidamente por el foro.*) Hija mía, ¡ por Dios te pido que medites ! no hagas caso de tu madre, mira que el matrimonio es una cosa muy delicada.

ESCENA XIV

DICHOS y GERTRUDIS por el foro

GERTRUDIS. (*Saliendo.*) Ya me lo figuraba. ¿ A qué
20 has vuelto ?

JORGE. Se me olvidó el bastón.

GERTRUDIS. ¿ Dónde está ?

JORGE. No he debido traerlo . . . por eso digo que se me ha olvidado.

GERTRUDIS. Estará en casa. Vámonos. (*Se lo lleva del brazo regañando por el foro.*)

ESCENA XV

PILAR queda pensativa. Entra ANDRÉS y la mira sin que ella demuestre enterarse.

ANDRÉS. (*Saliendo por el foro.*) Mal talante llevan tus padres. No he querido detenerlos.

PILAR. ¿ Eres tú ?

ANDRÉS. Soy yo. ¿ Y eres tú la que me recibes ?

PILAR. ¡ No esperarías que brincase !

ANDRÉS. Ni tampoco que continuaras inmóvil. Paciencia. Lo que se espera no es siempre lo que llega. (*Pausa. Pilar vuelve a quedar pensativa. Andrés se quita el gabán y el sombrero; toca el timbre.*)

ESCENA XVI

DICHOS: CRIADO por el foro, que recoge el gabán y el sombrero de Andrés

ANDRÉS. (*Al Criado.*) Pide la comida y avisa al señor. (*Vase el Criado por el foro.*)

ESCENA XVII

PILAR y ANDRÉS

ANDRÉS. ¿ Estás disgustada ?

PILAR. (*Secamente.*) No.

ANDRÉS. ¿ Enferma ?

PILAR. Tampoco.

ANDRÉS. Entonces estás bien.

PILAR. Sí.

ANDRÉS. (*Sonriente.*) ¿Adivino y te doy un abrazo?

PILAR. Adivina . . . y no me abraces.

5 ANDRÉS. Eso es más claro. Soy el que te enojo.

PILAR. Pero no tiene importancia . . . para ti. Debe ser tu gusto.

ANDRÉS. ¿Lo crees?

PILAR. Para convencerme de lo desagradable, tienes 10 siempre una razón.

ANDRÉS. ¿Una?

PILAR. La de ser mi marido.

ANDRÉS. Y para figurarte que deseo molestar, te basta con recordar que eres mi mujer.

15 PILAR. (*Con aire.*) No lo olvido.

ANDRÉS. Ahí tienes una respuesta que parece un latigazo, nada más que por el acento. Pero dices bien; los matrimonios deben odiarse para no caer en la vulgaridad de quererse mucho.

20 PILAR. ¿Y tú confiesas que me aborreces?

ANDRÉS. Que lo procuro. Para llegarme a ti, y estar de acuerdo los dos, estudio el odio, como de muchacho estudiaba las asignaturas para llegar ante el tribunal de exámenes. No me han gustado nunca las matemáticas; 25 pero, ¿qué remedio? Había que aprobar el año y las aprendí sin acabar de entenderlas.

PILAR. Eso demuestra tu aplicación.

ANDRÉS. Igual me pasa contigo. No me gustan los enfados, ni comprendo por qué hemos de tenerlos; pero, 30 ¿qué remedio? Aunque te quiero, como el cariño no es asignatura de este curso, tengo que decirte: « Pilar, ¿vamos a pelearnos un poco? »

PILAR. No seas ridículo; ¡me impacientan tus zalamerías!

ANDRÉS. Y ya estamos peleándonos.

PILAR. Tú tienes la culpa.

ANDRÉS. ¿Qué más da? Mi afán sería no reñir; pero riñendo nos repartimos los golpes entre los dos. Que empieces tú o que empiece yo, no tiene más que un interés histórico, para cuando lo cuentes.

PILAR. O para cuando lo contemos.

ANDRÉS. Admito el plural. Entre esposos es lo más necesario y lo menos frecuente. Si dijéramos siempre: queremos, vamos... no habría el desacorde en que se tropieza diciendo: quiero, voy...

PILAR. Eso es cuestión de oído. Hay hombres...

ANDRÉS. ¿Como yo?

PILAR. Como tú, que al decir quiero... se figuran que han dicho queremos.

ANDRÉS. Los tiranos.

PILAR. Exactamente. Pero las revoluciones los han desacreditado mucho.

ANDRÉS. Y ahora, conformes ya en pelearnos, ¿tienes la amabilidad de explicarme por qué nos peleamos?

PILAR. Porque estás poniéndome en evidencia, porque no hago cosa que tú no corrijas ni doy palabra que tú no retires.

ANDRÉS. ¿Tanto?

PILAR. Tanto; y estoy harta de tutela.

ANDRÉS. Eso aún no me indica de un modo preciso la causa de este enfado.

PILAR. ¡Qué desmemoriado eres!... ¿No recuerdas quién me hizo pasar el bochorno de tener que decirle ayer mismo a la modista que suspendiera el trabajo,

porque el vestido no me convenía? Es decir, no te convenía a ti que se hiciera.

ANDRÉS. ¿Y qué opinas de encargar el traje habiéndote dicho que no ibas al baile?

5 PILAR. Es que estoy comprometida para ir.

ANDRÉS. Pues cuanto más comprometida te consideres, más obligado me creo yo a irte evitando esa clase de compromisos. Sabes que debo estar en Santander durante esos días, y no pudiendo ir contigo, tú no vas.

10 PILAR. Con mi madre y mi hermana.

ANDRÉS. Una señora y una señorita que merecen toda mi consideración; pero mi mujer no va a los bailes sino con su marido.

PILAR. ¿Para vigilarme?

15 ANDRÉS. Para acompañarte.

PILAR. Mi prima Asunción bien va sin su marido.

ANDRÉS. Hace perfectamente.

PILAR. ¿Y yo no puedo ir?

ANDRÉS. No. Éste es uno de los puntos en que me
20 diferencio del marido de tu prima Asunción.

PILAR. ¿Querrás criticarle?

ANDRÉS. No es menester. Ya le critican los demás.

PILAR. Si pudieras coserme a tu levita...

ANDRÉS. No te cosería.

25 PILAR. ¿Qué dirá la modista?

ANDRÉS. No me interesa; pero si te quita el sueño lo que puede pensar, eso lo arreglas pronto. ¿Qué ibas a gastarte? ¿Mil pesetas? Pues gástate mil quinientas en vestidos de calle o de teatro, y aún sale ganando más.

30 PILAR. Es que prometí a la Duquesa que no faltaría esa noche.

ANDRÉS. Como yo no le he prometido estar en Madrid

para esa fecha, y mis asuntos me fuerzan a salir, te disculparás conmigo maravillosamente.

PILAR. Cuando marches, enciérrame.

ANDRÉS. Eso es demasiado torpe. No hay motivo para dejarte bajo llave, y si lo hubiese, no las puertas, los muros de la casa tiraría para que salieses antes. Tú eres buena, pero estás mal aconsejada.

PILAR. No te permito que hables mal de mi madre.

ANDRÉS. Ya sé de fijo por dónde vienen estos nublados . . . Al casarnos, y muchas veces de novios, te lo dije claramente. Yo no voy a las cinco a tomar te con nombre inglés, porque el te no me gusta, porque a las cinco no tengo gana todavía y porque a ninguna hora tengo gana de mezclarme asiduamente con unos señores y señoras respetabilísimos aunque piensan o por lo menos hablan de muy distinta manera que la mía.

PILAR. Yo no puedo prescindir de ser la sobrina de la Marquesa de Fuenteseca.

ANDRÉS. Es ella la que ha prescindido de ser tu tía.

PILAR. Eso es una calumnia.

ANDRÉS. Bueno, será todo lo tía que tú quieras, pero cuando se trató de tu boda, sus millones intervinieron poco en tu equipo.

PILAR. Casándome contigo . . .

ANDRÉS. No lo necesitabas . . . ¿Y con tu hermano?

PILAR. Estaba en París y no recibió las cartas. Si no, hubiera pagado gustosísima aquella deuda de honor.

ANDRÉS. ¿De honor? De juego.

PILAR. Se llaman de honor.

ANDRÉS. Hay quien sospecha que el honor está en no jugarse lo que uno no tiene . . .

PILAR. ¿Y qué ibas a hacer si tuvo esa desgracia?

ANDRÉS. Lo que hice: pagar y reñirle. Por cierto que se disgustó . . . supongo que sería por haberle proporcionado los cuartos.

PILAR. Por reñirle: era importuno.

5 ANDRÉS. Si tú lo dices . . . Para otra vez . . .

PILAR. No lo verás. Es muy delicado, y no volverá a recurrir a ti.

ANDRÉS. Por muy delicado que sea, espero recibirle cuando me devuelva aquella cantidad.

10 PILAR. ¿Fué un préstamo? ¿Entre cuñados?

ANDRÉS. Pues si fué un regalo, y tal lo considero, vendrá a darme las gracias . . . a no ser que su delicadeza se lo impida.

PILAR. Cómo te complaces en mortificarme hablando
15 así de los míos, de mi familia.

ANDRÉS. Te engañas bien. Pero hay cosas que deben decirse con toda claridad, siquiera no se deban volver a repetir. Y aún te engañas más respecto de la familia.

PILAR. ¿Qué vas a decir?

20 ANDRÉS. Algo muy raro y muy doloroso. Que tú no sabes quién es tu familia.

PILAR. ¡Eso es una injuria!

ANDRÉS. No, una verdad.

PILAR. ¡Que yo no sé quién es mi padre y mi madre
25 y mi . . . !

ANDRÉS. No. Tu familia y verdadera, desde que te casaste, soy yo. El único de quien no te acuerdas.

PILAR. Tú eres mi marido.

ANDRÉS. Pues eso que tú dices tan pronto, es todo lo
30 que tienes en el mundo, y cuando la ley natural de la vida haga desaparecer a tus padres antes que nosotros, y tus hermanos se dispersen al calor de sus hogares,

entonces empezarás a comprender que esto, que hoy es tan poco, es el amparo que te queda en la tierra.

PILAR. ¡ Cómo poetizas ! . . . (*Zalamera.*) Déjame ir al baile.

ANDRÉS. No. 5

PILAR. (*Enfadada.*) Pues déjame en paz.

ANDRÉS. Como quieras. Pero óyeme bien: de nuestra conducta, de encauzar la vida de un modo o de otro, depende el porvenir . . . Mientras pueda, lo defenderé.

PILAR. No hablemos más; no iré al baile. 10

ANDRÉS. Si cedieras a un buen impulso tuyo, sería una satisfacción muy grande . . . El mes de abril se acerca, ¿ quieres que emprendamos un viaje por Suiza, Italia, luego a París ? . . .

PILAR. Lo que tú dispongas . . . 15

ANDRÉS. No es así . . .

PILAR. Así ha de ser . . . Mis caprichos no cuentan.

ANDRÉS. No me contestes airada. No hay nada serio ni grave que nos estorbe el ser felices . . . ¿ Por qué no hemos de serlo ? ¿ Quieres, Pilar ? No es más que un 20 esfuerzo pequeño. Apartas esa vanidad de tu imaginación, te olvidas de que eres sobrina de todas tus tías . . .

PILAR. ¿ Renegar de mis antepasados ?

ANDRÉS. ¿ Si creerás que yo no los tuve ?

ESCENA XVIII

DICHOS: CRIADO por el foro, de gran librea

CRIADO. La señora está servida. 25

ANDRÉS. ¿ Y este mamarracho ? ¿ Quién le ha mandado a usted vestirse así ?

CRIADO. La señora.

ANDRÉS. Desnúdese usted ahora mismo.

PILAR. ¿Supongo que no pretenderás que se desnude aquí?

ANDRÉS. ¡Donde se ha vestido! (*Vase el Criado por el foro.*)

ESCENA XIX

ANDRÉS y PILAR

PILAR. En casa de la Marquesa bien sirven de librea.

ANDRÉS. Allí, perfectamente; pero aquí, ¿no comprendes que desentona, que no tenemos un tren de vida, ni habitamos un palacio donde encaje esa figura?

PILAR. Lo que comprendo es que no podemos vivir juntos. Somos incompatibles.

ANDRÉS. No anticipemos el carnaval.

PILAR. Para evitarlo, hasta que tú te civilices, debemos separarnos amistosamente.

ANDRÉS. No es posible que hables con formalidad.

PILAR. Ya te irás convenciendo. (*Toca el timbre de pared.*)

ANDRÉS. ¿Separarnos? ¿Y por qué?

PILAR. Quizás una ausencia te haga meditar algo sobre los respetos que merece una señora educada en otro ambiente y que puede satisfacer lo que en ella es una necesidad.

ANDRÉS. Esto es un desatino. La gente se aparta por cosas graves.

PILAR. Las pequeñas son más insoportables.

ANDRÉS. No estás en tu juicio . . . y de lo que voy a separarte realmente es de tu madre. Ella es la que infierna nuestra casa.

PILAR. ¿De mi madre? Ahora lo veremos.

ANDRÉS. ¡Pilar!

Escena XX

Dichos: Criada por el foro

Pilar. Un sombrero y un abrigo y los guantes.

Andrés. ¡ Pilar !

Pilar. (*A la Criada.*) ¿ No ha entendido usted ? (*Vase la Criada por el foro.*)

Escena XXI

Andrés y Pilar

Andrés. ¡ Seriamente ! ¿ Te marchas ? 5

Pilar. A casa de mis padres . . . A no ser que me encierres. Donde he vivido podré seguir viviendo considerada y respetada. (*Pausa.*)

Andrés. Está bien. Éste no es motivo para separarse, y aun como pretexto es demasiado insignificante; pero 10 comprendo que en el fondo hay algo muy grave, que es la intervención desmedida de tu madre. Pero esto acaba aquí. Escoge: ella o yo.

Pilar. Ella.

Andrés. Te acompañaré yo mismo. (*Toca el timbre.*) 15

Escena XXII

Dichos: Don Francisco por la izquierda. Después un Criado por el foro

Francisco. Ya podéis subir. Faltan diez minutos.

Andrés. Nos vamos a la calle.

Francisco. ¿ Ahora ?

Andrés. Tenemos que salir. (*Al Criado que se presenta.*) El gabán y el sombrero. (*Vase el Criado.*) 20

Francisco. ¿ Y la conjunción de Marte y la Luna ?

ANDRÉS. A la vuelta.

FRANCISCO. Ya habrá pasado.

ANDRÉS. Veremos la próxima.

FRANCISCO. Dentro de cincuenta y cinco años.

ANDRÉS. Perfectamente. La aguardaré: no tengo prisa.

FRANCISCO. Yo no os consiento salir. Es un espectáculo maravilloso, incomparable.

PILAR. Son un poco ridículas a veces estas cosas de las estrellas . . .

ANDRÉS. ¡ Que es mi padre ! . . .

FRANCISCO. ¿ Qué dice ?

ESCENA XXIII

DICHOS: CRIADA y CRIADO con los abrigos, que se ponen Andrés y Pilar

ANDRÉS. Nada . . .

FRANCISCO. Pero, ¿ dónde vais ?

PILAR. A casa de mis padres.

FRANCISCO. ¿ Es tan urgente ?

ANDRÉS. Ya te lo explicaré luego . . .

FRANCISCO. Id con Dios, id con Dios . . . (*Vanse, Pilar y Andrés por el foro. El Criado los sigue.*)

ESCENA ÚLTIMA

FRANCISCO y CRIADA

FRANCISCO. ¿ Qué ha pasado ?

CRIADA. No sé decirle a usted.

FRANCISCO. Mientras vuelven, me voy a ver mis estrellas. Puede que por esto no sepa lo que pasa en la tierra. Quizá sea mejor.

Telón pausado

ACTO SEGUNDO

De noche. Sala o gabinete de recibo en casa de don Jorge. Aparato de luz eléctrica encendido

Escena Primera

Laura, mirándose a un espejo. Entra por el foro un Criado. Luego Criada

Laura. Estése usted a la puerta y avise en cuanto venga el coche de la señora Marquesa. No se entretenga usted, Juan. (*Sigue mirándose. Vase el Criado por el foro. Sale por la derecha la Criada con el abrigo de Laura.*) ¿Y mamá? 5

Criada. La señora ya terminó de vestirse.

Laura. ¿Y el señor?

Criada. Leyendo los periódicos.

Laura. Mírele usted. (*Vase la Criada por la segunda derecha. Laura se pone el abrigo y se mira al espejo.*) 10

Escena II

Laura y Jorge por la segunda derecha, de frac

Jorge. Aquí estoy.

Laura. ¿Aún sin ponerte el abrigo?

Jorge. Pero, hija, ¿qué tardo en eso?

Laura. Luego haces aguardar a la tía Clara y se impacienta. 15

Jorge. La Marquesa se impacienta pronto.

LAURA. Arréglate.

JORGE. (*Sentándose.*) Pues yo no me abraso.

LAURA. Qué intransigente eres, papá.

JORGE. Muchísimo, hija mía.

ESCENA III

DICHOS: GERTRUDIS y CRIADA por la segunda derecha

GERTRUDIS. ¿Necesitas algo, Laura?

LAURA. Nada, mamá.

GERTRUDIS. (*A la Criada.*) Baje usted a la puerta y avise inmediatamente que llegue la señora Marquesa. (*Vase la Criada por el foro.*)

LAURA. Ya está Juan abajo.

GERTRUDIS. No importa.

JORGE. Si quieres que baje yo también...

GERTRUDIS. No seas pesado, Jorge; ponte el abrigo.

JORGE. Pero, Gertrudis...

GERTRUDIS. Compláceme al menos una vez.

JORGE. Una vez en cada cosa que mandas. Y si te agrada me subiré el cuello y me pondré al lado de la chimenea.

GERTRUDIS. No nos hagas esperar.

JORGE. (*Levantándose.*) Bueno, mujer, bueno. (*Llamando.*) ¡Juan!

GERTRUDIS. ¿Para qué llamas?

JORGE. Para que me ayude.

LAURA. Juan está en la puerta.

JORGE. Que venga la doncella.

GERTRUDIS. También le he dicho que bajase. ¿No lo has oído?

JORGE. Bueno...

GERTRUDIS. No es tanta fatiga . . .

JORGE. Sobre todo conociendo la necesidad de que estén los dos a la puerta.

GERTRUDIS. Si no criticaras, enfermabas.

JORGE. Una de las razones que tengo para no enfermar es la de no causaros molestias cuidándome, aunque el gusto de que me cuiden valdría . . .

GERTRUDIS. Anda, anda . . .

JORGE. Ando. (*Vase por la segunda derecha.*)

ESCENA IV

LAURA y GERTRUDIS

GERTRUDIS. Ya ves la paciencia que hace falta para estar casada.

LAURA. Si te acordaras de la que se necesita para estar soltera . . .

GERTRUDIS. No sé qué te diga.

LAURA. Es muy desairado.

GERTRUDIS. Teniendo novio . . .

LAURA. Un novio formal no es nada. Ni siquiera divierte. ¿Qué franqueza ni qué ilusión podemos tener con un hombre que viene decidido a casarse?

GERTRUDIS. Félix ha de ser dócil.

LAURA. ¿Como papá?

GERTRUDIS. Puede que no llegue, pero será muy manejable. El resto es labor tuya.

LAURA. Yo pienso ser muy buena con él.

GERTRUDIS. No contrariándote . . .

LAURA. Entonces no lo merecería.

GERTRUDIS. Evidente. Y Félix se casa.

LAURA. ¿Crees tú? . . .

GERTRUDIS. La prueba es que habla más conmigo y con tu tía la Marquesa, que contigo misma.

LAURA. Tendremos tiempo de sobra luego.

GERTRUDIS. Eso debe calcular Félix.

5 LAURA. Es un muchacho muy distinguido, de buena familia . . . No muy listo . . .

GERTRUDIS. Lo necesario. Los talentos, para el Ateneo; en casa son inaguantables.

LAURA. Pongamos listo.

10 GERTRUDIS. Ponlo. Y rico.

LAURA. ¿Lo sabes?

GERTRUDIS. Lo dice.

LAURA. Quién, ¿él?

GERTRUDIS. Sí.

15 LAURA. No es bastante. Convendría enterarse.

GERTRUDIS. Indudablemente; pero mientras no se formalice, es imposible tratar este punto.

LAURA. Al contrario, mamá. Después de formalizarse, todo el mundo sabe que se rompen las bodas por 20 dinero y antes aun pueden darse explicaciones de carácter . . . de genio . . .

GERTRUDIS. Ya pregunto de cierta manera. Francamente, no se puede . . . pero no me responden. Suponen, creen . . . Antonia es la única que me dijo: Félix no tiene 25 una peseta. Pero Antonia es tan envidiosa . . .

LAURA. Entérate, mamá.

GERTRUDIS. Ya me enteraré. (*Pausa.*) Lo que tarda la Marquesa . . . ¿le habrá pasado algo?

LAURA. ¿Qué quieres que le pase a los sesenta años?

30 GERTRUDIS. A esa edad, para las mujeres ricas siempre pasa un marido joven.

LAURA. ¿La tía de novia? Es para reírse.

GERTRUDIS. La juventud se ríe de lo más grave.

LAURA. Pero tú te imaginas a la tía Clara con velo blanco y azahar . . .

GERTRUDIS. Es viuda.

LAURA. Azahar de viuda. 5

GERTRUDIS. Artificial.

LAURA. Y el novio llevándola de la mano . . .

GERTRUDIS. Y el novio llevándose la herencia vuestra.

LAURA. ¡ Eso no !

GERTRUDIS. ¿ Ves cómo no es motivo de risa suponerlo ? 10

LAURA. La tía Clara es una señora muy seria.

GERTRUDIS. Ya las hay que se casan muy seriamente.

LAURA. Sería una abominación.

GERTRUDIS. Tu primo Ricardito ya consiguió una buena manda. Si ahora viniese un amor, os quedábais . . . 15 (*Suena el timbre dentro.*) ¿ Han llamado ?

LAURA. Sí.

GERTRUDIS. Vamos. (*Llamando.*) ¡ Jorge !

LAURA. (*Llamando.*) ¡ Papá !

GERTRUDIS. ¡ Qué pesado es ! . . . No lo parecía de 20 soltero. (*Llamando.*) ¡ Jorge !

ESCENA V

DICHOS: PILAR y ANDRÉS por el foro

LAURA. ¿ Sois vosotros ?

GERTRUDIS. Creíamos que era la Marquesa . . .

ANDRÉS. Siento mucho la desilusión. Pilar no es Marquesa y yo tampoco. 25

LAURA. ¿ Qué os pasa ?

PILAR. ¡ Andrés !

ANDRÉS. (*Cortándole la palabra.*) Pilar se considera

incompatible conmigo, no podemos vivir juntos y viene a vivir con ustedes.

GERTRUDIS. Dime, Andrés . . .

ANDRÉS. Se lo dirá a usted Pilar. Muy buenas noches.

5 LAURA. Andrés . . .

ANDRÉS. Muy buenas noches, Laura. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI

DICHOS menos ANDRÉS

GERTRUDIS. ¿ Qué ha sido ?

PILAR. Lo de siempre. Nuestra educación es muy 10 distinta; quiere mandar como un tirano.

GERTRUDIS. Has hecho perfectamente.

LAURA. Que aprenda.

GERTRUDIS. ¿ Y te separas ?

PILAR. Vengo a vuestros brazos pidiendo consejo y 15 protección.

LAURA. Y casa.

GERTRUDIS. ¡ Laura !

PILAR. He seguido tus instrucciones, mamá.

GERTRUDIS. No te pesarán. A los hombres hay que 20 tratarlos como hombres . . .

PILAR. ¿ Hice bien ?

GERTRUDIS. Naturalmente.

LAURA. Eres valiente.

ESCENA VII

DICHAS: CRIADO por el foro

CRIADO. El coche de la señora Marquesa aguarda a 25 los señores.

LAURA. Vamos.

GERTRUDIS. Vamos. Avise usted al señor. (*Vase el Criado por la segunda derecha.*)

PILAR. ¿Vais?

LAURA. Naturalmente. Tú no vienes por diez minutos, sino para quedarte aquí, y no hemos de trastornar nuestros planes. ¿No será ésa tu intención?

PILAR. No, no . . .

GERTRUDIS. Ya hablaremos luego.

PILAR. Pero mamá, ¿de veras me dejáis sola?

LAURA. ¿Tienes miedo?

PILAR. Miedo, no . . . pero algo tengo que me ahoga.

GERTRUDIS. No seas exagerada. La tuya es cuestión muy importante para tratarla a la ligera. Cuando volvamos . . .

LAURA. Dice bien mamá. ¿Tú has de estar aquí? Pues cuando volvamos con toda calma. (*Pilar llora silenciosamente.*)

GERTRUDIS. Vamos, hija.

LAURA. Vamos, mamá.

ESCENA VIII

DICHOS: JORGE y el CRIADO por la segunda derecha

JORGE. ¿Qué es esto?

LAURA. Que Pilar se ha separado de su marido.

JORGE. (*Corriendo a Pilar.*) ¿Es verdad, Pilar?

PILAR. Y que vosotros os vais al teatro . . .

LAURA. Y tú debías venir. En estos momentos es cuando precisas mayor distracción.

JORGE. ¿Pero estáis locas?

Escena IX

Dichos: Criada por el foro

Criada. La señora Marquesa, que si bajan los señores.

Jorge. Dile que . . .

Gertrudis. Nada, que bajamos.

Laura. Adiós, Pilar; no seas tonta, no llores.

5 Gertrudis. ¡ Ya hablaremos, ya hablaremos, hija mía ! Tú sabes que cuentas con tu madre . . . Vamos, Jorge.

Jorge. Yo iré luego.

Gertrudis. Como quieras. No hemos de hacer 10 aguardar a la Marquesa.

Jorge. ¿ A la Marquesa por Pilar ? De ningún modo. Marcharos.

Gertrudis. Hasta luego . . . y tranquilízate.

Laura. Esta Pilar siempre fué muy exagerada . . .

15 Gertrudis. Poco conocimiento de la vida. (*Vase por el foro.*)

Escena X

Jorge y Pilar

Jorge. No te apures, hija, no te apures. ¿ Que tu madre y tu hermana se van al Real ? Ésa es la consecuencia de la vida egoísta que llevamos. Debemos 20 divertirnos y nos divertimos. ¿ Que tú lloras ? Pues ellas no se apuran, suponiendo, con muchísima razón, que cuando vuelvan se te habrá pasado esa congoja.

Pilar. Tú bien renuncias al teatro . . .

Jorge. Yo no cuento . . . Ya hemos convenido en que 25 mis tornillos no se ajustan bien.

Pilar. Tú eres el mejor.

JORGE. No te apures . . . Tú has querido hacer un disparate y has hecho dos. Dejar tu casa y venir a la de tu madre.

PILAR. Y a la tuya.

JORGE. (*Pausa.*) Bueno, pongamos la nuestra.

PILAR. Yo pensé que me querían.

JORGE. Indudablemente te quieren.

PILAR. ¿ Y se marchan viniendo yo desconsolada ? . . .

JORGE. Por no verte sufrir. Eso las hace mucho daño. Y además fuiste inoportuna.

PILAR. Ya lo conozco.

JORGE. Al diablo se le ocurre venir con lágrimas en el momento en que deben irse al teatro . . . Tu madre no puede llorar, porque se lo han prohibido los médicos, y tu hermana no llora todavía . . . como no sea de rabia.

PILAR. No me quieren . . .

JORGE. ¿ Que no te quieren ? Apuesto una caja de cigarros contra una docena de figuras de cotillón, a que Gertrudis y Laura tienen un disgusto enorme en cuanto vuelvan. Son muy sensibles y muy cariñosas, pero a sus horas. Hay que conocerlas.

PILAR. Yo creí que me recibirían con los brazos abiertos.

JORGE. Entreabiertos.

PILAR. ¡ No abrazarme siquiera ! . . .

JORGE. Eso no fué culpa del corazón.

PILAR. ¿ Pues de qué ?

JORGE. Del vestido. La crueldad de muchas almas obedece a exigencias del tocador. Ya verás, ya verás como te abrazan a la vuelta.

PILAR. Es no tener sentimientos.

JORGE. ¡ Alto ! Reconozco equitativamente la razón de cada uno. Si a Gertrudis le cae una lágrima tuya en

una tela tan delicada como la que hoy lleva, es una mancha, y entonces el disgusto de tu casa no sería nada comparado con la catástrofe de la nuestra.

PILAR. ¿Para qué habré venido?...

5 JORGE. Seguramente Gertrudis y Laura van haciéndose la misma pregunta: ¿para qué habrá venido? Créeme, vuélvete a tu casa.

PILAR. ¡Nunca!

JORGE. Es posible que aciertes, pero no por tu voluntad.

10 PILAR. ¿Qué quieres decir?

JORGE. Que tal vez Andrés se canse de aguardarte y cierre las puertas.

PILAR. No he de llamar a ellas.

JORGE. Bien contestado. Así me satisface verte. Tu 15 marido es un pillo.

PILAR. Eso no: desconsiderado nada más.

JORGE. ¿Y te parece poco? Darte desprecios, emplear palabras groseras, causarte privaciones y quizás cometer la descortesía imperdonable de burlarse de tu abo- 20 lengo haciendo temblar en sus tumbas los nobles restos de nuestros gloriosos antepasados...

PILAR. Tantas veces, papá...

JORGE. ¿Qué sospechaba yo?... ¿Y una separación? No respondes a las tradiciones. Si realmente sintieras en 25 tus venas la sangre de tus bisabuelos, habrías matado a tu marido antes que tolerar esas ofensas.

PILAR. ¿Matarle? ¿Por qué?

JORGE. ¿Tú no te separas porque te da la gana? Pues con ese mismo fundamento ¡pum! un tiro, o dos tiros, 30 o tres tiros...

PILAR. ¿Te estás burlando de mí?

JORGE. Sí, Pilar, sí. Me estoy burlando para no

echarme a llorar de pena viendo a mi hija más querida hacerse desgraciada por los malditos consejos de esos pájaros locos que tu madre y tu hermana llevan y traen de su cabeza a la tuya . . .

PILAR. ¿ Hice mal, papá ? 5

JORGE. ¿ Que si hiciste mal ? Mal en dejar a Andrés, mal en estarte aquí, mal en no correr a pedirle perdón.

PILAR. ¿ Tú también me abandonas ?

JORGE. No. Yo te abro mis brazos . . . ¡ aunque me manches el frac ! (*Se abrazan.*) 10

PILAR. ¡ Soy muy desdichada !

JORGE. Si te lo crees, ya lo eres. (*Pausa.*) Dime seriamente: ¿ qué hizo Andrés ? Prohibirte un baile porque no le agrada que vayas sola y él tiene que marchar de Madrid. ¿ Y te duele que se vaya tu madre quedando 15 tú en casa ? Lógica, Pilarcita, lógica.

PILAR. Hay algo más.

JORGE. ¿ Que no te permite saraos y kermeses ? Si a él no le gusta esa vida mundana, ¿ por qué no te avienes a la suya ? 20

PILAR. Va contra mis creencias.

JORGE. ¿ Religiosas ?

PILAR. No, no . . . contra mis convicciones, contra mi educación.

JORGE. ¿ En qué ? 25

PILAR. En todo.

JORGE. Eso aún no es nada. Un hecho.

PILAR. Me humilla siempre. Compré unos tapices baratísimos, ocho mil duros y valen veinte tirados: los devolvió. 30

JORGE. Admirable. Si empezáis por no tener lienzos de pared donde colgarlos.

PILAR. Nos hubiéramos mudado.

JORGE. Eso es discurrir. Si no fuera tuya, esa idea era de mi mujer.

PILAR. Sí, mamá me lo dijo.

5 JORGE. No insistas . . . lleva la marca de fábrica. ¿ Qué más quejas tienes ?

PILAR. ¿ No recuerdas, de recién casados, lo que me hizo en el coche ?

JORGE. No lo recuerdo.

10 PILAR. Borrar los escudos.

JORGE. Fué al revés: ten memoria. Tú mandaste quitar las cifras y poner los escudos. Andrés los borró de nuevo y restableció las iniciales.

PILAR. Se avergüenza de las armas de nuestra familia.

15 JORGE. Me lo ha dicho cien veces: « Las respeto mucho, pero no las uso porque no son mías. »

PILAR. ¿ Y lo de esta noche ?

JORGE. Es verdaderamente grave y serio. Tu escapatoria.

20 PILAR. Digo lo del criado.

JORGE. ¿ El qué ?

PILAR. Dispuse que hicieran una librea para servir a la mesa, y Andrés, delante de mí, le mandó desnudarse.

JORGE. ¿ Y ponerse la ropa de costumbre ?

25 PILAR. Pero quitarse la librea.

JORGE. ¿ Y todos los agravios son por el estilo ? Pues, hija, estas penas no merecen consejos

PILAR. ¿ Pues qué ?

JORGE. Azotes.

30 PILAR. Soy muy crecida.

JORGE. Por eso no te los da tu padre . . . pero debía dártelos tu marido.

PILAR. ¿Por la fuerza? No han sido esos tus procedimientos...

JORGE. Así habéis sido educadas. Puedo estar satisfecho de mi debilidad.

ESCENA XI

DICHOS: ANTONIA por el foro

ANTONIA. Saberlo, tomar un simón y estar aquí, ¿cuánto tiempo os parece que me he llevado?

JORGE. Un relámpago.

ANTONIA. Relámpago, no; pero tronada, sí; ¡las cosas que le he dicho al simón y al caballo!...

JORGE. Habrán ofendido al caballo.

ANTONIA. Y las cosas que te voy a decir a ti, Pilar, y a usted, don Jorge, por consentirlo, y a Gertrudis y a Laura por encalabrinarte los sesos...

PILAR. ¿Te crees con derecho?

ANTONIA. Eso es igual. Están ya pensadas y te las digo. Si te gustan, bueno, y si no te gustan, ya contestarás.

JORGE. Tiene usted razón, Antonia.

ANTONIA. De sobra, pero es lo mismo; yo no me preocupo de razones para decir verdades.

JORGE. Duro, duro... esto es lo que hace falta para esta chiquilla.

ANTONIA. Y para usted.

PILAR. Será preciso escucharte.

ANTONIA. ¿No ha de serlo? La mujer que abandona su casa, aunque tenga motivos muy poderosos, ha de escuchar mucho... y explicar muchísimo más, sin perjuicio de que la sigan juzgando lo mismo.

PILAR. ¿Lo mismo, qué quiere decir?

ANTONIA. Lo que tú te figuras.

PILAR. Más claro, Antonia.

ANTONIA. Por claridad no quedaremos. Te va a parecer que han puesto nuevas las bombillas de la luz.

5 PILAR. Lo prefiero.

ANTONIA. Te complaceré.

JORGE. Duro, duro . . .

ANTONIA. ¿ Y usted, qué hace aquí?

JORGE. ¿ Dónde?

10 ANTONIA. En esta casa.

JORGE. Lo de siempre: nada. Soy el marido . . .

ANTONIA. Bueno; pues ya que no tuvo usted agallas para coger a su hija de usted de un brazo y llevarla donde debe estar, ahora se larga usted muy mansito a coger 15 del brazo a Andrés y suplicarle que venga.

PILAR. Papá, no vayas . . .

JORGE. Mire usted, Antonia . . .

ANTONIA. Si yo fuera su mujer de usted . . .

JORGE. Me basta con la mía. No tiene que envidiarle 20 a usted el genio.

ANTONIA. Hágame usted el favor de aligerar.

JORGE. Con mucho gusto. Pero su esposo de usted . . .

ANTONIA. ¿ Mi Pepe?

JORGE. Sí, su Pepe de usted, debe estar en la gloria.

25 ANTONIA. Todavía no, pero ya irá.

JORGE. Seguramente, y nos encontraremos.

ANTONIA. ¿ Qué sería de ustedes si nosotras muriéramos?

JORGE. Viudos. Les pasa a muchos y siguen viviendo.

30 ANTONIA. ¿ Y cómo?

JORGE. No lo sé. La salud de Gertrudis, afortunadamente, aleja todas las probabilidades.

ANTONIA. Tráigase usted a mi hermano.

JORGE. Si quiere.

ANTONIA. Y si no quiere.

JORGE. Le diré que soy de la policía.

ANTONIA. Lo que a usted se le ocurra, pero tráigalo usted.

PILAR. Es vergonzoso que te dejes mandar así, papá.

ANTONIA. Pues esto es lo que tú quieres de Andrés.

PILAR. Andrés es mi marido.

JORGE. Y yo lo soy de tu madre.

ANTONIA. (*Empujándole.*) Ande, don Jorge, ande. De todas maneras ha de obedecerme usted, pues cuanto antes será más amable.

JORGE. Me convence usted, Antoñita.

ANTONIA. Pues lárguese usted, don Jorgito . . .

JORGE. Era mi propósito traerle.

ANTONIA. Mejor que mejor. Haga usted su voluntad.

JORGE. Hasta ahora.

ANTONIA. Y de prisita, ¿ eh ? (*Vase Jorge por el foro.*)

ESCENA XII

PILAR y ANTONIA

PILAR. No sé a qué conduce ese afán. Con Andrés no pienso cruzar una palabra.

ANTONIA. Hablaremos por ti.

PILAR. Lástima que no esté mamá.

ANTONIA. Ya vendrá. La aguardaremos.

PILAR. ¿ Aunque tarde ?

ANTONIA. No tengo prisa. Pepe sabe que estoy aquí, y si se aburre, duerme.

PILAR. ¿ Y si no se aburre ?

ANTONIA. Duerme después. De noche acaba uno siempre por dormirse.

PILAR. Siento que por mí retraséis la hora . . .

ANTONIA. No es por ti solamente, es por Andrés, por mi hermano.

PILAR. Eso explica más tu presencia.

ANTONIA. ¿ Empieza ya a clarear? Vamos, dime, ¿ hay algo grave entre vosotros? ¿ Alguna infidelidad de Andrés?

PILAR. No . . . que yo sepa.

ANTONIA. ¿ Y tuya?

PILAR. ¡ Yo soy incapaz de faltar a mi marido!

ANTONIA. Tú eres sobradamente honrada para no faltarle: concedido. Pero incapaz, no . . . calculo que tendrás todas las capacidades fundamentales.

PILAR. ¿ Entonces por qué lo preguntas?

ANTONIA. Porque es lo primero que se supone, aunque sea, como en este caso, para reconocer que no es verdad.

PILAR. (*Secamente.*) Gracias.

ANTONIA. Las acepto. (*Pausa.*) ¿ Te ha pegado?

PILAR. ¿ Y yo lo consentiría?

ANTONIA. Ha podido ocurrir, sin consentirlo tú, que te pegase él.

PILAR. Andrés no se rebaja de ese modo.

ANTONIA. Perfectamente. Ni faltas ni golpes. Tacañería me consta que no la hay. Andrés no es grosero . . . ¿ por qué te separas?

PILAR. Que te lo cuente tu hermano.

ANTONIA. ¿ Y basta su palabra?

PILAR. No es hombre que mienta.

ANTONIA. Pues entonces ya estás lucida.

PILAR. ¿Qué te ha dicho?

ANTONIA. Que eres tan terca como doña Gertrudis.

PILAR. Eso es ofender a mamá.

ANTONIA. A las dos . . . si es mentira; pero si es cierto, no estará de más que os corrijáis las dos.

PILAR. Lo procuraremos para complacerte.

ANTONIA. Que eres más caprichosa que Laura.

PILAR. Laura, sí, es muy caprichosa.

ANTONIA. Este punto también se aclara. Tú lo reconoces en tu hermana, y tu hermana lo reconoce en ti . . .

PILAR. Es buen testigo.

ANTONIA. Y que tienes menos carácter que tu padre.

PILAR. Hoy se convencerá de lo contrario.

ANTONIA. Al revés. Este arranque tuyo demuestra que no sabes lo que haces y haces lo que te dicen.

PILAR. Conociéndome tantos defectos, ¿por qué se casó conmigo?

ANTONIA. Los habrá visto después. Yo se lo advertí bien, pero estaba tan enamorado de ti, que no hubo forma de disuadirle de este matrimonio.

PILAR. ¿Era amor o ambición?

ANTONIA. ¿Ambición de qué?

PILAR. De emparentar.

ANTONIA. ¿Hasta conmigo vas a sacar el abolengo? ¡Ni que fuera un específico!

PILAR. ¡Qué poca delicadeza empleas en tus comparaciones! . . . Verdad que no has de estar acostumbrada a mucho más. Tu abuelo vino a Madrid arreando un mulo.

ANTONIA. Peor hubiese sido que el mulo le arrease a él.

PILAR. Para todo hay consuelo.

ANTONIA. Con buena voluntad . . .

PILAR. Lo malo es que esos orígenes siempre dejan rastro. Aun refinada, como tú, hay ocasiones en que recuerdas al abuelo.

5 ANTONIA. Lo recuerdo muy a menudo. Entró en Madrid sin un cuarto, y salió por primera calaverada, después de cuarenta años de trabajo, cuando ya tenía un millón de pesetas.

PILAR. Si todos aguardáramos cuarenta años para 10 nuestro primer viaje, yo aún no habría salido . . . y tú tampoco, ¿ verdad ?

ANTONIA. Tampoco, tampoco . . . En vosotros es distinto, porque para ir convidados al *château* de la Marquesa de Fuenteseca, no necesitáis aguardar nada . . . 15 más que la invitación, y si acaso, los billetes de favor en el ferrocarril.

PILAR. Te equivocas. Este año fuí a Biarritz con mi marido.

ANTONIA. Y con el dinero del abuelo.

20 PILAR. Siempre habláis de dinero . . .

ANTONIA. De lo que tenemos. También somos nobles.

PILAR. ¿ Vosotros ?

ANTONIA. Pregunta en el Banco de España.

PILAR. Esa nobleza no la cambio por la mía.

25 ANTONIA. Y en el Banco tampoco te la cambian. Por eso no pases preocupación.

PILAR. Si tú supieras el asco que me causan vuestros millones . . .

ANTONIA. Pero los gastas.

30 PILAR. Porque son indispensables.

ANTONIA. Pues, mira, hija, lo que es indispensable, resulta ridículo despreciarlo, y vale más vivir tranquila-

mente, disfrutando cuatro ochavos, que andar poniendo los ojos tiernos como tu hermana Laura en cuanto ve un gabán de pieles debajo de un sombrero de copa.

PILAR. Puede que exageres.

ANTONIA. Ya lo sé: también los acoge sin gabán, como ese novio de ahora, que anda por los salones preguntando la dote que te dieron a ti.

PILAR. No es posible.

ANTONIA. Lo que no es posible es que le respondan satisfactoriamente.

PILAR. Si se entera Laura, riñen en el acto.

ANTONIA. Dile que se apresure . . . por más que no hay para qué. Ya la plantará él. Novias sin dote y con pretensiones, hace falta ser un poco bobo, como Andrés . . .

PILAR. Me insultas, Antonia . . .

ANTONIA. Y yo que temía no hablar bastante claro . . .

PILAR. Demasiado.

ANTONIA. Aún te voy a decir algo más estupendo.

PILAR. Antonia, reñiremos.

ANTONIA. Pues tengo que decirte que soy tu amiga . . .

PILAR. Ya se nota.

ANTONIA. Y tu hermana, en cuanto tú lo desees; que Andrés te quiere locamente, que yo tengo adoración por Andrés, y que es menester que seáis felices.

PILAR. Bien lo encaminas con tus crudezas.

ANTONIA. Y queda lo más extraordinario que contarte. Tú no lo sabes, no te das cuenta, pero eres una muchacha muy buena. El día que oigas a Andrés en lugar de oír las fantasías de tu madre, todos te querremos y probablemente tú nos querrás a todos.

PILAR. Te estimo mucho esa confesión, pero yo no desciendo a suplicarle a mi marido.

ANTONIA. ¿Y quién te aconseja semejante disparate? No desciendas, que ése no es tu papel; ni te eleves, que eso ya no está en el suyo consentirlo.

PILAR. Agradezco tus lecciones.

5 ANTONIA. ¿Y no las aprovechas?

PILAR. No. Prefiero los procedimientos de mi madre. Son más dignos porque son más rectos. De frente y adelante. Ésa fué la divisa de mis antepasados.

ANTONIA. No sabía que tuviérais divisa.

10 PILAR. Pues ya lo sabes.

ANTONIA. Por muchos años, ya que os satisface tanto.

ESCENA XIII

DICHAS: GERTRUDIS y LAURA por el foro

PILAR. Mamá . . .

GERTRUDIS. No hemos podido ver la función; no tuve 15 paciencia para esperar a que terminase; ésta no habló con Félix, tu tía la Marquesa ha reñido severamente por tu locura. Llevas una hora y ya ves los trastornos que causa tu ligereza. ¿Y Jorge? ¿Dónde está Jorge? (*Viendo a Antonia; amabilísima.*) Mi querida Antonia, 20 no la había visto a usted . . . venimos del Real. (*Pilar, que recibe a su madre con ansia, se queda fría al oírla, preparando ya con su asombro la transición y el cambio de conducta de la escena siguiente.*)

ANTONIA. Ya he oído, ya he oído.

25 GERTRUDIS. ¡Qué satisfacción, usted por esta casa! Siéntese usted. (*A Laura.*) Laura, llévate mi abrigo. (*Aparte.*) Y llévate a Antonia.

LAURA. Lo que me alegro encontrarte, Antonia . . .

Tengo que enviar una postal y no sé cuál escoger. ¿Quieres venir?

ANTONIA. Luego. No está el horno para postales.

GERTRUDIS. Estas chiquillas salen con unas embajadas . . . 5

LAURA. Era el pretexto. La verdad es que quisiera consultarte un asunto.

ANTONIA. Mira, Laura, si queréis echarme de aquí . . .

GERTRUDIS. Antonia, por Dios . . . no le haga usted caso. Laura, no insistas. 10

ANTONIA. Podemos arreglarlo. Llévame al comedor, que he venido sin cenar, y dame un chocolate.

LAURA. ¿Habrá chocolate, mamá?

ANTONIA. Cualquier cosa; te con unas pastas.

LAURA. ¿Habrá pastas, mamá? 15

GERTRUDIS. Yo qué sé. Míralo tú.

ANTONIA. Vamos, Laura; ya encontraremos algo.

GERTRUDIS. Y vuelva usted pronto, Antonia, necesitamos sus consejos.

ANTONIA. En seguida; descuide usted. (*Vanse Antonia y Laura por la segunda izquierda.*) 20

ESCENA XIV

PILAR y GERTRUDIS

GERTRUDIS. Es una grosería plantarse así en una casa . . . (*Pausa.*) Oye, Pilar, esto no puede seguir. Hay que ponerle un término inmediatamente.

PILAR. Tú me aconsejaste que viniera . . . 25

GERTRUDIS. ¿Yo? ¿Estás loca? ¿Te he dicho yo que abandonaras el domicilio conyugal, lo más sagrado que hay en el mundo?

PILAR. Yo entendí que . . .

GERTRUDIS. No has podido entenderlo. Ahora mismo me decía la Marquesa: « Pero, ¿ cómo esa criatura se ha lanzado a semejante escándalo? » No puedes figurarte el enojo que le produjo esta chiquillada; no quiere ni oír hablar de ti mientras continúes en esta situación.

PILAR. ¿ Y tú tampoco?

GERTRUDIS. ¡ Sólo faltaría que te portases como una hija desnaturalizada echándome la culpa! Yo soy tu consejera, yo soy tu amparo . . .

PILAR. Ya lo veo . . .

GERTRUDIS. Pero yo no autorizo esta separación disparatada, ridícula. Ridícula, es la misma palabra que empleó exactamente la Marquesa. « Tú no puedes autorizarlo » me decía, y no, Pilar, no lo autorizo.

PILAR. Está bien, mamá, no te disgustes.

GERTRUDIS. ¿ Y lo que me disgusté ya? ¿ Y si me pongo enferma?

PILAR. Perdóname.

GERTRUDIS. Seguramente esta resolución descabellada habrá sido de acuerdo con tu padre.

PILAR. De acuerdo contigo; pero tú ya te olvidaste y yo me voy olvidando tan aprisa, que casi no hago memoria de tener quien me quiera en este mundo, a no ser que me quiera Andrés.

GERTRUDIS. Eres ingrata.

PILAR. ¿ Con Andrés? Sí, mucho, tanto que tal vez no tenga vida bastante para demostrarle en lo sucesivo que no lo soy.

GERTRUDIS. ¿ Te enteras ahora de que le quieres?

PILAR. Y de que él me quiere. ¿ Es una rareza, verdad? pero así es. Lo mío y lo suyo no lo he compren-

dido por él ni por mí. El cariño va más adentro cuando lo empujan las penas, y en tu casa, mamá, me encuentro tan sola y tan abandonada, que suspiro por la mía

GERTRUDIS. ¡ Qué desagradecidos son los hijos !

PILAR. Cuando los padres son egoístas. (*Muy suave de voz.*)

GERTRUDIS. ¡ Pilar !

PILAR. Perdóname, mamá. Pero, ¿ cómo no he de adivinar que os estorbo ? Vengo llorosa y pidiendo protección a tu experiencia, y tu experiencia te lleva al teatro dejándome con mis lágrimas.

GERTRUDIS. ¡ No iba a esperar la Marquesa !

PILAR. ¿ Por tan poca cosa ? ¡ No ! Si te lo agradezco. Esta hora fué muy provechosa; aprendí mucho. Vuelves y me riñes . . . No soy para ti una hija que sufre, sino un cubierto más en la mesa, un cuarto más en la casa, un asiento más en el palco y en el coche de la Marquesa . . . una verdadera complicación.

GERTRUDIS. ¡ Merezco respeto, Pilar !

PILAR. Y te respetaré siempre, pero no me aconsejes más.

GERTRUDIS. Eres muy rebelde.

PILAR. Desde hoy te dirá Andrés que soy muy sumisa . . .

GERTRUDIS. ¡ Ojalá !

ESCENA XV

DICHAS: CRIADO por el foro

CRIADO. Don Félix Gutiérrez.

GERTRUDIS. Que entre. (*Vase el Criado.*)

PILAR. No tengo humor de visitas.

GERTRUDIS. ¿Volverás a tu casa?

PILAR. ¡Con el alma entera!

GERTRUDIS. El tiempo te enseñará lo mal que juzgas a tu madre y lo mal que respondes a tu sangre y a tu abolengo.

PILAR. ¡Ay, mamá, no hablemos tampoco de esto! Si los que viven y son tan cercanos a mí me abandonan, los muertos de mi abolengo, que no conocí siquiera, dejémoslos dormir en paz.

GERTRUDIS. ¡Qué herejía!

PILAR. Yo he de hacer vida con Andrés. Será mejor que procure pensar como Andrés para que podamos vivir los dos... (*Vase por la primera izquierda.*)

GERTRUDIS. No cuentes conmigo... sino siendo muy razonable. Y lo mismo con tu tía, con la Marquesa. Nada de escándalos. Son de muy mal tono...

ESCENA XVI

GERTRUDIS y FÉLIX

FÉLIX. (*Saliendo por el foro.*) Dispense usted que venga sabiendo que no es hora ni día de recibo; pero me preocupó tantísimo esta retirada de ustedes... Subo al palco, me asombro al hallar sólo a la Marquesa de Fuenteseca, mi respetable amiga y pariente de usted...

GERTRUDIS. Hermana mía.

FÉLIX. Y apenas cumplidos los deberes de cortesía, mi impaciencia me hizo volar.

GERTRUDIS. Es usted muy amable...

FÉLIX. ¿Usted bien? ¿Y Laura? ¿Laurita?

GERTRUDIS. Bien.

FÉLIX. ¿Y don Jorge?

GERTRUDIS. Me hace usted recordar que no le he visto.

FÉLIX. Pero de salud . . .

GERTRUDIS. Bien. Es un hombre muy sano. Verdad que no le afectan los acontecimientos, y sin quebraderos de cabeza se defiende uno mucho. ¡ Quién pudiera decir lo mismo !

FÉLIX. Ustedes son más impresionables, más divinamente impresionables.

GERTRUDIS. Desgraciadamente, por todo.

FÉLIX. Mujeres al fin.

GERTRUDIS. Y al principio.

FÉLIX. El teatro estaba brillante; turno segundo. ¿ Y cómo se retiraron ustedes tan temprano ?

GERTRUDIS. Porque Jorge se marcha mañana a . . .

FÉLIX. ¡ Ah ! . . .

GERTRUDIS. A firmar un contrato.

FÉLIX. ¿ De arrendamiento ?

GERTRUDIS. Bueno.

FÉLIX. ¿ De unas fincas de ustedes ?

GERTRUDIS. Sí, de unas fincas nuestras.

FÉLIX. ¿ En dónde ?

GERTRUDIS. En el tren correo.

FÉLIX. Las fincas . . . por si puedo serles útil.

GERTRUDIS. Va a Cáceres.

FÉLIX. Allí tengo muchos amigos.

GERTRUDIS. Mi marido también . . . y sigue a Badajoz.

FÉLIX. Si quieren ustedes que le acompañe . . .

GERTRUDIS. De ninguna manera. Muchas gracias.

FÉLIX. No sería molestia.

GERTRUDIS. De todos modos lo estimamos.

FÉLIX. Como usted disponga. ¿ Podré saludar a Laurita y ofrecerle estos bombones ?

GERTRUDIS. ¿Para qué se ha molestado usted, Félix?...

FÉLIX. No vale la pena. Los subía al palco...

GERTRUDIS. (*Llamando.*) ¡Laura!

5 FÉLIX. Uno de estos días, cuando regrese don Jorge...

GERTRUDIS. ¿Se marcha?

FÉLIX. ¡Me ha dicho usted que a Badajoz!

GERTRUDIS. ¡Ah, sí!... creía que hablaba usted de algún nuevo viaje...

10 FÉLIX. Vendrá mi padre a visitarle.

GERTRUDIS. Será muy bien recibido.

FÉLIX. ¿De veras?

GERTRUDIS. ¡No faltaba más!

FÉLIX. Es que traerá una pretensión mía.

15 GERTRUDIS. ¿De usted, Félix?

FÉLIX. Por Dios, señora. Usted conoce mis sentimientos...

GERTRUDIS. Y no los contrarío.

FÉLIX. Es usted tan bondadosa.

20 GERTRUDIS. Lo creo merecedor de nuestra aprobación.

FÉLIX. ¿Y don Jorge?

GERTRUDIS. No se preocupe usted de mi marido.

FÉLIX. Ya no me preocupo. Contando con usted...

ESCENA XVII

DICHOS: ANTONIA y LAURA por la segunda izquierda

LAURA. ¿Llamabas, mamá? ¿Está usted aquí, Félix?

25 GERTRUDIS. No cabe duda.

FÉLIX. ¿Quiere usted aceptar un bombón?

LAURA. ¿Se ha enterado usted ya de la dote que tengo?

GERTRUDIS. ¡ Laura !

FÉLIX. ¿ Laurita ? . . .

LAURA. Pues no tengo dote. (*Félix retira el brazo, dejando de ofrecer la caja.*) Ni la tuvo mi hermana. Excusa usted de molestarse preguntando por todas partes y poniéndonos en evidencia. ¡ Hombres interesados los desprecio !

FÉLIX. ¡ No importa que no tenga usted dote ! Laura, tome usted los bombones. (*Laura los coge sonriendo.*) ¡ Y adiós ! ¡ No la veré a usted jamás !

ANTONIA. No los tires, que yo no he cenado.

FÉLIX. ¡ Y esas calumnias ! . . .

ANTONIA. No me haga hablar, Félix.

FÉLIX. ¡ Usted es mi enemiga, Antonia !

ANTONIA. No; yo soy amiga de su cuñada de usted y sé quiénes son ustedes.

FÉLIX. ¿ Quiénes somos ? ¡ Ni una palabra más ! Esto es una injuria . . . a los pies de usted . . . ¡ Laura, adiós ! Antonia . . . a los pies de usted . . . (*Vase foro.*)

ESCENA XVIII

DICHAS menos FÉLIX

GERTRUDIS. ¿ Quién lo diría ?

ANTONIA. Todos los que le conocen. Tuvo un poco dinero, se lo gastó, y de esa época son sus amistades. Ahora anda arrancado.

GERTRUDIS. Pero bien vestido.

ANTONIA. Lo exige su papel de corredor de dotes.

GERTRUDIS. Parece increíble en una persona tan fina y tan elegante. ¿ Antonia, se fijó usted en el corte del frac ?

ANTONIA. No he tenido ese placer . . .

GERTRUDIS. Debe estar hecho en Londres . . .

ANTONIA. En donde esté hecho, seguramente no estará pagado.

GERTRUDIS. ¿Hasta ese extremo? ¡Usted es implacable!

LAURA. ¿Qué nos importa?

GERTRUDIS. Tienes razón. No hemos perdido nada.

ANTONIA. Félix no venía con buen fin.

LAURA. Ya me lo sospechaba.

GERTRUDIS. ¿Tú sospechabas de Félix?

LAURA. Sí, mamá. Quería casarse en seguida.

ANTONIA. Y eso no es natural.

LAURA. Un hombre enamorado vacila, y el que va tan derecho al matrimonio, sabe a lo que va

ANTONIA. Pues éste no lo sabía.

GERTRUDIS. Y en cuanto lo supo . . .

LAURA. Hay hombres de sobra . . .

GERTRUDIS. Pero, ¿dónde? Tienes veinticinco años . . .

LAURA. No los cuentes, que no se pierden.

ANTONIA. Esta es cosecha segura: aumenta siempre.

GERTRUDIS. Es que ya tienes demasiado para soltera.

LAURA. Cállate, mamá: cada vez que decimos lo que tenemos se desarregla una boda . . .

ESCENA XIX

DICHAS: JORGE y ANDRÉS por el foro

GERTRUDIS. ¿De dónde vienes?

JORGE. Mira con quién vengo.

GERTRUDIS. ¡Mi querido hijo! ¡Mi querido Andrés!

ANDRÉS. (*Serio.*) Buenas noches.

LAURA. (*Llevándoselo aparte.*) Ya supondrás lo que dijimos a tu mujer . . .

GERTRUDIS. ¡ Bendito sea el señor que te ha iluminado ! ¡ Cumpliste tu deber de padre; pero de fijo habrás estado inoportuno al indicarle la conveniencia de que viniese ! (*Andrés habla con Antonia aparte.*)

JORGE. Cometí una torpeza.

GERTRUDIS. Era de esperar; no me consultaste . . .

JORGE. Le dije que iba también de parte tuya.

GERTRUDIS. No te conozco . . . Tan discreto, adivinando tan exactamente mis pensamientos.

JORGE. ¡ Qué quieres, Gertrudis ! Una equivocación la tiene cualquiera.

GERTRUDIS. (*Llamándole.*) ¡ Andrés ! Hemos reñido severamente a Pilar, y la Marquesa, mi hermana y vuestra tía, se indignó de un modo tal . . . Espero que tú tendrás la bastante serenidad de juicio para perdonar esta locura. Pilar está arrepentida. Le han hecho impresión nuestras advertencias. (*Vase Antonia por la primera izquierda.*)

ANDRÉS. Yo no quise negarme a venir. Era una obligación mía . . . y contaba con el apoyo de ustedes para convencerla.

GERTRUDIS. Has pensado justamente de nosotros, y en adelante yo te prometo mi intervención más asidua. Iré a veros todos los días y a aconsejarla.

ANDRÉS. Con Pilar o sin Pilar . . .

JORGE. Con ella, hombre, con ella.

ANDRÉS. Yo me marcho mañana a pasar un año o dos fuera de Madrid . . . pero usted puede seguir yendo a nuestra casa con la misma libertad de siempre.

LAURA. (*Aparte.*) ¿ Comprendes, mamá ?

GERTRUDIS. Comprendo, hija. Y tú, ¿ comprendes cuándo debes callarte ?

JORGE. (*Aparte.*) ¿ Por qué no te llevas a Gertrudis ?

5 ANDRÉS. Gracias.

JORGE. Aunque la dejases olvidada en cualquier parte.

GERTRUDIS. ¿ Qué dices, Jorge ?

JORGE. Figúratelo . . . Rogándole que no sea muy severo con Pilar.

10 GERTRUDIS. Hoy estás acertadísimo.

JORGE. Ya lo oyes . . . (*Aparte a Andrés.*) Llévatela.

ESCENA XX

DICHOS: ANTONIA y PILAR por la primera izquierda

ANTONIA. ¡ Andrés !

PILAR. ¡ Andrés ! . . .

ANDRÉS. Pilar . . . (*La mira un momento y da un paso*
15 *hacia ella. Pilar corre a él y se abrazan.*) Mañana marcharé de Madrid.

PILAR. ¿ Me perdonas ?

ANDRÉS. ¿ Quieres venir ?

PILAR. ¿ Me llevas ?

20 ANDRÉS. ¿ No más arranques de vanidad ?

PILAR. ¡ Si vieras qué sabia soy ! Una hora llorando y cada lágrima como si fuera un libro leído.

ANDRÉS. ¿ Qué aprendiste ?

PILAR. Mundo.

25 ANDRÉS. Ya es algo.

PILAR. Que eres tú el que me quieres

ANDRÉS. Ya es mucho.

PILAR. Que yo te quiero . . . y que debo quererte.

ANDRÉS. Entonces has aprendido a ser feliz . . . ¡ Y lo serás !

GERTRUDIS. Esta satisfacción de verlos reconciliados casi vale el haber perdido los dos actos de la ópera.

JORGE. ¿ Casi ? 5

GERTRUDIS. Han podido entenderse un poco más tarde y veíamos lo del teatro y lo de la casa.

LAURA. Tiene razón mamá.

JORGE. Tú la vas a tener muy pocas veces.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y FRANCISCO por el foro

FRANCISCO. ¿ Qué diablura me contaron ? 10

ANDRÉS. ¿ De qué, papá ?

FRANCISCO. Que reñiste con Pilar.

ANDRÉS. (*Abrazándola.*) Mira.

FRANCISCO. Ya dije yo que era imposible.

GERTRUDIS. Diciéndolo usted . . . 15

JORGE. Murmuraciones.

FRANCISCO. (*A Laura.*) ¿ Y tú, cuándo te casas ?

JORGE. Cuando pueda.

GERTRUDIS. Cuando quiera.

FRANCISCO. ¿ Con quién ? 20

JORGE. Con quien pueda.

GERTRUDIS. ¡ Con quien quiera ! Para algo es hija nuestra, sobrina de la excelentísima señora Marquesa de . . .

FRANCISCO. (*Apartando las sillas, va hacia Pilar.*) No habéis visto la conjunción de Marte y la Luna . . . 25

PILAR. Veremos otras.

JORGE. Y ya lo sabes, Pilar. Con quien paces, no con quien naces.

GERTRUDIS. Siempre has de decir alguna vulgaridad.

JORGE. Es mi elemento. Lo vulgar se entiende en seguida, y en este planeta, entenderse . .

ANDRÉS. Es amarse, Pilar.

5 JORGE. Exactamente, Andrés.

PILAR. ¿ Nos entenderemos ? (*Colocando bien la silla.*)

ANDRÉS. Sí . . . pero deja la silla.

PILAR. ¿ Que la deje ?

ANDRÉS. Para que vayas entendiendo a mi padre, que 10 vive con nosotros.

PILAR. (*Llevando la silla más lejos aún*). ¿ Así ?

ANDRÉS. Así para empezar . . .

Telón

LA CIZAÑA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

PERSONAJES

RITA, cincuenta y cinco años
MERCEDES, veinticinco ídem
FILOMENA, cuarenta ídem
ESPERANZA, veintidós ídem
FRANCISCA
CARRASCOSA, cincuenta ídem
BRAULIO, cuarenta y cinco ídem
RESTITUTO, cincuenta ídem
RICARDO, treinta ídem
PEPITO, treinta ídem

Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

LA CIZAÑA

ACTO PRIMERO

Una salita modesta y, sobre todo, alegre; el color del papel de dicha decoración será rosa suave y liso. Puertas laterales, una a la derecha y otra a la izquierda. Al foro derecha una gran ventana con vidrieras y balconcillo figurado que da a los tejados de las casas de enfrente. Sofá, dos butacas y ocho sillas de tapicería de estilo Imperio. Un bargueño antiguo. Una mesa antigua. Un costurero. Un pie con su jaula colgada y dentro un canario. Un alfombrín para los pies del sofá. Alfombra de maderas. Aparato de luz eléctrica que se enciende a su tiempo, cuya llave estará al lado de la puerta de la izquierda; este aparato será una bomba con su tulipa pendiente de su hilo y colgado en el techo en el centro de la escena. Es de día al empezar la acción y termina de noche.

Escena Primera

Rita haciendo labor al lado de la ventana. Pausa. Carrascosa sale por la derecha.

Carrascosa. Mi señora doña Rita . . .

Rita. Pase usted, mi señor don Roque . . . Tempranito se ha despachado hoy . . .

Carrascosa. Es que me despacharon a mí.

Rita. ¿ Cesante ? 5

Carrascosa. No, señora, no; ¡ ni decirlo ! Trasladado a Valencia. (*Sentándose.*)

Rita. ¿ Le conviene a usted ?

CARRASCOSA. Probablemente, ni a ellos tampoco. La fatalidad . . . doña Rita. Haría falta mi destino para algún compromiso, y como no tengo aldabas ni padrinos . . . En cuatro años recorrí siete provincias: una condenación.

RITA. ¡ Válgame Dios ! Dicen que no ahoga . . .

CARRASCOSA. Vine a ponerme los trapitos, y vuelvo al Ministerio a ver si consigo hablar con el señor ministro.

RITA. ¿ Recibe por la tarde ?

CARRASCOSA. En la portería hay un cartelito: « De tres a cinco, diputados y senadores; de cinco a seis, público en general ». Pero como yo no soy diputado, ni senador, ni público . . .

RITA. ¿ Qué es usted ?

CARRASCOSA. Empleado: una raza aparte. No sé a qué hora me dejarán verle. En cinco minutos despacho; en menos. « Diez mil reales de sueldo, mujer, tres hijos, ocho traslados . . . ¡ Ruina mía, misericordia suya, señor ministro ! » Reverencia de entrada, reverencia de salida y al tren, porque no han de hacerme caso ninguno.

RITA. A veces tienen buen corazón los ministros.

CARRASCOSA. Muy pocas veces, doña Rita.

RITA. Con tal de que ésta sea una . . .

CARRASCOSA. No lo aguardo: carezco de influencia, y personalmente, ¿ qué voy a esperar ? Yo soy del sexo contrario.

RITA. ¿ No es hombre el ministro también ?

CARRASCOSA. Por eso lo digo. Para un hombre no hay sexo más contrario que el de otro hombre . . . y las indulgencias se quedan para lo femenino.

RITA. Las necesitamos mucho. Somos tan débiles . . .

CARRASCOSA. Ya lo dicen, ya lo dicen . . . pero así y todo ustedes son el resorte más poderoso.

RITA. No lo crea usted.

CARRASCOSA. En la oficina nos lo sabemos de memoria: en cuanto mueven a un empleado, es que una señorona se ha movido antes para gestionar en favor de un amigote.

RITA. No siempre. 5

CARRASCOSA. Siempre, no. Y sin embargo, de cada diez credenciales, nueve huelen a opopónax.

RITA. Así está todo.

CARRASCOSA. Sí, señora; todo perfumado.

RITA. Válgame Dios . . . 10

CARRASCOSA. ¿Y las niñas?

RITA. Bien. Mercedes en sus lecciones y Esperanza ha ido a casa de unos señores, de la plaza del Ángel, que desean una profesora de inglés . . .

CARRASCOSA. ¿Ya no está con la de Menéndez? 15

RITA. No; la despidieron porque dicen que se ríe demasiado . . . y, por lo visto, el inglés hay que enseñarlo con mucha gravedad.

CARRASCOSA. Es muy risueña . . .

RITA. Sigue siendo una chiquilla: todo lo que su hermana Mercedes tiene de reflexiva y de formal, Esperanza . . . El día entero se lo pasa entre risas y bromas; hasta de noche creo que sueña cosas alegres . . . 20

CARRASCOSA. Como yo . . .

RITA. Carrascosa . . . 25

CARRASCOSA. En cuanto me quedo dormido sueño con plazas inamovibles. Pero no hay justicia en la tierra . . .

RITA. Llegará, don Roque, llegará. Y mientras, resignación.

CARRASCOSA. Hace falta el genio de usted para conformarse con tanta desdicha. 30

RITA. Ya pasé las mías . . . al quedarme sola con

estas dos niñas, cayendo de pronto desde el lujo a la miseria... En un día perdí el marido, la fortuna, los amigos... ¡No hablemos de tristezas!

CARRASCOSA. No hablemos de eso...

5 RITA. ¡Pero, créame, don Roque: educar hijos e hijas para que no puedan ser felices sino siendo ricos, es un crimen! Y mis pobrecitas bien se amoldan al trabajo: Mercedes sostiene la casa.

CARRASCOSA. Y Esperanza ya lo procura.

10 RITA. No la quieren en ninguna parte. Se ríe de todo y por todo.

CARRASCOSA. Pero eso no es vicio ni defecto.

RITA. Vicio no, defecto sí. Ya me voy convenciendo de que la risa, en el que por necesidad ha de ser humilde,

15 suena a poco respeto en los oídos de quien paga.

CARRASCOSA. Lo mismo que en el Ministerio... hasta seis mil reales, respetuosos; de seis mil a doce mil reales, atentos, y de tres mil pesetas en adelante, ya son como Dios quiere...

20 RITA. Paciencia, amigo Carrascosa.

CARRASCOSA. Paciencia, amiga doña Rita.

ESCENA II

DICHOS y RESTITUTO por la derecha

RESTITUTO. ¿Qué contará este covachuelista?...

RITA. Buenas tardes, don Restituto.

RESTITUTO. Muy buenas. ¿Qué hay?

25 CARRASCOSA. Que dentro de un mes... levanto el vuelo.

RESTITUTO. Trasladado, ¿eh? ¿Usted cómo se las arregla para caer siempre de pie?

CARRASCOSA. (*Con tristeza.*) Suerte, amigo Restituto, suerte.

RESTITUTO. ¿Y qué más? ¡Cualquiera acierta las intrigas de que usted se valdrá!

RITA. Siéntese, don Restituto. 5

RESTITUTO. (*Sentándose.*) ¿A mí qué me va usted a contar? Si usted no apelase a ciertos medios . . . ¿con esta gente? estaría usted en la calle como yo . . . ¡Dos años largos cesante!

RITA. En el mundo hay suerte y hay desgracia. La 10 desgracia nos la explicamos naturalmente, y en cambio si es un cachito de felicidad o de fortuna lo que llega, hemos de echarnos a buscar magias y milagros.

RESTITUTO. La desdicha viene por sí sola; la suerte la empuja alguien. 15

RITA. Así somos de cavilosos.

RESTITUTO. Y así acertamos. Pero apresúrese usted, don Roque; esto dura demasiado . . . ¡Cuándo sonará la hora de la justicia! ¡Cuándo caerá este Gobierno de pillos y de imbéciles! 20

RITA. Don Restituto . . .

CARRASCOSA. No hable usted así . . . ¡qué caramba!

RESTITUTO. Amigo Carrascosa, yo no cobro; tengo derecho para emitir libremente mi opinión.

RITA. (*Sonriendo.*) Es usted temible . . . 25

RESTITUTO. No soy un asalariado; pero no hay como decir la verdad para resultar odioso. ¡Me consta, ¿lo oye usted bien? me consta que la credencial de Ramírez, el de la calle de la Puebla, costó setenta duros! ¿Qué dice usted ahora? ¿Son unos pillos? 30

RITA. ¿Quién se lo ha dicho a usted? ¿Ramírez?

RESTITUTO. No, señora; me lo dijeron en el café.

CARRASCOSA. ¿ Quién ?

RESTITUTO. Quien lo sabe de muy buena tinta.

CARRASCOSA. De muy buen café.

RESTITUTO. ¿ Usted va a gusto en el machito ? ¡ Claro ! Sigan los diez mil reales en Instrucción Pública, y el resto envidias, murmuraciones. Pero esto se acaba: esta misma tarde hay en el Congreso una interpelación tremenda. Me consta que hoy derribarán al Ministerio.

CARRASCOSA. ¿ Y quién entra ?

RESTITUTO. Los míos.

CARRASCOSA. ¿ Cuáles son los de usted ?

RITA. Los que van a colocarlo.

RESTITUTO. Como usted lo dice. Gente de bien, que premian lealtad y constancia, no estos granujas . . .

CARRASCOSA. ¡ Don Restituto ! . . .

RESTITUTO. ¿ Que no son granujas ? Atrévase usted a desmentirme. Atrévase . . . ¿ Y cobardes ? Yo mismo, yo, he desafiado personalmente al ministro de la Guerra.

RITA. ¿ Y qué ?

RESTITUTO. Nada; como si estuviésemos en paz.

CARRASCOSA. Un funcionario tan significado no debe batirse.

RESTITUTO. Miedo, eso no es más que miedo; se esconden detrás del cargo. ¿ Y el ministro de la Gobernación ? ¿ Usted ha leído esa reforma ?

RITA. No, señor.

RESTITUTO. Bueno, un desatino. Le escribí tres pliegos de letra menuda, refutando uno por uno todos los artículos, y al final, con mi franqueza característica, se lo he dicho claramente: « Señor ministro, esto es una mamarrachada ». ¿ Qué le parece a usted ?

RITA. Lo que usted dice: una mamarrachada.

RESTITUTO. Bueno, pues como si tal cosa: no se atrevió a discutir conmigo ni a pedirme explicaciones.

CARRASCOSA. No cabe duda, es miedo.

RESTITUTO. Cuando tropiezan con un hombre de acción se callan, y nadie ignora que soy sobrino de aquel héroe de todas las barricadas que se llamaba . . .

CARRASCOSA. Cierto, cierto . . . Pero ser sobrino de un héroe aún no es lo mismo que ser héroe.

RESTITUTO. ¿ Por qué me vigilan y me siguen? . . .

RITA. ¿ El Gobierno hace que le vigilen a usted?

RESTITUTO. Lo desprecio.

CARRASCOSA. Pues tenga usted cuidado. Si la policía le cachea a usted una noche, vuelve usted mudo.

RESTITUTO. (*Riendo.*) ¿ De espanto?

CARRASCOSA. Le recogerán a usted la lengua, que es el arma más peligrosa de usted . . . y de otros muchos . . .

RESTITUTO. Es usted un gran irónico, amigo don Roque, y, naturalmente, será usted un gran empleado.

CARRASCOSA. Modestísimo . . . y trasladadísimo.

RESTITUTO. No le deseo a usted mal ninguno; pero cuando llegue la hora de la justicia, que llegará muy pronto, ya hablaremos.

CARRASCOSA. (*Levantándose.*) Con su permiso, doña Rita.

RITA. Adiós . . . y que consiga usted ver al ministro.

RESTITUTO. (*Levantándose.*) ¿ Usted es de los que suplican, de los que doblan reverentes el espinazo? ¿ Y para qué?

CARRASCOSA. ¿ Usted es de los que amenazan? ¿ Y para qué?

RESTITUTO. Siquiera se salva la dignidad humana: todos somos iguales.

CARRASCOSA. Por ahora, hasta que usted no lo arregle, el señor ministro es un poquito más que yo. Me voy a verle.

RESTITUTO. Y yo. Es decir, yo voy al café a esperar noticias del Congreso. ¡Rebajarse ante un funcionario del pueblo!...

CARRASCOSA. Ande, don Restituto, ande, que tengo prisa.

RESTITUTO. Hasta mañana, doña Rita.

RITA. Hasta mañana, don Restituto. (*Vanse don Restituto y Carrascosa por la derecha.*)

ESCENA III

RITA sola

RITA. Dos almas de Dios. Una, resignada con lo poco que tiene, y otra, como le falta aún ese poco, desesperada. No está bien que haya tanta desdicha; pero tampoco está bien que yo murmure. El Señor me perdone este mal pensamiento. Padre nuestro que estás en los cielos... (*Pausa.*)

ESCENA IV

DICHA: ESPERANZA por la derecha

ESPERANZA. Mamá...

RITA. Esperanza...

ESPERANZA. Ya está resuelto lo de la plaza del Ángel. En dos segundos hemos quedado conformes.

RITA. ¿Cuánto pagan?

ESPERANZA. A mí nada. Me dijeron que no les servía.

RITA. Esperanza...

ESPERANZA. Ninguna. ¡Ah! Y me dijeron que lo sentían mucho. No lo creo.

RITA. ¡ Es que necesitamos ese sueldo ! ¡ No es justo cargar todo el peso sobre tu hermana !

ESPERANZA. ¿ Y qué voy a hacer yo si no me admiten ?

RITA. Ser más formal.

ESPERANZA. Tú dirás . . . Entro: « ¿ Es usted la profesora de inglés ? — Para servir a usted. — ¿ Sabe usted inglés ? » Te juro que no me reí todavía . . . « Sí, señora. » Pausa. « ¿ Y cuántos años tiene usted ? — Veintitrés. — Son pocos. — Pues por ahora no puedo ofrecerle a usted más . . . — Para acompañar a mi hija es preciso una mujer de más edad. — Sí, vieja, para que se duerma a tiempo. »

RITA. (*Escandalizada.*) ¿ Contestaste eso, Esperanza ?

ESPERANZA. No, mamá, lo pensé nada más. « ¡ Déjeme usted las señas, y si acaso le escribiré ! . . . aunque lo dudo mucho; no tiene usted tipo de *miss.* » Yo ya me sonreí algo, porque esa señora no sabe lo que quiere decir *miss* . . . Nos despedimos y aquí estoy.

RITA. Me contraría bien . . .

ESPERANZA. Tendrás que darme seis pesetas para comprarme un frasco de tinte; voy a pintarme el pelo de rojo.

RITA. No desatines.

ESPERANZA. Gafas, ya las tengo. (*Enseñándolas y poniéndoselas después.*) Me las regaló un caballero.

RITA. ¿ Cómo dices ?

ESPERANZA. Que me las regaló un caballero. ¿ Está mal dicho ?

RITA. ¿ Quién era ?

ESPERANZA. No lo sé; los caballeros son siempre desconocidos. Si no, te diría don Fulano o el señor Tal . . . y éste era un caballero cualquiera.

RITA. Esperanza, me disgusta profundamente . . .

ESPERANZA. Vaya, no te enfades; te diré el nombre: Pepito.

RITA. Es un buen amigo nuestro, el único que nos queda de aquellos tiempos mejores . . . pero no me agrada
5 que consientas regalos.

ESPERANZA. No tiene importancia: ¡ vaya un regalo !

RITA. Sin embargo, no los aceptes. Te criticarán.

ESPERANZA. ¿ Y tú te preocupas de lo que piensen los demás? Pues ya tienes diversión.

10 RITA. Algún día recordarás mis palabras.

ESPERANZA. Y entonces puede que llore, pero mientras, déjame reír.

RITA. Así nadie te hace caso.

ESPERANZA. ¿ Tú no tienes queja de mí? ¿ No?
15 Pues ríete, que eso vamos ganando.

RITA. Oye; en la calle del Conde de Xiquena sé que buscan también una profesora.

ESPERANZA. ¿ En el 15? Allá voy. Yo no haré nada de provecho; pero siquiera estoy todo el día en la calle,
20 de paseo.

RITA. Es un modo de comprender la vida

ESPERANZA. Magnífico . . . por lo menos hasta que encontremos otro. ¿ Que no hay trabajo ni sueldo? Pues a reírse de las privaciones. ¿ Que viene una pena ? . . .
25 Pues a reírse de las penas.

RITA. Sí, hija, sí; ríete.

ESPERANZA. Sí, mamá; ya me río. Mercedes, tú y yo pasamos las mismas contrariedades. Tú y Mercedes os afligís; yo me burlo. Echa la cuenta y verás quién gana.

30 RITA. Tú. Pero eso va en el genio, no en la voluntad.

ESPERANZA. No lo creas. En el mundo va todo un poquito sobre la voluntad . . .

Escena V

Dichas: Mercedes por la derecha

Mercedes. Hola, mamá.

Rita. Hola, hija.

Mercedes. Ahí tienes los cuartos.

Rita. ¿Cobraste todo?

Mercedes. Menos la lección de la calle Ancha, que se olvidaron que era día primero, y la de esa pobre Lolita, que, como todos los meses, se olvidó de tener dinero.

Rita. Alguna vez cobrarás.

Mercedes. Ojalá, porque es buena señal para ella.

Rita. Voy a pagar al casero.

Mercedes. Anda, baja. Vengo rendida.

Esperanza. (*Ayudándole a quitarse el sombrero.*) En esa casa de la plaza del Ángel han opinado, como en todas, que no sirvo . . . y ahora voy a que me rechacen en otro lado.

Mercedes. No te apures.

Esperanza. No me apuro. ¿Qué más da?

Mercedes. Gracias a Dios, yo gano para todas.

Rita. ¡Pero no es justo! . . .

Mercedes. Que no lo intentara sería egoísmo, pero que no lo consiga . . . ¿Qué culpa tiene?

Rita. Eres poco seria, Esperanza.

Esperanza. (*Poniéndose las gafas.*) Ahora lo veremos. Lo malo es que yo no veo nada. (*Quitándoselas.*) Me las pondré al llegar. ¡Vámonos, mamá! (*Rita guarda unos billetes en el bargueño y se queda con otros. Vanse Rita y Esperanza por la derecha y Mercedes por la izquierda, saliendo en seguida.*)

Escena VI

Mercedes, Braulio y Criada por la derecha. Mercedes se sienta en el sofá a descansar.

Braulio. (*A la criada.*) No hace falta; nos conocemos. (*Vase la criada por la derecha. A Mercedes.*) ¿Se puede?

Mercedes. (*Levantándose vivamente.*) ¿Con qué derecho entra usted aquí?

Braulio. ¿Usted no oyó que he pedido permiso?

Mercedes. ¿Usted ha oído que se lo concedieran?

Braulio. Pues si los dos hemos dejado de escuchar algo interesante, disculpémonos mutuamente los dos. Por mi parte . . .

Mercedes. No le consiento a usted que dentro de mi propia casa . . .

Braulio. Mercedes . . .

Mercedes. Ni la confianza de que me llame usted por mi nombre.

Braulio. ¿Pues cómo?

Mercedes. Por mi apellido, y mejor de ninguna manera.

Braulio. Pero Mercedes . . .

Mercedes. Soy la señorita de Fernández.

Braulio. Bueno; usted será todo lo Fernández que usted quiera, pero es imposible que la llame a usted así: « Fernández . . . oiga usted, Fernández . . . » Es un apellido muy respetable; pero no da idea de amor. ¿Cómo diablo voy a decir: « La adoro a usted, Fernández? . . . » No puedo inspirarme . . .

Mercedes. Ni es menester.

Braulio. Merceditas . . .

MERCEDES. Ya le he dicho a usted una porción de veces que no estoy dispuesta a escucharle . . .

BRAULIO. Merceditas.

MERCEDES. ¿Por qué me persigue usted? Yo soy una mujer honrada. 5

BRAULIO. Por eso. Las que no lo son nos persiguen a nosotros.

MERCEDES. Hágame usted el favor de retirarse.

BRAULIO. Le suplico a usted respetuosamente unos minutos de conversación. En esto no hay ofensa. 10

MERCEDES. Hable usted.

BRAULIO. (*Sentándose.*) Permítame usted que empiece.

MERCEDES. Mamá va a venir.

BRAULIO. Su mamá de usted será una señora discreta.

MERCEDES. ¿Quién lo duda? 15

BRAULIO. Pues entonces ya verá usted como no viene tan pronto.

MERCEDES. ¡Caballero! . . .

BRAULIO. Siéntese usted, Merceditas . . .

MERCEDES. (*Sentándose.*) A usted no es preciso invi- 20 tarle.

BRAULIO. Son cinco pisos y me fatigaron las escaleras. Dispénseme usted el haberme sentado . . . y dispénseme usted también el fatigarme. Comprendo que no es muy airoso demostrar cansancio físico . . . pero puede haber 25 disculpas.

MERCEDES. Basta con que haya sillas.

BRAULIO. Conformes . . . por el momento.

MERCEDES. Usted me dirá . . .

BRAULIO. Me llamo Braulio Jiménez del Portillo. 30 Tengo cuarenta y cinco años.

MERCEDES. ¿Hace mucho?

BRAULIO. Desde octubre. Es una edad seria bastante lejana de la vejez.

MERCEDES. Y de la juventud.

BRAULIO. Equidistante. Soy soltero. Tan soltero que ni sobrinos tengo.

MERCEDES. Es una desgracia para usted . . .

BRAULIO. Para ellos. Poseo una fortuna regular, una salud regular y un carácter . . .

MERCEDES. Regular.

BRAULIO. Exactamente. Usted conoce, por mi insistencia la profunda admiración que me causan sus cualidades físicas.

MERCEDES. De algunas, lo sospechaba; de todas, no.

BRAULIO. Es usted muy modesta.

MERCEDES. Es preferible.

BRAULIO. Además, la conceptúo a usted angelical.

MERCEDES. Se engaña usted.

BRAULIO. Otra modestia. Y es verdaderamente sensible que una persona como usted, nacida en un ambiente de riqueza, no disfrute del que le corresponde.

MERCEDES. No me quejo.

BRAULIO. ¿ Y no lo piensa usted nunca ?

MERCEDES. Sueños de muchacha. Son tan baratos los viajes de la imaginación.

BRAULIO. Luego hay que volver a la realidad.

MERCEDES. Eso es más caro, sí. Lecciones de piano, aporreo de teclas, solfeo con el metrónomo delante para medir bien el compás y en seguida, a escape, otra lección. Una existencia tan desprovista de variedad, que yo misma, en ocasiones, me figuro que soy un metrónomo. ¿ Despacio ? Redondas, blancas . . . ¿ De prisa ? Corcheas, fusas . . . ¿ Más de prisa ? Semifusas.

BRAULIO. ¿No se le ocurren a usted nunca fugas?

MERCEDES. No, señor; esas las tengo en el método de Eslava nada más.

BRAULIO. Es un dolor que consuma usted así los años mejores, sacrificando juventud, talento, belleza . . . 5

MERCEDES. Muchas gracias.

BRAULIO. No conocer las diversiones ni el teatro . . .

MERCEDES. Conozco la paciencia. Bien llevada es casi una satisfacción.

BRAULIO. Y desde luego una virtud. 10

MERCEDES. Entonces cuesta muy poco ser virtuosa . . . Pero usted me dirá el objeto de su visita.

BRAULIO. No es fácil. En este mundo son muchas más las cosas que se pueden hacer que las que se pueden decir. 15

MERCEDES. Espero ante esa dificultad que ya tendrá usted la amabilidad de retirarse.

BRAULIO. Mercedes, la adoro a usted.

MERCEDES. Es demasiado. (*Burlona.*)

BRAULIO. Rebajemos, Mercedes, la quiero a usted . . . 20

MERCEDES. Gracias. (*Seria.*)

BRAULIO. Y vengo a poner a sus pies mi voluntad y mi fortuna. (*Pausa.*)

MERCEDES. ¿Qué más?

BRAULIO. Nada más. 25

MERCEDES. ¿Y el nombre?

BRAULIO. Por ahora no . . . Más adelante, cuando nos conozcamos . . .

MERCEDES. Pues mientras nos vamos conociendo, hágame usted el favor de irse retirando. 30

BRAULIO. Mercedes, no sea usted exagerada.

MERCEDES. Hemos terminado.

BRAULIO. En mis palabras no quiso haber ofensa . . . Le suplico a usted que no se enfade . . .

MERCEDES. No, si no me enfado ni me asusto. No es la primera vez que lo oigo, y esto de repetirlo tanto
5 es el favor que ustedes los hombres ricos nos hacen a las mujeres pobres. Retírese usted, don Braulio; retírese usted, retírese usted . . . (*Empujándole suavemente. — Vase don Braulio por la derecha.*)

ESCENA VII

MERCEDES en la ventana, diciéndole cariños al pájaro y moviendo la cabeza, rabiosa.

MERCEDES. Rico . . . Chiquito . . . ¡ Si fueras tú como
10 don Braulio ! . . . Pero te tiene más ventaja no serlo, porque hoy te quedabas sin alpiste y sin plumas . . . Rico . . . Chiquito . . . ¿ Quieres lechuga ? Sólo por no ser hombre la mereces. Voy a traerte una hojita . . . (*Va a hacer mutis por la izquierda y sale Ricardo por la derecha.*)

ESCENA VIII

MERCEDES y RICARDO por la derecha

15 RICARDO. (*Suave.*) Mercedes . . . Mercedes . . . (*Mercedes, deteniéndose y acercándose a Ricardo.*) Vecinita, buenas tardes.

MERCEDES. Buenas tardes, vecino.

RICARDO. Vengo a despedirme.

20 MERCEDES. (*Risueña.*) Viene usted equivocado: al entrar no se despide a nadie.

RICARDO. Es que me marcho.

MERCEDES. ¿ Ahora mismo ?

RICARDO. Mañana.

MERCEDES. Antes pienso echarle a usted de aquí.

RICARDO. Al volver mi padre de la oficina nos enseñó el traslado; lo destinan a Valencia; tiene un mes de plazo para tomar posesión.

MERCEDES. Un mes . . . 5

RICARDO. Para mí es un día; marcho mañana a buscar casa.

MERCEDES. ¿ Y no vuelve usted ?

RICARDO. No vuelvo.

MERCEDES. De manera, vecino . . . 10

RICARDO. De manera, vecina, que sabe Dios cuándo nos volveremos a ver, si es que nos vemos.

MERCEDES. (*Seria.*) Ricardo . . .

RICARDO. (*Triste, pero sonriendo.*) Mercedes . . . (*Pausa.*) 15

MERCEDES. (*Risueña.*) Que lleve usted muy buen viaje.

RICARDO. Eso es, que no descarrile el tren.

MERCEDES. Ni usted.

RICARDO. A mí igual me da. Voy para obedecer y no 20 volveré, porque me han dicho que en el ferrocarril hacen pagar los billetes.

MERCEDES. (*Siempre risueña.*) Es una razón.

RICARDO. El dinero suele ser la razón de muchas ausencias y de muchos olvidos. 25

MERCEDES. Y usted va dispuesto a olvidar . . . a olvidar Madrid.

RICARDO. Es lo prudente.

MERCEDES. Si usted lo dice.

RICARDO. Figurémonos que dejase algo o alguien que 30 pudiera interesarme.

MERCEDES. Figurémonoslo.

RICARDO. ¿No sería ridículo que llevara conmigo esperanzas irrealizables? En el equipaje de un pobre, las ilusiones pagan exceso. Es mejor dejarlas.

MERCEDES. ¿Mejor?

5 RICARDO. Indudablemente.

MERCEDES. Le felicito a usted.

RICARDO. ¿Por qué he de abandonar mis ilusiones?

MERCEDES. Sí; porque debe usted dejarlas . . . y porque puede usted dejarlas.

10 RICARDO. Es filosofía.

MERCEDES. Y parece indiferencia.

RICARDO. Por fuera son iguales. Y lo de dentro, lo que uno piensa o sufre cuando dice sencillamente «adiós» . . . dentro se queda.

15 MERCEDES. ¡Qué mal arreglado está el mundo!

RICARDO. O por lo menos, ¡qué mal arreglados estamos nosotros!

MERCEDES. Paciencia, vecino.

RICARDO. Paciencia, vecina . . . y demos gracias porque 20 nos trasladan . . . Si fuese la cesantía . . .

MERCEDES. (*Seria.*) Ricardo . . .

RICARDO. (*Triste.*) Mercedes . . . (*Pausa. Esforzándose en aparentar indiferencia.*) ¿Quiere usted algo para Valencia?

25 MERCEDES. Nada, buen viaje y buena suerte, si es que sirve el desearla.

RICARDO. Dicen que sí.

MERCEDES. Pues digámoslo. Buena suerte.

RICARDO. ¡Buena suerte, tener veintiocho años y no 30 valer para nada! ¡Con mi carrera de abogado y siendo una carga para mis padres! . . . Hago oposiciones a cuantas plazas salen; no soy un vago ni un holgazán,

porque me aprueban mis exámenes . . . (*Desesperado.*) ¡ Y siempre aprobado y sin plaza ! (*Pausa. Tranquilo.*) Perdóneme usted; me pongo ridículo. Despedidos ya.

MERCEDES. Despedidos . . .

RICARDO. Aunque el tren no marcha hasta por la tarde, como a esa hora tiene usted sus lecciones . . .

MERCEDES. Mañana quizás vuelva temprano, y si aún está usted aquí . . .

RICARDO. ¿ A qué hora ?

MERCEDES. A las cinco.

RICARDO. (*Pausa. Resuelto.*) No, no estaré.

MERCEDES. (*Tímida.*) ¿ A las cuatro ?

RICARDO. No, no estaré a las cuatro ni a las tres . . .

MERCEDES. Entonces . . .

RICARDO. Hasta que Dios quiera.

MERCEDES. ¿ Marcha usted solo ?

RICARDO. Con un amigo . . . y tendré que consolarlo; se va muy triste.

MERCEDES. (*Algo burlona.*) ¿ Casado ?

RICARDO. Soltero.

MERCEDES. ¿ Tenía novia ?

RICARDO. No. Tenía un amor.

MERCEDES. ¿ Y ya no lo tiene ?

RICARDO. Los que se apartan riñen siempre, aunque por el momento ellos mismos no sepan que han reñido. Mi amigo fué a despedirse . . .

MERCEDES. Como usted.

RICARDO. A decirle adiós.

MERCEDES. Como usted.

RICARDO. Y a no decirle nada más.

MERCEDES. ¿ Cómo . . . cómo no le dice que la quiere ?

RICARDO. Porque es leal. Antes le faltó osadía para

declararse, y ahora, al marchar, no sabiendo si volverá, cree que es villano formalizar compromisos y despertar amores.

MERCEDES. ¿Tiene valor para callar?

5 RICARDO. Es más honrado y más noble llevarse una pena que repartirla sólo por el egoísmo de que alguien sufra con él. Si algún día tiene la fortuna de encontrar un pedazo de pan seguro, quizás vuelva, quizás pregunte...

MERCEDES. ¿Quizás?...

10 RICARDO. ¡De fijo!

MERCEDES. ¡Tal vez le aguarden!

RICARDO. ¿Tal vez?

MERCEDES. Si merece esos respetos aguardará seguramente.

15 RICARDO. Mercedes...

MERCEDES. Ricardo... (*Pausa.*)

RICARDO. (*Dándole la mano.*) Adiós, vecina.

MERCEDES. (*Volviendo la cabeza emocionada.*) Buen viaje, vecino.

20 (*Vase Ricardo por la derecha; en la puerta se vuelve, mira y se inclina profundamente sin que ella le mire. Mercedes queda inmóvil, preocupada, y luego, despacio, se sienta, absorta, hasta el punto de no sentir a su madre, que entra por la derecha.*)

ESCENA IX

MERCEDES y RITA

25 RITA. (*Acercándose.*) ¿Duermes, hija?

MERCEDES. (*Con un pequeño sobresalto.*) No, mama.

RITA. ¿En qué piensas?

MERCEDES. En nada.

RITA. Malo. El que se complace en estar solo y a

oscuras suele tener muy atropellados los pensamientos. Enciende, Mercedes, enciende. La luz es casi una medicina.

MERCEDES. Por lo que cuesta.

RITA. ¿No te encuentras bien? 5

MERCEDES. Un poco cansada.

RITA. Trabajas demasiado.

MERCEDES. No, mamá: aún puedo más. Aquí ha estado un señor . . .

RITA. ¿Alguna lección? 10

MERCEDES. Sí, una lección.

RITA. ¿Y aceptaste?

MERCEDES. No me convenía.

RITA. Hiciste bien. Tienes que distraerte algo . . . Bueno que no te parezcas a esas chiquillas alocadas, pre- 15 suntuosas . . .

MERCEDES. No es mérito. Yo aún no he tenido juventud.

RITA. Por vosotras dos sentí más honda nuestra caída; sobre todo por ti, que ya estabas en edad de comprender 20 la desgracia.

MERCEDES. No lo recuerdes . .

RITA. Pero tú eres mi consuelo: tan formal, tan trabajadora, no viendo más que tus lecciones . . .

MERCEDES. Eso no, mamá. Veo mundo, veo diver- 25 sión, veo tentaciones . . . Esta noche se casa la señorita de Saavedra; en vez de lección de canto pasamos la hora enseñándome su equipo.

RITA. No es conveniente acercarse tanto al peligro . . .

MERCEDES. No podía negarme. ¿No comprendes que 30 una novia que enseña sus galas a la profesora de piano la distingue mucho?

RITA. Podías pasarte sin esa distinción.

MERCEDES. Si la vieras cómo se recreaba entre aquellas preciosidades... joyas, trajes, sombrillas, tan nuevo, tan esplendoroso... pregonando el idilio... ¿Y la ropa blanca? A montones. Todo cifrado. Las iniciales de los novios enlazadas... Una letra, enroscándose en la otra, parecía que le estaba diciendo: « Así te abrazarán, así viviremos juntos, así es el matrimonio. »

RITA. Con cariño, eso es.

MERCEDES. ¡Y pensar que sobra tanto en algunos sitios y en otros serían felices con tan poco!...

RITA. ¿Serás envidiosa?

MERCEDES. No, mamá.

RITA. No lo seas.

MERCEDES. Y los aderezos, y los collares...

RITA. ¿Querrías uno?

MERCEDES. Un collar no; el valor de uno sí; tal vez fuese la felicidad de dos.

RITA. ¿Tuya y de quién?

MERCEDES. La tuya, mamá.

RITA. Has dicho de dos.

MERCEDES. Tú y yo.

RITA. No sé por qué se me figura que en tu imaginación, contándome a mí, saldrían tres.

MERCEDES. ¿Y si acertaras?

RITA. ¿Estás enamorada?

MERCEDES. ¿Sería pecado?

RITA. El amor siempre es principio de pecado.

MERCEDES. Pensando en casarme...

RITA. Entonces es principio de penitencia.

MERCEDES. ¡Mamá, que tengo veinticinco años!

RITA. Entonces no podemos entendernos. ¿Quién es?

MERCEDES. El vecino.

RITA. ¿El del primero?

MERCEDES. No.

RITA. ¿El del principal?

MERCEDES. No.

RITA. Acaba porque son cinco pisos... (*Viendo el gesto de Mercedes, que señala al cuarto de al lado.*) ¿Ricardo?... ¡Pero si no tiene una peseta!

MERCEDES. Por eso no te dije que sentía avaricia, sino cariño.

RITA. ¡Era lo que nos faltaba!

MERCEDES. A mí, sí.

RITA. ¿No te quiere tu madre?

MERCEDES. ¿Y a ti, no te quiso la tuya?

RITA. Pero eso no es porvenir.

MERCEDES. No te apures, mamá. Siendo honrado y bueno el presente, llevamos ya ganada la mitad del porvenir Hay justicia para todos.

RITA. ¿Dónde?

MERCEDES. En la tierra.

RITA. Créelo.

MERCEDES. ¿Me perdonas?

RITA. ¡Qué remedio!

MERCEDES. ¡Qué buena eres, mamá!...

RITA. Sí, hija mía, muy débil.

MERCEDES. ¡He dicho qué buena!

RITA. Es lo mismo. Ya lo aprenderás.

ESCENA X

DICHAS: PEPITO por la derecha

PEPITO. ¿Madre e hija abrazadas? ¿A que acierto? Si hablaba la madre, perdón. Si hablaba la hija, confidencia.

MERCEDES. ¿Es usted hechicero?

PEPITO. Si lo fuese, usted y yo seríamos pareja.

RITA. Siempre tiene usted a punto un piropo.

PEPITO. Y éste es nuevo. Llegó ayer de París . . . en *El Fígaro*. Casi lo estrena Merceditas.

RITA. ¿Qué locura ha sido esa de comprar las gafas a Esperanza?

PEPITO. Un capricho . . . no vale la pena.

RITA. ¡Si es que no las necesita!

PEPITO. Por eso es capricho. Supongo que las lucirá . . .

MERCEDES. Ha vuelto a salir.

RITA. ¿Qué buen aire le trae a usted por aquí, Pepito? Porque ahora le vemos a usted muy poco.

PEPITO. Aire de minué. Traigo un encargo para ustedes. Mis distinguidas amigas las señoritas de Poquita Cosa . . .

RITA. ¿Las de qué? . . .

MERCEDES. Las de García Sanjorge.

PEPITO. Ése es el apodo, aunque ellas aseguran que es el apellido del padre. Por García Sanjorge nadie las conoce; pero, en cambio, pregunte usted a cualquiera, a las seis de la tarde en la Carrera de San Jerónimo, por las de Poquita Cosa, y no tardarán mucho en enseñarle a las tres hermanas y a la madre, paseando en un cajón, que lo llaman coche porque tiene ruedas.

RITA. ¿Qué dirá usted de nosotras? . . .

PEPITO. Nada.

MERCEDES. Y será lo más piadoso.

PEPITO. (*Riendo.*) Mala persona lo soy, pero ustedes me juzgan con benevolencia . . .

MERCEDES. (*Dándole la mano.*) Ganas de hablar . . . Ojalá fuesen todos como usted, Pepe.

PEPITO. Reconciliados . . . y agradecido. Vamos con mi encargo. La Poquita Cosa, madre, quiere distraer a las Poquitas Cosas, hijas . . . especialmente a la pequeña, Juanita, que está desconsolada.

RITA. ¿ Algún desengaño ? 5

PEPITO. Horrible. Se enamoró de un automovilista que paseaba diariamente por su calle: él la correspondía, y entre las miradas incendiarias de aquel muchacho, el olor a petróleo y el quejido desgarrador de la bocina ¡ pah! ¡ pah! ¡ pah! . . . se nos mareó la pobre Juanita . . . 10

RITA. Estos coches sin caballos son una diablura.

MERCEDES. Pero, ¡ qué bonitos son !

PEPITO. Hace pocas tardes se puso al pie de su balcón un joven muy elegante. Juanita no le hizo caso. Anochecido, el joven se acercó, enseñándole una carta, y 15 Juanita, fiel a su pasión, cerró con rabia la ventana.

RITA. Bien hecho.

PEPITO. Al día siguiente, carta. « Señorita: Me creí autorizado por sus miradas; pero el desprecio de ayer me desengañó. Deseando, aun en esto, complacerla a 20 usted, desde hoy no volveré a molestarla ni con el ruido del motor ».

RITA. ¿ Era el mismo ?

MERCEDES. ¿ Y no le conoció ?

PEPITO. No llevaba el traje de *chauffeur*, y sin traje, 25 Juanita no distingue a los hombres.

MERCEDES. ¿ Qué amor era ése ?

PEPITO. Después me lo confesó en secreto. De quien estaba enamorada era del automóvil.

RITA. Pepito . . . ¿ y el encargo ? 30

PEPITO. Se proponen bailar un minué, y ofrecen veinte duros por tres o cuatro ensayos y diez duros la noche del

baile. Me acordé en seguida de Merceditas y si conviene . . .

RITA. ¡ Ya lo creo !

PEPITO. Quise venir ayer, pero me fué imposible por el Ministerio.

MERCEDES. ¿ Está usted empleado ?

PEPITO. De plantilla, no; aunque van a buscarme una plaza tranquila . . . Paco se ha empeñado en que le acompañe, y como somos tan amigos no puedo negarme.

MERCEDES. ¿ Quién es Paco ?

PEPITO. El nuevo director de Instrucción pública.

RITA. ¿ Usted qué es ?

PEPITO. Yo soy el director de Paco.

MERCEDES. ¿ Tendrá usted mucha influencia ?

PEPITO. Mucha, y por poco tiempo; esto es lo ministerial.

MERCEDES. ¿ Teme usted que lo cambien pronto ?

PEPITO. A mí, no; cambiarán a Paco, y esto basta para que gire yo, si no me apresuro a encontrar un hueco confortable . . . Todos los días, al entrar en su despacho, le pregunto: « ¿ Aún somos directores ? . . . —Sí, hombre.— Pues vamos a dirigir algo ». Y se redacta una circular . . . para que la archiven; pero siquiera consta su nombre en algún documento. La redacta el jefe del negociado, la pone en limpio un escribiente y la firma Paco . . . Después dicen los periódicos que Paco es muy trabajador.

RITA. Ya habrá en el Ministerio quien no haga otro tanto.

PEPITO. De fijo; pero Paco aún no tiene categoría para ser holgazán . . . Ahora estamos con un plan de enseñanza. Si no cae el Gobierno, el año que viene los chicos aprenderán un curso de Historia comparada de las revoluciones obreras.

RITA. ¿Y eso qué es?

PEPITO. Una asignatura.

MERCEDES. ¿Necesaria?

PEPITO. Muy, muy necesaria... yo no diré que lo sea; pero un íntimo amigo mío ha escrito esa obra; no la vende, lo necesita, y la mejor manera de favorecerle es declarando la obra de texto; y, naturalmente, hay que incluir en el plan la asignatura.

MERCEDES. Es un trabajo enorme.

PEPITO. Una línea.

MERCEDES. Para los chicos...

PEPITO. Para los chicos, que no se la aprenderán, como las demás asignaturas, nada; para los padres, un pequeño gravamen por las matrículas; pero con una insignificancia de cada cual hacen feliz a mi amigo... que es lo que se trataba de demostrar.

RITA. No es mucha razón la de la amistad.

PEPITO. Si cada resolución oficial hiciese un hombre feliz, todos los españoles seríamos dichosos.

MERCEDES. Y a usted le sería muy difícil un destinillo.

PEPITO. Bastante.

MERCEDES. Para un abogado.

PEPITO. Todos lo somos.

MERCEDES. Tres mil pesetillas...

PEPITO. ¡Imposible!

MERCEDES. Dos... mil quinientas...

PEPITO. ¿Interesa mucho?

MERCEDES. Mucho.

PEPITO. ¿Muchísimo?

MERCEDES. Muchísimo.

PEPITO. ¿A nombre de quién?

MERCEDES. De Ricardo Carrascosa.

PEPITO. ¿ Y ese Ricardo qué es de usted?

MERCEDES. Haga usted el favor completo. Sin preguntas.

PEPITO. ¿ Sin preguntas? Deben ser dificultosas las respuestas.

MERCEDES. ¿ Palabra?

PEPITO. Palabra.

MERCEDES. (*Conmovida.*) ¡ Gracias!

PEPITO. ¿ No tendrá ninguna obra escrita? Podríamos incluirla en el plan de enseñanza.

RITA. Es usted muy bueno, Pepe.

PEPITO. Veremos cuando llegue mi turno si me creen ustedes tan bueno.

MERCEDES. ¿ Nosotras qué podemos hacer?

PEPITO. ¿ Quién sabe? Y Esperanza, ¿ no vendrá?

RITA. En seguida.

PEPITO. La esperaré . . . para saludarla.

ESCENA XI

DICHOS: CARRASCOSA por la derecha

CARRASCOSA. ¿ Dan ustedes su permiso?

RITA. (*Adelantando.*) ¿ Qué hay, mi señor don Roque?

CARRASCOSA. Nada, mi señora doña Rita.

RITA. ¿ Habló usted con el ministro?

CARRASCOSA. No, señora. ¿ Usted cree que se puede hablar con un ministro?

RITA. ¿ Perdió usted el tiempo?

CARRASCOSA. No del todo. He conocido al portero mayor, que es muy amable. Me dijo que no volviera por allí . . . pero, vamos, como favor, para que no me molestase. Yo le fuí muy simpático.

RITA. Se conoce . . .

CARRASCOSA. Cuando el pretendiente no inspira simpatías le aconsejan que vuelva, para aburrirlo.

RITA. ¿ Por qué no va usted directamente a casa del ministro ? 5

CARRASCOSA. Ya sé cómo las gastan. En el Ministerio dicen que no recibe, y en casa dicen que no está. Se adelanta igual.

MERCEDES. (*A Pepito.*) ¿ Oye usted ? ¿ Son ustedes así ? 10

PEPITO. (*A Carrascosa.*) ¿ Qué le pasa a usted, buen hombre ?

CARRASCOSA. Pues eso, que soy bueno. Calcule usted las calamidades que habrán caído sobre mí para que se note a primera vista. 15

MERCEDES. Lo trasladan.

PEPITO. ¿ Y no quiere usted ir ?

CARRASCOSA. (*Con ironía.*) ¿ No he de querer ? El sueldo llega bien para los viajes, y con lo demás, comemos. 20

PEPITO. ¿ Qué es lo demás ?

MERCEDES. Nada.

CARRASCOSA. Pero en fin, con tal de que no se molesten los peces gordos, es natural que nos vayamos reventando los pequeños. 25

PEPITO. Y usted, ¿ dónde presta servicio ?

CARRASCOSA. Me mandan a Valencia.

PEPITO. ¿ En qué Ministerio ?

CARRASCOSA. Instrucción pública.

PEPITO. En el mío. 30

CARRASCOSA. (*Espantado.*) ¡ El señor ministro !

PEPITO. Todavía no.

RITA. Secretario del director.

CARRASCOSA. ¡ Cielo santo ! Yo que hablé en términos tan irrespetuosos . . .

PEPITO. ¿ Y dice usted que no le reciben ?

5 CARRASCOSA. (*Disculpándose.*) No, señor . . . es que no lo intenté realmente. Reciben, reciben . . . Son muy amables.

PEPITO. Un buen funcionario no debe entorpecer la máquina administrativa. Si todos se negasen a salir de 10 Madrid, ¿ quién trabajaría en provincias ?

CARRASCOSA. Conformes, conformes . . . en que marche bien la máquina . . . y yo que ando la mitad del año en ferrocarril . . .

PEPITO. ¿ Qué pretexto alegaba usted para evitar el 15 traslado ?

RITA. Diez mil reales para cinco personas.

MERCEDES. ¿ Y aún quiere usted que busque pretextos ?

PEPITO. En su caso hay muchos y se consideran satis- 20 fechos.

CARRASCOSA. Como yo. Al recibir el nombramiento me faltó muy poco para bailar.

RITA. (*Aparte.*) ¿ Aún tiene usted buen humor . . . ?

CARRASCOSA. (*Aparte a Rita.*) ¿ Delante de un jefe ? 25 ¡ Ya lo creo !

MERCEDES. (*Aparte a Pepito.*) ¿ No podría usted hacer algo en su obsequio ?

PEPITO. ¿ Quién es ese tipo ?

MERCEDES. El padre de Ricardo.

30 PEPITO. ¿ De Ricardo ? ¿ De aquél que yo no puedo preguntar lo que es de usted ?

MERCEDES. De ése mismo.

PEPITO. ¿Y también interesa mucho? ¿Sencillamente que no le trasladen?

MERCEDES. No pide más... ¡Es bien poco!

PEPITO. Bueno... quedará usted complacida.

MERCEDES. Bendecirán el nombre de usted. 5

PEPITO. Falta hace... (*A Carrascosa.*) Oiga usted, hombre de Dios, ¿qué diablura es esa de irse a Valencia?

CARRASCOSA. No lo sé.

PEPITO. Usted no se marcha.

CARRASCOSA. Hasta el día treinta. 10

PEPITO. Usted no se marcha, digo, y si me replica usted, le asciendo.

RITA. Replíquele usted, don Roque, replíquele usted.

CARRASCOSA. ¿Será posible? ¿No me trasladarán? Es usted tan bueno, tan santo... 15

PEPITO. El santo de este milagro tiene faldas.

CARRASCOSA. Mercedes... ¿Es usted la que nos favorece, Mercedes?

PEPITO. Sí, hombre, sí; la misma que consiguió un destino para Ricardo. 20

CARRASCOSA. ¿Un destino a mi Ricardo? ¿No es burla? ¿Y nos quedamos en Madrid? ¿No es burla, verdad? ¿Lo puedo decir?

PEPITO. Palabra de honor.

CARRASCOSA. (*Atortolado, yendo de uno a otro lado.*) 25 Doña Rita... Mercedes... Merceditas... Don... don... ¿usted cómo se llama?

PEPITO. Pepe.

CARRASCOSA. Don Pepe...

PEPITO. Que sea enhorabuena. 30

CARRASCOSA. Doña Rita... Mercedes... Don Pepe...

RITA. ¿Qué, don Roque?

CARRASCOSA. (*Marchándose.*) ¡Ricardo... Dolores.. Ricardo...! (*Por la derecha.*)

ESCENA XII

DICHOS, menos CARRASCOSA

RITA. ¡Qué poco cuesta hacer bien...!

5 PEPITO. Es la primera vez que me alegro de ser ministerial...

MERCEDES. ¿Ves como hay justicia en la tierra, mamá?

RITA. Será justicia; pero también parece favor.

MERCEDES. Es usted muy bueno, Pepito.

10 PEPITO. Todos somos muy buenos. La bondad es contagiosa... No se lo diré al médico; sería capaz de atribuirlo a algún microbio.

ESCENA XIII

DICHOS: ESPERANZA por la derecha

ESPERANZA. La tía Filomena viene conmigo.

RITA. ¿A qué vendrá?

15 MERCEDES. (*A Esperanza.*) ¿Sabes que Pepito va a darle un destino a Ricardo?

ESPERANZA. ¿Quién se lo ha recomendado?

MERCEDES. Yo.

ESPERANZA. (*Riéndose.*) ¡Magnífico!

20 MERCEDES. ¿De qué te ríes?

PEPITO. (*Despidiéndose.*) Hasta mañana... Ya tienen ustedes visita... Adiós, Esperancita...

ESPERANZA. (*Riendo.*) Eres un amigo fantástico.

PEPITO. ¿Por qué?

ESPERANZA. Vete con Dios.

PEPITO. Mañana lo hablaremos. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIV

DICHAS menos PEPITO

MERCEDES. ¿Quieres decirme de qué te ríes?

ESPERANZA. Sólo a ti se te ocurre pedirle algo a Pepito para Ricardo.

MERCEDES. ¿Por qué no?

ESPERANZA. No te hagas la disimulada . . . ¿No sabes que Pepito está enamorado de ti?

MERCEDES. ¿De mí?

ESPERANZA. Y aprovecharse de un enamorado para favorecer otro amor, no lo hace más que una persona seria . . . como tú. ¡Déjame reír!

RITA. La tía Filomena.

ESPERANZA. (*Llevándose a Mercedes.*) Escapemos. (*Vanse por la izquierda. Pausa. Entra Filomena por la derecha.*)

ESCENA XV

RITA y FILOMENA

FILOMENA. Buenas noches, Rita.

RITA. Buenas noches, Filomena. ¿Y mi hermano?

FILOMENA. ¿Mi marido?

RITA. ¿No es el mismo?

FILOMENA. Sí. Está bien. No sabe que he venido.

RITA. ¿Lo ocultas?

FILOMENA. Se lo diré luego. Encontré a tu hija Esperanza . . . y con ella he venido, aunque subió más ligera.

RITA. Para avisarnos.

FILOMENA. ¿Y evitar la sorpresa?

RITA. Pues no lo ha conseguido. Te agradezco y me alegro de tu venida, pero . . .

FILOMENA. ¿Te extraña?

5 RITA. Un poco. Hace ya un año que no hablé contigo.

FILOMENA. No puedo venir. Tomás se enfadó mucho al ver que renunciabas lo que voluntariamente y gustoso pasaba para ayuda de vuestros gastos.

RITA. No tiene razón Tomás. Acepté mientras hizo 10 falta: hoy que Mercedes gana lo bastante para sostener la casa, no debemos ser gravosos.

FILOMENA. Orgullo.

RITA. No: consideración.

FILOMENA. Orgullo.

15 RITA. Es muy difícil ver las mismas cosas colocándose en sitios distintos.

FILOMENA. ¿Y a ti te parece que es correcto lo que hacéis?

RITA. ¿Correcto? Tú dirás por qué no, Filomena.

20 FILOMENA. Ir de casa en casa solicitando lecciones de piano para Mercedes y ahora de profesora de inglés, quizá de institutriz o de señorita de compañía para Esperanza . . . ¡Niégalo!

RITA. ¿Por qué lo voy a negar? Sería preferible tener 25 una renta . . .

FILOMENA. Tienes una pensión. Tomás comprende que vuestros gastos aumentaron, y está pronto a facilitarte cincuenta duros mensuales. Con esa cantidad, y en provincias, podéis pasarlo muy decentemente.

30 RITA. Le agradezco mucho a mi hermano, y a ti, que estéis dispuestos a socorrernos . . . y a alejarnos de Madrid; pero no lo acepto.

FILOMENA. Orgullo.

RITA. Ya hemos quedado en que sí.

FILOMENA. Y además, poco cariño para con tus hijas.

RITA. Eso lo reconozco. Las quise muy poco de pequeñas mientras no las enseñaba más que a comprarse trajes y a engalanarse para fiestas y paseos; pero desde que las enseño a valerse por sí mismas y a no temblar de miseria porque se encuentren sin padre o sin marido, estoy convencida de que las quiero bien y de que las quiero mucho.

FILOMENA. Es ridículo que rechaces la oferta generosa de Tomás.

RITA. Si no la rechazo. ¿Puede y quiere? ¡Dios se lo pague!

FILOMENA. Al fin vienes al buen camino. Mañana te traeré yo la primera mensualidad: di a las niñas que se acabaron sus correteos y sus lecciones.

RITA. ¡Eso no! Seguirán trabajando... que favor constante de otro es humillación continua de uno mismo, y no quiero exponerlas a que un día se les acabe la merced.

FILOMENA. ¡Eso es dudar de nosotros!

RITA. ¿Y si vosotros desaparecéis? No, Filomena; que trabajen: quien no sabe más que recibir, no sabe defenderse.

FILOMENA. Es un bochorno que vayan solas por esas calles, como si fueran...

RITA. Dilo.

FILOMENA. Como si fueran lo que no puedo decir. Nadie se encuentra libre de murmuraciones, y a las solteras les hacen muchísimo daño.

RITA. ¿Y a las casadas no?

FILOMENA. Le hacen más daño al marido. Es en lo único en que está bien entendido el matrimonio.

RITA. Dispénsame que no piense como tú.

FILOMENA. Es que no sois vosotras solas en el mundo, y alguna atención debéis guardar a los parientes. Comprende que es una vergüenza ir de visita a la misma casa donde está una sobrina carnal de institutriz.

RITA. El que un pariente se muera de hambre en Sevilla o en Badajoz ha de ser menos doloroso que encontrarlo ganándose honradamente la vida . . .

FILOMENA. Parece que lo hacéis a propósito para mortificarnos.

RITA. Si en alguna casa te mortifica, prescindiremos de ella.

FILOMENA. En todas, porque como eso se sabe y se dice.

RITA. De todas ya no puedo ofrecerte retirarnos.

FILOMENA. Pues entonces no contéis nunca con Tomás ni conmigo.

RITA. Ya no contamos.

FILOMENA. Sois muy soberbias.

RITA. Perdóname que . . .

FILOMENA. (*Secamente.*) Adiós, Rita.

RITA. Adiós, Filomena.

FILOMENA. Despídeme de las niñas. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XVI

RITA: ESPERANZA y MERCEDES por la izquierda

MERCEDES. ¿Qué te ha dicho?

ESPERANZA. ¿Qué quería?

RITA. Lo de siempre. A quejarse de que trabajéis como pobres en el mismo sitio donde ella se divierte como rica . . .

ESPERANZA. Es muy graciosa la tía Filomena.

Escena XVII

Dichos: Carrascosa y Ricardo por la derecha

Carrascosa. (*Empujándole suavemente.*) Anda, anda, dale las gracias. (*A Rita.*) Mi mujer, que la dispense usted un instante: se está vistiendo.

Rita. Pero, hombre...

Carrascosa. No pude convencerla de que viniese tal cual estaba. Dice que para recibir una buena noticia hay que ponerse la mejor ropa. Una coquetería de vieja.

Mercedes. Ricardo...

Ricardo. ¿En el Ministerio tiene usted un amigo que hace favores?

Mercedes. Sí. Y tengo otro amigo que cuando los recibe, para no ser agradecido, se muestra receloso.

Ricardo. Yo debo saber por dónde viene a mí este favor.

Mercedes. Es usted injusto, Ricardo. ¿Por qué ha de venir siempre la felicidad por revueltas y por atajos?... Muchas veces permite Dios que llegue por el camino real y a toda luz.

Ricardo. ¿Como ahora?

Mercedes. Como ahora.

Ricardo. ¡Es que la quiero a usted, Mercedes!

Mercedes. Quiérame usted, Ricardo. ¡Y cuidadito! Para la vida el amor es mucho, pero la confianza es otro tanto.

Esperanza. (*A Carrascosa.*) ¡Que sea enhorabuena!

Rita. ¡Enhorabuena!

Carrascosa. Ya lo creo, y muy grande. ¡Después de tantos años de penas y de privaciones, hoy es un día feliz!

Escena Última

Dichos: Restituto por la derecha

Restituto. ¡ Por fin ha sonado la hora de la justicia!

Carrascosa. ¿ Ya está usted enterado?

Restituto. De los primeros. ¡ Qué alegría!

Carrascosa. (*Cogiéndole las manos.*) ¡ Gracias, gracias!

Rita. ¡ Somos muy dichosos!

Restituto. ¡ Por fin ha caído el Gobierno!

Rita. ¡ Virgen Santísima!

Mercedes. (*Corriendo a Restituto.*) ¿ Qué dice usted?

Esperanza. ¿ Que hay crisis?

Carrascosa. (*Resignado.*) ¡ Que hay fatalidad!

Restituto. ¡ Que hay justicia!

Rita. ¿ Pero dónde? (*Todos quedan rodeando a Restituto. Roque, solo, a la derecha, triste. Gran animación.*)

Telón

ACTO SEGUNDO

La misma decoración y los mismos muebles del acto primero. Es de día.

Escena Primera

Carrascosa escribiendo al lado de la ventana. Pausa. Restituto entra por la derecha.

Restituto. Estaba seguro de encontrarle a usted aquí.

Carrascosa. Hay mejor luz.

Restituto. En cualquier lado. La de casa es la que alumbra siempre menos. ¿Se adelanta?

Carrascosa. Terminándolo ya de copiar.

Restituto. Me da grima verle a usted en esa tarea ridícula. Y usted trabaja como si la vida ministerial fuese eterna.

Carrascosa. No hay más remedio, amigo don Restituto.

Restituto. Porque usted es un infeliz, amigo don Roque.

Carrascosa. Me lo llaman, pero no lo merezco. En cambio a otros . . .

Restituto. No se atreven a decírselo siquiera . . . y si lo piensan, peor para ellos. Desprecio las opiniones ajenas.

Carrascosa. Hace usted mal, por lo menos mientras no se decida usted a tenerlas propias.

Restituto. Se figura usted que hablo por boca de . . .

CARRASCOSA. De sus amigos, evidente.

RESTITUTO. Trabaje, trabaje . . . Usted es un empleado de carga, y, como todos los de su especie, no necesita usted enterarse del dueño a quien obedece.

5 CARRASCOSA. Que me mande Juan o me mande Pedro, ¿ qué más da ?

RESTITUTO. La cuestión religiosa se complica y la crisis es inevitable.

CARRASCOSA. (*Riendo.*) ¿ Crisis ?

10 RESTITUTO. Sí, señor; total e inmediata.

CARRASCOSA. Ya nos dió usted el susto una vez; no es cosa de que pasemos los días intranquilos.

RESTITUTO. Ahora es inevitable. En lo interior no hay más que huelgas y motines, y en la política colonial 15 es un verdadero desastre; descuidan Marruecos, cuando indiscutiblemente nuestro porvenir está en África.

CARRASCOSA. El de usted es muy posible; el mío, no.

RESTITUTO. ¡ Claro ! Usted se quedó en Madrid; el chico, empleado; el matrimonio con Mercedes dentro de 20 un mes . . . ¡ El mundo marcha bien ! Tiene usted una suerte, amigo Carrascosa; pero una suerte . . .

CARRASCOSA. Dispénseme usted.

RESTITUTO. Y a mí hasta en lo pequeño me persigue la mala estrella. Salgo una tarde de paseo, y llueve; voy 25 una noche al teatro, y desafinan las tiples . . .

CARRASCOSA. Eso, aunque usted no vaya.

RESTITUTO. En fin, estoy convencido de que entre la fatalidad y nosotros hay una línea recta.

CARRASCOSA. Y otra para la suerte.

30 RESTITUTO. ¿ De veras ?

CARRASCOSA. Indudablemente; ya ve usted conmigo . . .

RESTITUTO. Usted es un bendito.

CARRASCOSA. No me opongo.

RESTITUTO. Hace usted perfectamente en aprovecharse de las circunstancias, y si son rectas o curvas, es una gran filosofía no averiguarlo. 5

CARRASCOSA. ¿Usted quiere decir algo?

RESTITUTO. Como siempre que hablo.

CARRASCOSA. Pues dígalo usted.

RESTITUTO. ¡Nada! ¡Que sea enhorabuena por todas esas felicidades! Cuide usted al hijo, cuide usted a 10 Mercedes, cuide usted a ese don Pepito, que es un buen amigo, y ellos ya se cuidarán de usted.

CARRASCOSA. Me parece que pone usted alguna malicia en sus palabras . . .

RESTITUTO. Cuando no se entienden, las malicias son 15 inocentísimas.

CARRASCOSA. Me hace usted cavilar, don Restituto.

RESTITUTO. Se desnaturaliza usted, don Roque. Usted ha nacido para aceptar los hechos consumados, sin preocuparse de las causas. Continúe usted así. 20

CARRASCOSA. Don Restituto, don Restituto . . .

RESTITUTO. Y, además, lo que no puede demostrarse con certificados, no debe decirse, para no pasar plaza de embustero.

CARRASCOSA. Basta con insinuarlo . . . Hace el mismo 25 daño y es más prudente. Se evita uno la respuesta.

RESTITUTO. A mí no me preocupa nunca lo que puedan responderme.

CARRASCOSA. No lo digo por usted; lo digo por todos.

RESTITUTO. Eso es distinto. 30

CARRASCOSA. No mucho.

RESTITUTO. ¿Viene usted?

CARRASCOSA. Todavía no. He de llevar esto concluído.

ESCENA II

DICHOS: RITA por la izquierda

RESTITUTO. Pues yo me largo.

RITA. Usted siempre de prisa. (*Saludándole.*)

CARRASCOSA. Como si tuviera algo que hacer.

5 RESTITUTO. Los desocupados somos la animación de las calles. Me voy a ver cómo sigue ese fuego.

RITA. ¿Qué fuego?

RESTITUTO. Ya deben ir quemadas un par de manzanas de casas . . . en la calle del Almirante.

10 RITA. ¡Ay, Dios mío . . . ! ¡Y mi hija que está allí . . . en el número 12! (*Vase rápidamente por la izquierda.*)

ESCENA III

RESTITUTO y CARRASCOSA

CARRASCOSA. ¡Buena noticia ha dado usted . . . ! ¿Pero es seguro, eh?

RESTITUTO. Seguro que hay fuego . . .

15 CARRASCOSA. ¿Usted lo ha visto?

RESTITUTO. Verlo, no. Ví correr los bomberos en esa dirección, y he calculado . . .

CARRASCOSA. ¡Doña Rita . . . ! ¡Doña Rita . . . ! (*Llamándola.*)

ESCENA IV

DICHOS: RITA por la izquierda

20 RITA. ¿Qué?

CARRASCOSA. Tranquilícese usted, señora. No sabe dónde es el incendio.

RITA. Lo dirá para que me sosiegue . . .

CARRASCOSA. No lo sabe. Si lo supiese, la veracidad de una noticia vale más que todas las intranquilidades que se pueden causar.

RESTITUTO. He visto correr los bomberos en aquella dirección.

CARRASCOSA. ¡ Y lo mismo puede ser catorce kilómetros más allá ! Lo de la calle del Almirante no ha sido sino para darle carácter local y de mayor impresión.

RITA. Me dió usted un susto . . .

RESTITUTO. Sin intención.

CARRASCOSA. Las tres cuartas partes de las noticias son por el estilo: un poco de verdad y otro poco de fantasía para adornarlas. Lo oye quien no le importa, y adelante; le interesa a alguno de los presentes, se rectifica y adelante también.

RESTITUTO. Pues ahora he de enterarme.

CARRASCOSA. Sí, hombre, sí; entérese usted.

RITA. Antes de volver a contarlo.

RESTITUTO. Y a la noche les diré más detalles.

RITA. Hasta la noche. (*Vase Restituto por la derecha. Carrascosa vuelve a sentarse tranquilamente.*)

ESCENA V

CARRASCOSA, RITA y CRIADA

CARRASCOSA. Acabaremos nuestro trabajo.

RITA. ¡ Cuánta gente da disgustos sin creer que los da ! (*Sale la Criada por la derecha y entrega una tarjeta a Rita.*) ¿ Para mí ? ¿ Quién es ?

CRIADA. Un caballero muy decente. Lleva levita y chistera.

RITA. Dile que pase.

CRIADA. ¿Le cogeré el bastón y el sombrero?

RITA. No, no le cojas nada. (*Vase la Criada por la derecha. Leyendo.*) Braulio Jiménez del Portillo... (*Mira a Carrascosa preguntando, y éste se encoge de hombros.*)

CARRASCOSA. ¿Estorbo?

RITA. No.

ESCENA VI

DICHOS: BRAULIO por la derecha

BRAULIO. Señora...

RITA. (*Invitándole a sentarse.*) Caballero...

BRAULIO. (*Hace un signo de contrariedad al ver a Carrascosa, se inclina ceremonioso, y se sienta luego.*) ¿Usted es la mamá de Mercedes? Tengo una verdadera satisfacción en ponerme a sus pies. (*Se inclina.*)

RITA. (*Deteniéndole.*) ¡No, por Dios!...

BRAULIO. Ya conoce usted mi nombre...

RITA. El de la tarjeta.

BRAULIO. Es el mío. Soy el propietario de Villa-Portillo, un pueblecito donde he fundado una colonia veraniega. Allí hay mucha agua...

RITA. Podrán ustedes embarcarse: a mí me encanta.

BRAULIO. Perdone usted; es agua mineral.

RITA. Entonces podrán ustedes beberla.

BRAULIO. Sí, señora; es magnífica. Un negocio admirable en perspectiva. Además, el clima de sierra tan sano, tan... ¿No habrá inconveniente en hablar delante de este caballero?

RITA. Ninguno. Ya ve usted que él tampoco lo ha tenido para quedarse.

BRAULIO. Ya lo veo. ¿Es de confianza?

RITA. Íntimo nuestro. D. Roque Carrascosa . . . El señor . . . Braulio . . . (*Mirando la tarjeta.*)

BRAULIO. Jiménez.

RITA. Jiménez, efectivamente. (*Se saludan Braulio y Roque con una inclinación.*) 5

BRAULIO. Pues bien: tenemos un Casino, un salón donde se reunen los bañistas. He comprado un piano, y desearía amenizar las veladas. Me hablaron de su hija de usted con tales elogios . . .

RITA. Es muy buena. 10

BRAULIO. ¿ Artísticamente ?

RITA. También. No debía decirlo . . .

BRAULIO. ¿ Qué tiene de particular ? Yo la alabaría igual si tuviera una hija.

RITA. ¿ Que tocase el piano ? 15

BRAULIO. Aunque no lo tocase. Las alabanzas de los padres siempre suenan a cariño, y eso es muy disculpable y muy hermoso.

RITA. No sospechan los hijos el amor que se les tiene . . . Hace dos años estuvo Mercedes enferma, y la idea de 20 quedarme sin ella . . .

BRAULIO. ¡ Oh ! ¡ Es horrible !

RITA. ¿ Usted ha perdido alguna hija ?

BRAULIO. Mía no, señora; soy soltero. He perdido a la hija de un amigo, a quien quería como propia. 25

RITA. No es lo mismo.

BRAULIO. Pero ya es bastante para comprender el dolor del padre. (*Pausa.*) Desearía que Mercedes aceptase mi ofrecimiento. Son dos meses y medio: de primero de julio a quince de septiembre. Partiendo de la 30 base de que usted la acompañaría, desde luego pueden contar con casa.

RITA. No sé si Mercedes . . .

BRAULIO. Aceptará lo que usted disponga.

RITA. Pero debo consultarla.

BRAULIO. Muy justo. Y en cuanto a honorarios, ya nos pondríamos de acuerdo.

RITA. (*Alzando la voz.*) ¿Ha oído usted, don Roque?

CARRASCOSA. No, señora.

BRAULIO. (*Aparte a Rita.*) Es muy discreto el señor Carrascosa.

RITA. Muy discreto . . . y un poquito sordo.

BRAULIO. ¡Ah! . . .

RITA. (*A Carrascosa.*) Se lo explicaré a usted luego.

BRAULIO. Hasta por la salud creo que les convendría a ustedes aceptar. El clima de sierra . . .

RITA. Lo hablaremos.

BRAULIO. Volveré luego a saber la respuesta.

RITA. Cuando usted quiera.

BRAULIO. Con su permiso . . .

RITA. Beso a usted la mano.

BRAULIO. (*A Roque.*) Señor mío . . . (*A Rita.*) A los pies de usted. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VII

CARRASCOSA y RITA

RITA. Nos propone que vayamos a veranear.

CARRASCOSA. ¿Todos?

RITA. Naturalmente. Ha dicho que tendremos casa. Es el propietario de un pueblo y quiere que Mercedes toque el piano en el Casino.

CARRASCOSA. ¿Y nos lleva a todos? Pues no parece

un propietario . . . A no ser que se haya vuelto loco o esté enamorado.

RITA. Los hombres siempre ven ustedes malicias . . .

CARRASCOSA. En fin, mejor para ustedes. Yo iré los días festivos . . . Pero, ¿ y Ricardo consentirá ? 5

RITA. Con licencia.

CARRASCOSA. De otro modo imposible. De recién casados no aceptará una separación. Acuérdese usted de los buenos tiempos, doña Rita.

RITA. ¿ Para qué ? 10

CARRASCOSA. Para recordarlos.

RITA. ¿ Nada más ?

CARRASCOSA. Nada más.

RITA. Pues no vale la pena.

CARRASCOSA. La boda de los hijos rejuvenece un poco 15 a los padres.

RITA. No se le nota a usted.

CARRASCOSA. Es por la imaginación solamente.

RITA. No es mucho.

CARRASCOSA. Pero es algo. 20

RITA. Vaya, vaya . . . Usted tiene ganas de bromas. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII

CARRASCOSA sigue escribiendo, RICARDO por la derecha

RICARDO. ¿ Está Mercedes ?

CARRASCOSA. No; no ha vuelto aún.

RICARDO. Es que tengo que hablar con ella. 25

CARRASCOSA. Bueno, pues habla conmigo, o con su madre, o con el pájaro . . . o habla solo, porque Mercedes no está en casa.

RICARDO. Es preciso que hable con ella.

CARRASCOSA. Pues ten paciencia y aguarda. ¿No hay oficina?

RICARDO. He salido antes de la hora.

5 CARRASCOSA. ¿Por qué?

RICARDO. Me mortifica la conversación de mis compañeros.

CARRASCOSA. Al revés que a tus compañeros. (*Pausa. Ricardo parece nervioso.*) ¿Has visto un anuncio en *El*
10 *Imparcial?* ¿Tampoco lees los periódicos? ¿Qué haces en la oficina?

RICARDO. Trabajar.

CARRASCOSA. ¡Ah! sí; está bien. Anuncian un saldo de telas: podríamos encontrar algo que nos conviniese.
15 (*Pausa.*) Oye, supongo que habrás pedido permiso para retirarte temprano.

RICARDO. No.

CARRASCOSA. Mal hecho. Te expones a una reprimenda.

20 RICARDO. No pienso volver.

CARRASCOSA. (*Brincando.*) ¿Eh? ¿Estás loco?

RICARDO. Aún no.

CARRASCOSA. Pero . . . ¿Qué dices? Explícate.

RICARDO. Que no me agrada el destino que tengo y
25 renuncio para estudiar más libremente y hacer oposiciones.

CARRASCOSA. ¿Qué te pasa? . . . (*Abrazándole afectuoso.*) ¿Qué te pasa, Ricardo?

RICARDO. Nada.

30 CARRASCOSA. ¿No merezco una explicación?

RICARDO. Son más fuertes que yo.

CARRASCOSA. ¿Quiénes?

RICARDO. Todos. Los compañeros, los amigos, los vecinos . . . y las vecinas.

CARRASCOSA. Sí, hijo, sí; reconócelo. La mujer es infinitamente más fuerte que el hombre, y en todo tiempo han sido superiores a nosotros. Para contenerlas un poco, el hombre ha inventado la virtud; pero la mujer inventó el matrimonio . . . y hemos salido perdiendo.

RICARDO. No puedo aguantar más en la oficina.

CARRASCOSA. Lucha, defiéndete . . .

RICARDO. ¿ Y quién lucha contra las palabras de doble sentido, contra los silencios mortificantes, contra los plácemes burlones? . . .

CARRASCOSA. Desprécialos.

RICARDO. No puedo.

CARRASCOSA. Eres muy joven.

RICARDO. Tampoco puedo evitarlo.

CARRASCOSA. Piensa mucho lo que haces y no te dejes arrebatar . . .

RICARDO. Mercedes me dirá lo que debo hacer.

CARRASCOSA. ¡ Qué mal camino llevas ! Oye un buen consejo: no preguntes. Contra las murmuraciones y las hablillas no hay más que un arma: ¡ la risa !

RICARDO. ¿ Y cuando no se puede reír ?

CARRASCOSA. Aguardar. El tiempo es amigo de la verdad.

RICARDO. Hoy sabré lo que hay de cierto.

CARRASCOSA. ¿ En qué ?

RICARDO. Perdona que no te lo diga.

CARRASCOSA. Y sabiéndolo, falta que lo creas.

RICARDO. Yo exigiré una prueba tal . . .

CARRASCOSA. Eso es . . . y seguramente otra prueba igual tendrás de tu sospecha.

RICARDO. Si la tuviera no preguntaría.

CARRASCOSA. Bien, hijo, bien. Para la calumnia te basta conque la digan: para lo honrado, neceistarás pruebas . . .

5 RICARDO. No me martirices tú . . .

CARRASCOSA. No te detengo; la juventud ha de seguir su rumbo irreflexivo. Haz lo que quieras. Ya sé que mis palabras no te contendrán.

RICARDO. Vámonos.

10 CARRASCOSA. ¿ No te quedas?

RICARDO. No; no quiero ver a nadie antes de que hable con Mercedes.

CARRASCOSA. Vámonos. Pero no te olvidesde que la calumnia no hace daño por quien la propala, sino por quien

15 la cree.

RICARDO. Vámonos. Esperaré abajo. (*Vase por la derecha, rápido.*)

ESCENA IX

Carrascosa, Rita por la izquierda

RITA. ¿ Era Ricardo?

CARRASCOSA. Sí, señora . . . ¡ Hay mal viento!

20 RITA. ¿ Qué tiene?

CARRASCOSA. No lo sé de fijo. Algún cuento que llegó a sus oídos.

RITA. ¿ No se lo ha dicho a usted?

CARRASCOSA. No. Los muchachos piensan que la

25 primera demostración de ser hombre y valerse por si mismos, es ocultarse de los hombres en todo lo grave. Todos hicimos lo mismo . . . Quede usted con Dios. (*Vease por la derecha.*)

Escena X

Dicha: Esperanza por la izquierda

Esperanza. ¿Quieres algún otro recado, mamá?

Rita. Procura ser respetuosa, no te rías.

Esperanza. Descuida, seré un poste. Pero no me admitirán tampoco en esa casa. Voy por complaceros, a sabiendas de no alcanzarlo.

Rita. Es preciso, hija. Mercedes trabaja con exceso y tú debes contribuir al sostenimiento de todos.

Esperanza. Voluntad no me falta, pero indudablemente no he nacido para sostener a nadie. Si hubiese una cátedra de buen humor, de alegría, de contento... era para mí.

Rita. No te corregirás nunca.

Esperanza. Está demostrado que no sirvo para profesora... Intentemos otra cosa. Bordar o coser, o... lo que queráis.

Rita. No habrá remedio. Tu porvenir me preocupa: eres demasiado risueña, y eso es muy agradable para un rato; pero nadie pensará en ti seriamente.

Esperanza. Es probable. En último recurso me casaré con un hombre triste para alegrarle.

Rita. O para entristecerle tú.

Esperanza. Peor para él.

Rita. Y para ti.

Escena XI

Dichas: Filomena por la derecha

Esperanza. ¡Tía Filomena!

Filomena. ¿Vais a salir?

Rita. Ésta sola.

FILOMENA. ¿ Sola ?

RITA. No tenemos quien la acompañe.

ESPERANZA. Tengo, mamá, tengo; pero no quiero.

FILOMENA. Ya sé que eres muy formal en este terreno. Aunque eres aún tan chiquilla . . .

ESPERANZA. Pues no creas, ya me dicen cosas de persona mayor.

RITA Anda a tu obligación, Esperanza.

FILOMENA. A ver si sales como Mercedes: tiene fama de ser la profesora que mejor enseña.

ESPERANZA. Todas enseñamos lo mismo.

FILOMENA. Eso creo.

ESPERANZA. Suerte de encontrar buenas discípulas . . .

RITA. Anda, que es hora.

ESPERANZA. Un recuerdo al tío Tomás.

FILOMENA. De tu parte. (*Vase Esperanza por la derecha.*)

ESCENA XII

Rita y Filomena

RITA. Siéntate.

FILOMENA. Haces muy mal en darle tanta libertad. La expones a muchos peligros.

RITA. ¿ Sabes algo de Esperanza ?

FILOMENA. No, nada. Aunque las mujeres son como los premios de la lotería; caen, pero no se sabe hasta después.

RITA. Afortunadamente hay más billetes que premios.

FILOMENA. Afortunadamente. (*Pausa.*) Patrocinio Roca . . .

RITA. ¿ Mi vecina ?

FILOMENA. Sí; me encargó que te saludase. La otra tarde estuvo de visita: tiene una conversación encanta-

dora y cuenta las cosas de un modo . . . parece que las ha presenciado todas.

RITA. La imaginación es un gran mérito.

FILOMENA. Habló del choque de trenes, ése que hubo en León, y cuando llegó a los heridos, a cómo gritaban desesperados, daban ganas de ponerle árnica.

RITA. Es muy expresiva.

FILOMENA. Pero es amiga vuestra, no lo dudes. Ella fué la primera en afirmar que era una calumnia infame todo lo que se hablaba de Mercedes.

RITA. ¿ De Mercedes ?

FILOMENA. Y precisamente esto es lo que me trae aquí. Cuando vengo, comprenderás que hay algún motivo importante.

RITA. No necesitas pretextos para venir; pero explícate, te lo ruego.

FILOMENA. Anoche tuvimos una conversación muy grave Tomás y yo. Él mismo me aconsejó que viniese, por compasión, por caridad hacia vosotros.

RITA. ¿ Qué entiendes por caridad, Filomena ?

FILOMENA. Toda buena acción que personalmente no nos favorece.

RITA. Entonces tendré que estarte agradecida por lo que vas a decir.

FILOMENA. Eso espero.

RITA. Pues ya te lo agradezco: dilo.

FILOMENA. Tomás opina, como yo, que éstas no son más que murmuraciones e infamias, pero que es conveniente advertiros para que os guardéis.

RITA. ¿ De quién ?

FILOMENA. En la forma que dan las noticias, con tanto lujo de detalles, demuestran estar bien entera-

dos. Créeme, Rita; en la vecindad hay una mala lengua.

RITA. ¿ Una? Siempre he dicho que ésta era la mejor casa del barrio.

FILOMENA. ¿ No te intranquilizan las murmuraciones?

5 RITA. Como no puedo librarme de ellas . . . pero, además, la desgracia me hizo muy valiente; no le tengo miedo ni a la familia.

FILOMENA. No lo dirás por nosotros.

RITA. De ninguna manera. Tú vienes a hacerme un

10 favor: hazlo.

FILOMENA. Dime, ¿ quién es ese amigo que ha colocado al novio y al suegro y a no sé cuántos más de tu parentela futura?

RITA. Un destino de temporero y evitar un traslado:

15 ésa es toda la cuenta.

FILOMENA. ¿ Y quién la hizo?

RITA. Pepito Olivares.

FILOMENA. ¿ Sigue visitándoos?

RITA. ¿ Por qué no?

20 FILOMENA. ¿ Y qué interés tiene en serviros tanto?

RITA. ¿ Ésta es la calumnia?

FILOMENA. No; ésta no es más que la pregunta.

RITA. ¿ Y no sobra, como razón, que sea bondadoso, que pueda fácilmente hacer un favor y que lo haga?

25 FILOMENA. Yo estoy propicia a aceptar esa razón; pero convengamos en que es mucha bondad la suya. Hay quien dice que está enamorado o que enamora a alguna de esta casa.

RITA. ¿ A mí?

30 FILOMENA. No; de ti no lo dicen. De Mercedes.

RITA. Pues ya puedes jurar que es mentira. Pepe es un buen amigo nuestro, muy afectuoso con Mercedes

y con Esperanza y conmigo, pero jamás ha demostrado la menor inclinación amorosa.

FILOMENA. Pues lo aseguran.

RITA. Es natural. ¿En qué se va a pasar el tiempo? En una visita, si no se habla mal de alguien . . . 5

FILOMENA. Me alegro en el alma de que no haya motivo para esas suposiciones que ofendían a Mercedes y nos molestaban a todos; pero, aun así, convendría que extremases tu vigilancia.

RITA. Si son buenas como mis hijas, no lo precisan; 10 y cuando tienen mal instinto, la vigilancia paterna es como los viajeros que llevan el revólver en la maleta para tener el gusto de que les roben una cosa más.

FILOMENA. ¿Y estás enterada de que a espaldas tuyas vino alguien de visita a esta casa? 15

RITA. Debes comprender que si fué a espalda mía lo habrán hecho así para que yo no me entere.

FILOMENA. O para que puedas alegar ignorancia.

RITA. No esperaba tener que agradecerte tanto.

FILOMENA. Es muy raro que ignores y que niegues. 20 Y lo que tal vez no tenga valor alguno diciéndolo, ocultándolo es un cargo muy serio.

RITA. El no saber da mucho aplomo para negar; no extrañes, pues, que siga disimulando.

FILOMENA. Allá tú . . . pero así te buscas comentarios 25 poco piadosos. Si dijeras francamente es don Fulano, y vino a esto o a lo otro . . .

RITA. Creerías lo otro.

FILOMENA. Eso ya no es malicia.

RITA. ¿Es caridad lo que tú me cuentas, y no podrá 30 ser ni intencionado lo que yo te responda? Perdóname.

FILOMENA. No hay de qué.

RITA. Tienes razón.

FILOMENA. Pues, según dicen, un caballero inmensamente rico, y a quien han visto venir siguiendo a Mercedes en diferentes ocasiones, estuvo aquí la otra tarde cuando tú no estabas.

RITA. Cierto. Mercedes me dijo hace días que estuvieron a proponerle una lección.

FILOMENA. No debía de ser eso.

RITA. Es posible que se reservase la verdad.

FILOMENA. ¿No eres curiosa?

RITA. No. Tengo absoluta confianza en ellas, y si quieren hablar con alguien no necesitan esconderse.

FILOMENA. Más vale así. Aunque para la gente que os rodea . . . Ese don Roque Carrascosa, un pastelero que come con todos.

RITA. El que come con todos no es un pastelero, es un convidado.

FILOMENA. Don Restituto, ese envidioso, coleccionista de murmuraciones, que cuando habla miente, y cuando no miente calla.

RITA. Pues de ti habla bien.

FILOMENA. Lo siento, porque no se lo creerán. ¿Y ese don Pepito . . . ? Otro que tal baila.

RITA. Veo que tienes un desprecio coreográfico por los que frecuentan mi casa.

FILOMENA. No hay ninguno que sirva para darte un buen consejo.

RITA. ¿Ni tú?

FILOMENA. Solamente yo, y dices que tengo mal genio

RITA. No te culpo: ya sé que tu carácter es un caso de atavismo. Tu bisabuelo fué general de artillería . . . y sales al bisabuelo.

FILOMENA. Te equivocas: no soy general.

RITA. Pero eres de artillería: disparas con bala rasa.

FILOMENA. Si me escucharas . . .

RITA. No. Y escúchalo tú de una vez para todas. No pienso cambiar una línea de mi conducta en cuanto a que mis hijas sean independientes y se ganen la vida por sí solas, ni pienso cambiar una línea porque digan o dejen de decir.

FILOMENA. Es que te quitan la honra.

RITA. Te equivocas. La honra de uno no está en las palabras de otro.

FILOMENA. ¿Pero a ti no te preocupan las murmuraciones?

RITA. ¡No me espantó la miseria y voy a espantarme de chismes y cuentos . . . !

FILOMENA. La opinión de los demás . . .

RITA. Es muy conveniente, pero no indispensable. No hablemos más de esto.

FILOMENA. Previniéndote he creído hacerte un favor.

RITA. Pues ya lo has hecho. Gracias, Filomena, y no hablemos más. Déjame gobernar mi casa, como yo te dejo en la tuya.

FILOMENA. Buenas tardes, Rita.

RITA. Si no te agrada variar de conversación, buenas tardes, Filomena. (*Vase Filomena por la derecha.*)

ESCENA XIII

RITA: MERCEDES por la derecha

MERCEDES. Apenas si me saludó la tía Filomena . . . ¿Os habéis peleado?

RITA. No transige con nuestro modo de vivir: hemos

de adoptar el suyo a la fuerza . . . y aunque me sobrasen los millones, os enseñaría a ganaros la vida. Ya sé cómo se van las fortunas, y ya sé cómo se quedan las mujeres sin amparo.

5 MERCEDES. No te disgustes. La tía Filomena ve las cosas desde su riqueza; no sospecha que pueda faltarle nunca el lujo que hoy tiene.

RITA. Lo que le trae a mal traer es su vanidad. Para algunos ricos, los parientes pobres son desagradables; 10 pero que al pariente pobre lo conozcan y lo admitan para trabajar en los mismos sitios donde el rico triunfa y se pavonea, es una verdadera incorrección . . .

MERCEDES. Discúlpala . . . Una vanidad tan exagerada probablemente es ya un poco de enfermedad.

ESCENA XIV

DICHAS: RICARDO por la derecha

15 RICARDO. ¿ Se puede ?

RITA. ¡ Hola, Ricardo !

MERCEDES. (*Alegre.*) No te esperaba.

RICARDO. Yo sí; estuve abajo hasta que te ví entrar.

MERCEDES. (*Cariñosa.*) ¿ Rondando ?

20 RITA. ¿ No hubo oficina ? ¿ San desestero ?

RICARDO. He tenido que salir.

MERCEDES. ¿ Me quieres ? ¿ Pensaste en mí ?

RICARDO. Siempre.

MERCEDES. ¡ Qué soso vienes . . . ! ¡ Vaya un siempre !

25 RICARDO. ¡ Qué le haremos . . . !

MERCEDES. ¿ Te ha ocurrido algo ?

RICARDO. Nada nuevo.

MERCEDES. ¿ Y antiguo ? ¿ Por qué me miras ?

RICARDO. Por mirarte; es un gusto que me doy.

MERCEDES. Díselo a tus ojos; no deben saber que están mirando algo de su gusto. (*Él baja la vista.*) ¿Nos acompañarás luego?

RICARDO. Tengo que hablarte.

MERCEDES. ¿Hablarme? ¿Qué quieres decir con eso?

RICARDO. ¿No sabes lo que es hablar dos personas?

MERCEDES. (*Angustiada.*) No, no lo sé . . . pero habla.

RICARDO. Cuando pueda.

MERCEDES. ¿Te estorba mi madre?

RICARDO. Estorbarme, no; pero me cohibe.

MERCEDES. Hablaremos sin ella . . . Mamá . . .

RITA. ¿Qué, hija?

MERCEDES. Ricardo desea decirme algo . . .

RICARDO. Calla . . .

MERCEDES. ¿Por qué? (*A Rita.*) Y no se atreve delante de ti.

RITA. Haces mal . . . pero hazlo. (*Vase Rita por la izquierda.*)

RICARDO. Mucha confianza tiene en ti . . .

MERCEDES. Mucha, no; confianza nada más.

ESCENA XV

MERCEDES y RICARDO

RICARDO. ¿Crees que te quiero?

MERCEDES. Sí. ¿Y tú?

RICARDO. También.

MERCEDES. No digas también. Dime sí.

RICARDO. (*Frío.*) Sí . . .

MERCEDES. (*Va llorando a sentarse, triste.*) Habla.

RICARDO. (*Yendo a ella.*) No llores . . . ¿ Crees que soy leal ?

MERCEDES. Sí.

RICARDO. ¿ Me crees capaz de proceder ligeramente ?

5 MERCEDES. No.

RICARDO. ¿ De ofenderte a sabiendas ?

MERCEDES. No.

RICARDO. (*Pausa.*) Tengo un motivo poderoso. No me obligues a decir cuál.

10 MERCEDES. ¿ Para qué ?

RICARDO. Es preciso que renuncie mi destino.

MERCEDES. (*Levantándose contenta.*) ¿ Es tu empleo nada más lo que se juega aquí ? Pues renúncialo, y ¡ bendito sea Dios ! ¡ Estaba con el alma oprimida,

15 temiendo que fuese algo de ti y de mí !

RICARDO. De ti y de mí ha de ser todo lo que hablemos tú y yo.

MERCEDES. (*Sentándose abatida.*) Ya vuelve otra vez la angustia . . . Habla, Ricardo.

20 RICARDO. Suponen que ese destino tuvo un precio.

MERCEDES. ¿ Un precio ? ¿ Quién lo ha pagado ?

RICARDO. Eso te pregunto.

MERCEDES. (*Levantándose airada.*) ¿ Y cómo te contesto ? ¿ Con gritos ? ¿ Con lágrimas ? ¿ Arañán-

25 dote ?

RICARDO. Y yo prefiero pasar privaciones . . .

MERCEDES. Es poco.

RICARDO. Aplazar nuestra boda . . .

MERCEDES. Es poco.

30 RICARDO. Todo, menos seguir en ese puesto mientras no sepa la verdad. Y de ti quiero oírla.

MERCEDES. Si tienes razón para aplazar la boda, no

te queda más camino que decirlo; y si no la tienes, un aplazamiento es poco.

RICARDO. ¿ Mercedes ?

MERCEDES. Es poco, te digo. Debes romper.

RICARDO. ¡ Mercedes ! . . .

MERCEDES. Ya lo has oído.

RICARDO. Eres tú la que rompes.

MERCEDES. (*Asombrada.*) ¿ Yo ? . . . (*Resuelta.*) ¿ Quieres que sea yo ? ¡ Pues yo !

RICARDO. No pensaba distanciarme tanto. ¿ Hemos concluído ? 10

MERCEDES. De ti depende. Habla.

RICARDO. ¿ Necesitas conocer por mí ? . . .

MERCEDES. Para romper, no; para continuar, sí. Habla, habla claro, muy claro, deletrea; ¡ no puedo perder una sílaba ! 15

RICARDO. ¡ Imposible ! Sería ofenderte.

MERCEDES. ¿ Callar no es ofensa ? ¡ Más ! Lo que digas podrá ser un golpe mal dado; pero es uno. Callándote dejas campo abierto para muchos. 20

RICARDO. ¿ Y no adivinas ?

MERCEDES. No lo pretendo. Yo vivo mi vida; en ella te doy derecho para escudriñar; pero yo no vivo ni me cuido de murmuraciones.

RICARDO. ¿ Y si fuesen muy hondas ? 25

MERCEDES. Mejor; pasarían más abajo. Habla.

RICARDO. Dicen . . .

MERCEDES. No dicen, no: di tú.

RICARDO. Que eres muy amiga de Pepe Olivares.

MERCEDES. Es verdad. 30

RICARDO. No me comprendes . . . o no te comprendo yo.

MERCEDES. Explícate bien.

RICARDO. Es más que amigo.

MERCEDES. (*Riendo.*) ¿Novio?

RICARDO. Más que novio.

MERCEDES. (*Altiva, vase hacia la izquierda.*) ¡Mamá!...

RICARDO. (*Tras de ella.*) Responde...

MERCEDES. (*Siguiendo.*) ¡Mamá!...

RICARDO. (*Cogiéndola airado.*) ¡Respóndeme tú!...

MERCEDES. (*Desasiéndose y siguiendo.*) ¡Mamá!...

ESCENA XVI

DICHOS: RITA por la izquierda

RITA. (*Saliendo rápida.*) ¿Qué es?

MERCEDES. (*Pausa.*) Ricardo que se despide. Hemos roto.

RITA. ¿Por qué?

MERCEDES. Ricardo, mamá pregunta por qué rompemos. Puedes decírselo.

RICARDO. (*Disculpándose.*) Doña Rita...

MERCEDES. (*Pausa; señalando la puerta.*) Puedes retirarte.

RICARDO. Es más fácil encontrar un gesto que una disculpa.

MERCEDES. Ya estoy satisfecha habiendo encontrado algo.

RICARDO. Guárdalo. Quizás lo necesites más veces. Pero yo voy a buscar a quien me responderá pronto, quiera o no quiera.

MERCEDES. Búscalo. (*Vase Ricardo por la derecha.*)

Escena XVII

Mercedes y Rita

Rita. ¿Qué ha pasado?

Mercedes. No lo sé...

Rita. ¿Pero por qué lo despides?

Mercedes. Eso sí lo sé. Porque me ofendió.

Rita. ¿Cómo? 5

Mercedes. Con una calumnia.

Rita. ¿Y en lugar de explicaros habéis reñido? ¡Ay, Mercedes!... La mujer valerosa, la que predica desprecio a las murmuraciones y a las hablillas...

Mercedes. ¡Es que me llegó muy adentro! 10

Rita. ¿Y piensas que Ricardo va muy gozoso?

Mercedes. ¡Si supieras lo que se atreve a sospechar de mí!

Rita. ¡Es posible que te haya traído una calumnia; pero seguramente traía también una pena! ¡Y esa no 15 la quisiste ver!

Mercedes. Te indignarás cuando te lo diga.

Rita. Lo sentiré; pero sin indignarme. Ya soy muy vieja... Ya aprendí a separar la cizaña... No tomes resolución ninguna... Déjame enterarme primero. 20

Escena XVIII

Dichas y Esperanza por la derecha

Esperanza. Llegué tarde; tenían ya tomada otra profesora. Pero estoy contenta, porque en ésta es la única casa donde no me dijeron que no servía... Hemos salvado mi amor propio.

Rita. Y Mercedes terminó sus relaciones con Ricardo. 25

ESPERANZA. Has hecho bien.

RITA. (*Riñendo.*) ¡ Esperanza !

ESPERANZA. Tengo un candidato para ti, Mercedes, incomparablemente mejor.

5 RITA. No digas desatinos.

ESPERANZA. Eso es mandarme que me calle.

RITA. ¡ Pues cállate !

ESPERANZA. No hay mal que por bien no venga. Ya verás cómo te alegras de este disgusto.

10 RITA. No estamos para bromas.

ESPERANZA. Sí lo estáis. Cuanto más afligidas, más necesitadas de una persona alegre que sepa sobreponerse al aburrimiento de las situaciones trágicas. Hoy le escribo; mañana te presento a mi candidato y os casáis 15 cuando os parezca.

RITA. Como hagas una locura . . .

ESPERANZA. ¿ Locuras ? Pregúntale a Consuelito Herrera . . . Había tarifado con su novio, que era juez . . . Juez, no; era de esos que andan siempre entre los jueces . . .

20 RITA. ¡ Ladrón !

ESPERANZA. No, escribano. Y yo le hice pedir perdón y fijar la fecha de la boda en una carta, escrita en papel sellado, para que hiciera fe si volvían a reñir. Y contigo voy a hacer lo mismo.

25 RITA. Déjanos en paz.

ESPERANZA. Ese Ricardo no te convenía.

MERCEDES. ¿ Qué sabes tú lo que me conviene ?

ESPERANZA. Ya veremos, ya veremos.

RITA. Te prohibo mezclarte en esos asuntos, que son 30 demasiado serios.

ESPERANZA. Como Ricardo . . . Por eso me alegro del rompimiento.

RITA. ¿Han llamado? Adviértele a Francisca que no estamos para nadie. Y tú déjanos ahora un momento.

MERCEDES. Ya puede oírlo.

RITA. Es una chiquilla.

ESPERANZA. Si vais a llorar os dejo. No sirvo para los pucheritos. Las lágrimas no son de mi reino.

RITA. Ten cuidado con que no te destronen.

ESPERANZA. No te apures. Basto yo sola para reírme del mundo entero. (*Vanse Rita y Mercedes por la izquierda.*)

ESCENA XIX

ESPERANZA: FRANCISCA y PEPITO por la derecha

ESPERANZA. Parece mentira que haya quien se aflija, costando tan poco y siendo tan bueno reírse... (*A Francisca que entra.*) Francisca, diga usted que hemos salido.

PEPITO. (*Entrando.*) No hace falta... (*A Francisca.*) Dígales usted a las señoritas que siento mucho no encontrarlas.

ESPERANZA. Esta orden no va contigo.

PEPITO. Si tú lo dices...

ESPERANZA. Hazme el favor de pasar. (*Vase Francisca por la derecha.*)

ESCENA XX

ESPERANZA y PEPITO

PEPITO. ¿De veras no te estorbo?

ESPERANZA. Al contrario: tengo que hablarte. Voy a hacerte los honores... Siéntate, Pepito. Mamá ha ido a su cuarto con Mercedes, que está rabiando.

PEPITO. ¿Cómo rabiando?

ESPERANZA. Pues como rabia toda la gente seria, con lágrimas y suspiros, y diciendo a voces: «¡Yo tengo la culpa, yo!...» Te habrás fijado, Pepito, en que las personas formales cuando pasan algún disgusto, siempre es por culpa de ellas mismas.

PEPITO. Alguien más contribuiría...

ESPERANZA. Sí; unos con palabras y otros con silencios, hay muchos que mortifican a la pobre Mercedes. Pero yo estoy decidida a que concluya la formalidad en esta casa y a que todos seamos muy felices.

PEPITO. Si yo puedo servir para algo...

ESPERANZA. Supongo que sí... Voy a ver si arreglo estas penas de Mercedes; y de paso, voy a arreglarte a ti...

PEPITO. Muchas gracias. Yo vine precisamente a que me felicitaran ustedes. Esta mañana fuí aprobado en el tercer ejercicio.

ESPERANZA. ¿Estás contento del examen?

PEPITO. Del Tribunal. Son todos amigos míos... de Paco. Antes de un mes seré Registrador, y ya ¡que me entren moscas!

ESPERANZA. ¿Para qué?

PEPITO. Que no hay cuidado del porvenir. Doce mil realiyos seguros, ascensos reglamentarios y todo lo extra reglamentario que vaya cayendo. Al pelo, para empezar la vida.

ESPERANZA. ¿Y lo que has vivido ya?

PEPITO. Es cuenta nueva. La gente desbarra, figurándose que empezamos a vivir desde el día en que nacemos. ¡Mentira! Los hombres, como los potros, no son útiles sino desde que tascan el freno.

ESPERANZA. ¿Vienes filósofo?

PEPITO. Ya cobro... y, naturalmente, tengo que contar lo que gano y lo que gasto.

ESPERANZA. Otro que se nos pierde en el mar de las preocupaciones sociales...

PEPITO. ¿Tú con frases, Esperanza? 5

ESPERANZA. Es de una fuga de vocales del *Heraldo*... no le des importancia.

PEPITO. Me tranquilizo. Dile a Ricardo que la semana próxima anunciarán unas oposiciones. Habrá que marchar destinado a provincias; pero lo esencial es coger 10 el puesto.

ESPERANZA. Ya no tenemos gran interés.

PEPITO. ¿Y eso?

ESPERANZA. Se pelearon.

PEPITO. ¿No se casa Mercedes? 15

ESPERANZA. Con Ricardo, no; pero ya habrá alguno.

PEPITO. ¿No ha de haber? Mercedes es una criatura angelical.

ESPERANZA. Ya sé que eres uno de sus admiradores.

PEPITO. De los más entusiastas. 20

ESPERANZA. ¿Si creerás que no hemos notado la frecuencia de tus visiteos?

PEPITO. Esperanza...

ESPERANZA. Don Pepito...

PEPITO. Te juro que por Mercedes... 25

ESPERANZA. Ya te he dicho que a ti también te voy a arreglar yo.

PEPITO. ¿De veras?

ESPERANZA. Y hoy es muy fácil. Hablando sinceramente, me felicito de que Mercedes rompiese con Ricardo. 30

PEPITO. ¿No le quería?

ESPERANZA. Es tan reservada, que nunca suelta prenda;

pero yo casi apostaba a que aceptó este novio por no saber que algún otro la quería.

PEPITO. ¿ Hay algún otro ?

ESPERANZA. Tal vez . . . Y tú, ¿ quieres a alguien ?

5 PEPITO. Esperanza . . .

ESPERANZA. ¡ Don Pepito ! . . . ¿ Adivino mal, sospechando que a esta casa te trae algo más que la amistad ?

PEPITO. Creí haberlo ocultado tanto, que nadie lo
10 sospecharía: ni usted misma, Esperanza . . .

ESPERANZA. ¿ Con tratamiento ?

PEPITO. Ni tú misma, Esperanza.

ESPERANZA. ¿ Luego es verdad ?

PEPITO. No lo niego.

15 ESPERANZA. Sería igual: eso se os conoce en seguida.

PEPITO. ¿ Y os enoja ?

ESPERANZA. ¿ Por qué no lo has dicho ?

PEPITO. No me atreví. Por lo mismo que vuestra posición no es la de antes, a los amigos antiguos nos obli-
20 gaba a mayores respetos.

ESPERANZA. (*Dándole la mano conmovida.*) Gracias.

PEPITO. No estaba aún en condiciones de casarme, y aquí puedo buscar una mujer, pero no una novia.

ESPERANZA. Cuando lo sepan mamá y Mercedes . . .

25 PEPITO. ¿ Y tú ?

ESPERANZA. Yo ya lo sé.

PEPITO. ¿ Y qué me respondes ?

ESPERANZA. ¡ Por Dios, Pepe ! . . . Me satisface y me halaga, porque eres muy bueno y muy capaz de hacer
30 feliz a una mujer . . . la prueba es que yo misma me encargo de traerte la respuesta.

PEPITO. No temo que doña Rita me rechace.

ESPERANZA. Por mamá no hay miedo: te aprecia mucho.

PEPITO. ¿Y por ti?

ESPERANZA. Menos aún. Voy a decírselo a Mercedes.

PEPITO. ¿Qué la vas a decir? 5

ESPERANZA. (*Riendo.*) Que la quieres... ¡Cuanto antes mejor!

PEPITO. Si yo no quiero a Mercedes para casarme.

ESPERANZA. Pues ¿para qué?

PEPITO. Para hermana. Es a ti... A usted, Es- 10 peranza.

ESPERANZA. Tú has venido a divertirte un poco, ¿verdad? pues por mí que no quede. (*Riéndose.*)

PEPITO. ¿No merezco siquiera que me escuchen?

ESPERANZA. Ya ves que sigo la broma. 15

PEPITO. ¿Y en serio no me escuchas?

ESPERANZA. ¿En serio? (*Riéndose aún pero vacilante.*)

PEPITO. ¿No me permites quererte ni esperar que tú me quieras?

ESPERANZA. ¿Pero tú, usted... usted me quieres? 20

PEPITO. Con la ilusión de casarnos muy pronto y ser muy felices.

ESPERANZA. Si yo no valgo la pena... ¡No sé más que reírme! (*Haciendo pucheros.*)

PEPITO. Reiremos juntos. Esperanza, ¿me quieres? 25

ESPERANZA. ¡Ay, ay!...

PEPITO. ¿Qué tienes?

ESPERANZA. ¡Ay... que no me puedo reír!

PEPITO. ¡Eso es quererme!... ¡Dios te lo pague!

Escena XXI

Dichos: Rita y Mercedes por la izquierda

Rita. (*Llorando.*) Es una indignidad lo que ha dicho ese hombre.

Mercedes. (*Llorando.*) ¡Es una infamia!

Rita. Pero, ¿qué es esto? ¿Tú también llorando? ¡Ay, Dios mío, ahora si que se hunde la casa! ¿Qué tienes? (*A Pepito.*) ¿Qué le ha dicho usted?

Pepito. Que la quiero.

Rita. (*Extrañada.*) ¿A Esperanza?

Pepito. ¿No lo merece?

Rita. Sí; pero es tan raro que encuentre ella algo formal...

Pepito. Se lo dije, y aunque Esperanza no me contestó...

Esperanza. (*Aparte a Rita.*) Dile que sí, mamá.

Rita. (*A Pepito.*) Que sí.

Pepito. Si usted no se opone.

Rita. (*A Esperanza.*) ¿Por qué no te ríes ahora?

Mercedes. (*Abrazando a Esperanza.*) Alégrate.

Esperanza. Yo creía que venía por ti...

Mercedes. ¿También crees que yo no quiero a Ricardo?

Pepito. Lo mejor es no creer nada... más que lo que uno mismo ve.

Rita. Cerrar la puerta a murmuraciones, y vivir cada cual para sí y para los suyos, dentro de su casa.

Pepito. Y si llaman, ladrar, para que se figuren que hay perro.

Mercedes. Es muy difícil.

Rita. Pero muy sabio.

PEPITO. Y muy práctico.

ESPERANZA. Tiene usted razón, Pepe.

RITA. ¿Ya no os tuteáis?

ESPERANZA. Ahora . . . de novios . . . me da vergüenza . . . Yo quise hacer la felicidad de Mercedes.

MERCEDES. Y has hecho la tuya.

ESCENA XXII

DICHOS y RICARDO por la derecha

RICARDO. Supe que estaba usted aquí, y aquí estoy

PEPITO. Bueno.

RITA. El señor podrá contestar a usted, porque ahora ya tiene un título que lo autoriza. Es mi hijo.

RICARDO. ¿Se casa? (*A Mercedes.*) Que sea enhorabuena.

MERCEDES. La acepto.

RICARDO. Veo que no serví más que de juguete.

RITA. No ha servido usted de nada.

RICARDO. Fuí el cebo para este matrimonio de Mercedes.

PEPITO. Se equivoca usted. Me caso con Esperanza.

RICARDO. No puede ser.

ESPERANZA. ¿Por qué no puede ser?

RICARDO. ¿Usted no está enamorado de Mercedes?

PEPITO. No, señor; ni lo estuve nunca.

RICARDO. ¿Y entonces?

PEPITO. Eso pregunto yo: ¿Y entonces? . . . ¿Por qué no me he de casar con Esperanza? . . .

RICARDO. Es que a mí me dijeron . . .

RITA. ¿Cuentos? . . . Si le gustan, continúe con ellos; pero a nosotros déjenos usted en paz.

RICARDO. Y tú, ¿no quieres a Pepito?

MERCEDES. ¿Y cuándo lo quise más que como amigo, y hoy como hermano?

RICARDO. Perdón, Mercedes; ya me convenzo por mi propio daño que en el mundo hay mucha envidia.

RITA. Y mucha credulidad. Sin ella, poco importaría la maldad de los otros.

ESCENA XXIII

DICHOS y BRAULIO por la derecha

BRAULIO. Dispensen ustedes...

RITA. Adelante.

BRAULIO. Vengo a saber la respuesta.

MERCEDES. (*Adelantándose.*) ¿Este señor es el que propone el veraneo? Pues no voy.

RITA. ¡Mercedes!...

MERCEDES. (*Aparte a Rita.*) Me persigue... (*A Braulio.*) Supongo que no necesitará usted mayores explicaciones.

RICARDO. ¿Qué es esto?

MERCEDES. Ya te lo diré.

BRAULIO. Queden ustedes con Dios. (*Aparte.*) No madura...

PEPITO. (*Aparte a Braulio.*) Se la come otro.

BRAULIO. (*Aparte a Pepito.*) No se la comerá...

RICARDO. (*De pronto, amenazando.*) ¿Usted es don Braulio?

BRAULIO. ¿Y a usted que más le da que sea Braulio o Acisclo?

MERCEDES. (*Imperativa.*) ¡Ricardo! (*Entra Carrascosa al mismo tiempo que sale Braulio por la derecha.*)

Escena Última

Dichos menos Braulio. Luego Carrascosa

Ricardo. ¿Qué hay de verdad en lo que me dijeron?

Mercedes. ¿No escarmentaste?

Ricardo. ¿Pero hay algo?

Carrascosa. Todas las mentiras tienen un principio de verdad, por eso hacen daño. ¿Crees en tu padre? 5

Ricardo. Ciegamente.

Carrascosa. Pues cásate. Es digna de tu cariño.

Ricardo. Mercedes . . .

Carrascosa. Y no escuches más que a tu conciencia, en aquellos casos que tú veas por ti mismo. Cierra la 10 puerta a los envidiosos y los oídos a las murmuraciones, si quieres vivir tranquilo.

Mercedes. En nuestra casa. (*Se abrazan.*)

Esperanza. Y nosotros en la nuestra. (*Se abrazan.*)

Mercedes. Y que vengan penas. 15

Carrascosa. Las que sean inevitables.

Esperanza y Mercedes. Solos nosotros.

Rita. Con vuestra madre.

Carrascosa. Que también es inevitable.

Mercedes. Y la ayuda de Dios. 20

Rita. Y ya es bastante compañía. (*Quedan abrazadas las dos parejas. Carrascosa y Rita se dan las manos.*)

Telón

NOTAS SOBRE LOS AUTORES CITADOS EN LA INTRODUCCIÓN

A

Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín. Nacieron en Sevilla en 1871 y 1873 respectivamente. Han escrito muchísimas obras teatrales de extraordinaria fuerza cómica y realista. Entre las mejores se cuentan *El patio*, *La reja*, *Los Galeotes*, *El genio alegre*, *Las flores*, etc.

Arniches, Carlos. Nació en 1866. Hoy día es el autor más popular de zarzuelas del género chico. Citaremos solamente *El puñao de rosas*, que todo el mundo conoce.

Aza, Vital (1851–1912). Escritor asturiano, autor de muchas comedias, entre las que descuellan *Aprobados y suspensos*, *La rebotica*, *Ciencias exactas*, *Zaragüeta*, etc., algunas de ellas escritas en colaboración con Ramos Carrión.

B

Benavente, Jacinto. Nació en Madrid en 1866. Ha dedicado su vida a la literatura, principalmente al teatro. Ha escrito unas ochenta obras, muchas de las cuales son excelentes. *Los intereses creados*, *Los malhechores del bien* y *La malquerida* se consideran sus obras maestras.

Bretón de los Herreros, Manuel (1796–1873). Escritor que en la primera mitad del siglo XIX continúa la tradición de la comedia de costumbres. En innumerables obras cómicas describe y satiriza la sociedad española de su tiempo. *Marcela o ¿cuál de los tres?*, *El pelo de la dehesa*, *Muérete y verás*, se cuentan entre las más famosas.

C

Camba, Julio. Escritor humorístico que en sus artículos de *El Sol* ahora, como antes en otros periódicos, presenta a los

lectores españoles el lado cómico, no sólo de la vida española, sino de los países extranjeros. Colecciones de sus artículos se han publicado en libros titulados *Alemania*, *Londres*, *Un año en el otro mundo* y *Playas, ciudades y montañas*.

Castro, Rosalía de (1837–1885). Quizá es la poetisa más grande del siglo XIX. Escribió en gallego y en castellano, en esta última lengua la colección titulada *En las orillas del Sar*.

Cervantes, Miguel de (1547–1616). Príncipe de los escritores españoles. Escribió — además de la *Galatea*, el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, el *Viaje del Parnaso*, los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* y algunas poesías líricas — varias comedias y entremeses que le dan un puesto muy significado y principal entre los predecesores de Lope de Vega. Los entremeses sobre todo son dignos del humorista incomparable que escribió el *Quijote*.

Cruz, Ramón de la (1731–1794). Autor de muchos sainetes donde se pinta la vida madrileña en el siglo XVIII. *Manolo*, *El muñuelo*, *El rastro por la mañana*, *La Petra y la Juana* y muchos otros son cuadros admirables de costumbres que sólo con los de Goya pueden compararse.

E

Echegaray, José (1832–1916). Matemático, político y autor dramático de gran reputación en España y fuera de ella: obtuvo el premio Nobel. Empezó a escribir para el teatro en 1874: sus dramas más famosos son *El Gran Galeoto*, *O locura o santidad* y *El loco Dios*.

Enríquez, Curros. Gran poeta regional de Galicia muerto recientemente. Su mejor obra es la titulada *Aires d'a minha terra*.

M

Marquina, Eduardo. Nació en 1879. Poeta notable en obras tales como *Eglogas*, *Elegías*, *Canciones del momento*, ha cultivado el drama poético alcanzando un extraordinario éxito con su obra *En Flandes se ha puesto el sol*.

Martínez Sierra, Gregorio. Nació en 1881. Ha escrito comedias, novelas, cuentos, poesías y ensayos. *Canción de cuna* es su obra maestra.

P

Pardo Bazán, Emilia (1851–1921). Fecunda autora de novelas, cuentos, obras de teatro y obras de crítica. Sus mejores novelas son *Insolación*, *Morriña*, *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza*.

Pérez Lugín, Luis. Autor contemporáneo que ha escrito una novela muy popular, *La casa de la Troya*, donde se pinta con gran viveza la vida estudiantil de Santiago de Galicia.

Q

Quiñones de Benavente, Luis (1589?–1651). Famoso autor de entremeses en el siglo de oro. Muchos de ellos son cantados, precediendo así a la zarzuela y a las modernas obras de género chico. Sus obras se publicaron reunidas en un tomo titulado *Jocoseria*.

R

Ramos Carrión, Miguel (1845–1915). Autor de comedias y zarzuelas muy gustadas del público, como *Los señoritos*, *Los sobrinos del capitán Grant*, *La tempestad*, *La bruja*, etc.

Rostand, Edmond (1868–1918). Autor dramático francés muy popular en todo el mundo gracias sobre todo a su *Cyrano de Bergerac*. Otras obras suyas, como *L'Aiglon* y *Chantecler*, alcanzaron éxitos muy ruidosos.

Rueda, Lope de (1510–1565). Autor y actor dramático, considerado por Cervantes y Lope de Vega como el padre de la comedia española. Sus obras más celebradas son los *pasos*, nombre que designa una especie de entremés cuya acción es episódica y realista. El paso de *Las aceitunas* — nueva forma de la fábula de la lechera — es el más famoso.

T

Taboada, Luis (1848–1906). Escritor cómico que en obras tales como *Madrid en broma*, *La vida cursi*, etc., dejó una caricatura de la sociedad española de entonces.

Trovadores gallegos. En la edad media la lengua galaico-portuguesa tuvo una literatura propia en la que predominó la poesía

lírica. Las obras de sus poetas se conservan en varios cancioneros. Se observa en estos la particularidad notable de que no sólo poetas gallegos y portugueses, sino de las demás partes de España, usaban ordinariamente el gallego como su lengua poé tica, siendo Alfonso el Sabio, el rey de Castilla y gran prosista en lengua castellana, el más grande de los poetas en lengua gallega.

V

Valle-Inclán, Ramón del. Nació en 1870. Es uno de los grandes maestros de la prosa contemporánea. También ha cultivado con gran originalidad la poesía lírica y el teatro. Sus *Sonatas* pueden dar idea de la rara perfección de estilo que se encuentra en todas sus obras.

GLOSARIO

En la relación de palabras que sigue se han incluído solamente aquéllas que puedan ofrecer alguna dificultad al alumno en su interpretación. Las definiciones y aclaraciones expresadas se refieren solamente a la significación de las palabras tal como están empleadas en las dos comedias que nos ocupan.

A

abolengo, linaje, ascendencia de abuelos o antepasados; patrimonio o herencia que viene de los antepasados.

aderezos, juegos de joyas con que se adornan las mujeres.

agallas, (*fig.*) ánimo, valor.

aldabas, (*fig.*) influencia.

aporreo, golpes.

armas, sinónimo de blasón o escudo en la heráldica.

arquitectura, el arte de edificar o construir.

asalariado, persona que goza de un sueldo fijo.

atajo, senda por donde se abrevia el camino.

atavismo, semejanza con los abuelos; tendencia de los seres mestizos a volver al tipo originario.

Ateneo, la reunión de poetas y oradores en tiempos antiguos; hoy, círculo o establecimiento literario; aquí se refiere al Ateneo de Madrid, organismo científico y literario de gran importancia.

B

Badajoz, ciudad situada sobre el Guadiana, capital de la provincia del mismo nombre.

Banco de España, establecimiento de crédito organizado en Madrid en 1849.

bargueño, mueble de madera con muchos cajoncitos y gavetas; antiguamente se construían en Bargas, provincia de Toledo.

barra, tercera parte del escudo tajado dos veces que va desde lo

alto del ángulo izquierdo superior al derecho inferior. La barra constituye una pieza honorable en las armas de muchas familias nobles.

Biarritz, población del departamento de los Bajos Pirineos, Francia, famosa por su playa, muy concurrida durante el verano por franceses, españoles e ingleses.

C

Cáceres, capital de la provincia del mismo nombre, situada a la izquierda del Tajo. Las provincias de Badajoz y Cáceres forman el antiguo reino de Extremadura.

Calatravo, (*familiar*) caballero de la orden de Calatrava; **cruzarse —,** recibir la cruz de la orden de Calatrava, fundada en 1158, bajo el reinado de Sancho III de Castilla.

calaverada, acción desconcertada que indica poco buen juicio.

campo, la superficie del escudo, que se denomina, según su metal o esmalte, campo de oro, de gules, etc. Véase **gules.**

capitulaciones, conciertos que se hacen entre los futuros esposos y se autorizan por escritura pública.

carnaval, carnestolendas.

casco, arma defensiva para proteger la cabeza.

cavilar, pensar con sutileza.

centena, en la lotería todos los números pertenecientes a la misma centena que el número que haya obtenido el premio grande son premiados con un premio menor.

cifras, adorno formado por el enlace de letras en bajo relieve o caladas; monograma.

cimera, adorno que coronaba el casco y las armas del escudo de los caballeros.

cizaña, mala hierba; (*fig.*) palabras mal intencionadas, murmuración, calumnia, espíritu de disensión y discordia.

conjunción, término astronómico para indicar que dos cuerpos celestiales tienen la misma longitud. Si al mismo tiempo tienen la misma latitud, se verifica un eclipse o tránsito. El sol y la luna están en conjunción cuando hay luna nueva.

consumado, realizado, terminado.

cónyuge, consorte, marido o esposa.

coreográfico, propio del coro en el teatro.

corredor, el que por oficio tiene intervención en compras y ventas, almonedas y ajustes.

covachuelista, empleado de uno de los ministerios; palabra basada en *covachuela*, derivada de *covacha*, porque los despachos de estos empleados estaban situados en los sótanos del antiguo palacio real.

credencial, documento que acredita el nombramiento de una persona para determinado cargo, o que da derecho a un empleado a que se le dé posesión de su plaza.

crudeza, rigor o aspereza.

Ch

château, (*palabra francesa*) castillo, residencia señoril.

D

décima, cada una de las diez partes iguales en que se divide un todo.

desatinar, expresar o hacer desaciertos o locuras.

desatino, falta de acierto; locura.

desbarrar, errar en lo que se dice o hace; discurrir fuera de razón.

descabellado, fuera de orden, concierto o razón.

desestero, acción de desesterar. El día destinado a quitar las esteras (por haber pasado el invierno) no hay oficina. Para indicar esa fiesta extraordinaria, el personaje de la comedia, la llama *San desestero*, equiparándola irónicamente a las fiestas religiosas.

deuda de honor, deuda de juego al pago de la cual el jugador de oficio da preferencia para no perder la estimación de los demás jugadores.

divisa, lema en que se manifiesta el designio particular que uno tiene. El efecto cómico resulta de la alusión a las *divisas* que distinguen a las diversas ganaderías de toros bravos.

doncella, criada al servicio personal de la señora.

E

equidistante, a igual distancia.

embajada, mensaje, mandado; (*fam. y despect.*) dicho o proposición absurdo o impertinente.

emitir, expresar.
encalabrinar, excitar la mente con ideas vanas.
encauzar, dirigir por buen camino.
entronque, alianza o parentesco por medio del matrimonio.
escudo, figura de broquel que sirve de campo a las armas; a veces está cortado por líneas diagonales, horizontales o verticales, formándose así los cuarteles en los que figuran las armas reunidas de varias familias.
escudriñar, examinar o inquirir cuidadosamente una cosa.
Eslava, (D. Hilarión), músico español del siglo XIX, autor de un *Método de solfeo* muy usado en la enseñanza.
exceso, lo que resulta más de lo reglamentario.
extrareglamentario, fuera de reglamento.

F

foro, parte del escenario, opuesta a la embocadura.
fuga de vocales, acertijo o adivinanza que consiste en la supresión de las vocales en una frase o unos versos.

G

grima, disgusto, horror.
gules, derivada del persa **ghul,** *la rosa;* nombre del color rojo que se considera el más honorífico en los escudos de armas y que se representa con rayas perpendiculares. Véase **campo.**

H

heráldica, arte de explicar y describir los escudos de armas.
herejía, criterio, opinión o creencia falsa, en materia de doctrina o fe, condenada como tal por la Iglesia.
huestes, ejército en campaña.
húsar, soldado de caballería ligera vestido a la húngara.

I

indulgencia, facilidad en conceder gracias o disimular culpas.
insinuar, dar a entender por medio de una indicación.
interpelación, acción de obligar o excitar a un funcionario a dar una explicación o aclaración de sus actos oficiales.

intriga, medio cauteloso y astuto para conseguir un fin.
irreflexivo, sin tener en cuenta las consecuencias.

J

Jaime I, Rey de Aragón, llamado el Conquistador; conquistó Mallorca, Menorca, Murcia y otras posesiones moras; murió en Valencia en 1276.

K

kermés, fiesta popular al aire libre que tomó su origen en las fiestas patronales de los Países Bajos.

L

librea, traje que los príncipes y señores de alto rango dan a sus criados, generalmente uniforme y con distintivos.
lucida, ya estás —, frase irónica que indica el hecho de estar uno equivocado y expuesto al ridículo.

M

magias, arte de hacer hechicerías.
manda, donación o legado hecho en un testamento.
Marte, planeta conocido de muy antiguo, cuya distancia del sol es vez y media la de la tierra.
mayorazgo, el derecho a los bienes que forman la herencia del hijo mayor con el fin de perpetuar su propiedad en la misma familia.
metrónomo, máquina, a manera de reloj, que mide el tiempo y marca el compás de la música.
miasma, efluvio maligno que se desprende de materias corrompidas o aguas estancadas.

O

observatorio, edificio o sitio apropiado para estudiar los fenómenos astronómicos o meteorológicos.
ogro, gigante que, según las mitologías de pueblos del norte de Europa, se alimentaba de carne humana.
opopónax, gomorresina de sabor acre y amargo y de olor aromático muy fuerte.
oropeles, cosas de poco valor y mucha apariencia.
osadía, atrevimiento.

P

paraíso, (*fig.*) cualquier lugar o sitio muy ameno.
pelotera, riña, contienda.
perspectiva; en —, que brinda esperanzas de buen éxito.
premio grande, el premio mayor de la lotería pública y especialmente el correspondiente a la de Navidad, llamado también *premio gordo.*
propalar, divulgar, dar a la publicidad.
propicio, dispuesto, inclinado a.

R

Real, teatro de Madrid en la Plaza de Oriente cerca del Palacio Real, subvencionado por el gobierno y dedicado a la Ópera.
realiyo. La forma correcta sería *realillo;* pero es frecuente en el uso popular pronunciar la *ll* como *y.*
reflexivo, juicioso, discreto.
refutar, rebatir, impugnar con argumentos o razones lo que otro dice.
república, cualquier estado o cuerpo político; forma de gobierno en que, a diferencia de la monarquía, el Jefe del Estado es elegido por voluntad popular. En la comedia hay un juego entre las dos significaciones.
revuelta, tortuosidad.

S

Santander, ciudad del norte de España, capital de la provincia del mismo nombre; puerto de mar con comercio importante.
sarao, reunión nocturna de personas distinguidas para divertirse con baile y música.
simón, coche que deriva este nombre especial de Simón, alquilador de coches en Madrid.

T

talante, semblante o disposición personal.
tarifar, (*familiar*) reñir, terminar las relaciones.
tascar, quebrantar con ruido la hierba las bestias cuando pacen; **— el freno,** morder o resistir el freno.
tribunal de exámenes, junta encargada de hacer los exámenes.

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 828 854 A